



Created by FicLab



www.ficlab.com

BRAVE 《Adaptación》

chrisdiel_

Copyright Information

This ebook was automatically created by [FicLab](#) v1.0.98 on September 10th, 2023, based on content retrieved from www.wattpad.com/story/292337000.

The content in this book is copyrighted by [chrisdiel_](#) or their authorised agent(s). All rights are reserved unless explicitly stated otherwise. Please do not share or republish this work without the express permission of the copyright holder.

If you are the author or copyright holder, and would like further information about this ebook, please read the author FAQ at www.ficlab.com/author-faq.

This story was first published on November 21st, 2021, and was last updated on June 23rd, 2023.

FicLab ID: 1n2vNGLV/lme0etsx/1od0NC5M

Table of Contents

Cover
Title Page
Copyright Information
Table of Contents
Summary
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 23.5
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 29.5
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 33.5
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Summary

title	BRAVE 《Adaptación》
author	chrisdiel_
source	https://www.wattpad.com/story/292337000
published	November 21st, 2021
updated	June 23rd, 2023
words	66,348
chapters	40
status	Complete
rating	Unknown
tags	2021, Brave, Chris, Chrisdiel, Christopher, Cnco, Complete, Erick, Fanfic, Richard

Description

Advertencia: Lenguaje explícito

Escenas de sexo H/H

Pareja: Christopher Vélez/ Zabdiel de Jesús

Tengo el permiso de @Always_Nina para adaptar esta historia

#1 en Chrisdiel 𐄂— 21/01/22

Prólogo

Arrodillandose en el frío suelo de madera viejo, Christopher se acurruco lo más cerca del rincón que pudo sin tocar las extrañas manchas de humedad que dañaban la vieja pintura de las paredes.

Pedazos de la misma se quedaron adheridos a sus bracitos cuando un golpe desde la sala lo hizo dar un salto. Su mamá grito y más golpes le siguieron siendo aquello una horrible melodía demasiado común para sus oídos.

—¡Necesito el dinero ahora, maldita mujer! —la voz era gruñona y ronca, como gastada.

—No lo tengo ahora, por favor John —esa era la voz de su mamá, Christopher podía reconocerla en cualquier lugar. Era dulce cuando hablaba con él, siempre suave y melodica, pero ahora solo se escuchaba rota y desesperada—. Te pagaré, lo juro, necesito algo de tiempo.

—Ya no tengo tiempo. —otro golpe.

Sus ojitos se abrieron de par en par cuando pesadas pisadas comenzaron a acercarse al lugar donde estaba. No podía ver más alla del pasillo desde su rincón pero no quería correr el riesgo de que lo encontraran. Gateando un pequeño trecho, se coló bajo el mantel de una pequeña mesa que adornaba el pequeño pasillo. Jaló sus piernas hasta el pecho y tapo sus oídos con sus manos, callando los sonidos exteriores.

El borde del floreado mantel se balanceo cuando una forma grande y pesada paso a su lado. Su cuerpito temblaba por miedo mientras esperaba a ver lo que iba a suceder. Su mamá le habia dicho que debia comportarse como un hombrecito y ser valiente. Christopher lo estaba intentando muy duro pero cuando tienes cuatro años es difícil no sentir miedo.

—¡John, por favor! —su mamá volvió a gritar. Christopher pudo ver sus pies desnudos corriendo por el pasillo pero no se movió, él nunca debia hacerlo o lo golpearían. Lo habia aprendido de la mala manera.

—Calla, mujer —gruño la gastada voz desde alguna de las habitaciones—. ¿Donde esta el mocoso?

—¿C-Christopher? —su madre se congelo, sus pies a apenas centímetros de donde se escondía—. ¿Porque quieres a Christopher?

—Quiero una garantia de que vas a pagarme —los pasos pesados volvieron—. Me llevare a tu chico hasta que me pagues lo que me debes.

—¡No puedes hacer eso! ¡No te dejaré!

Otro golpe y su mamá cayó al suelo. Christopher comenzó a moverse para ayudarla, podía ver sus ojos llenos de lagrimas bajo la cortina, pero ella negó suavemente logrando que con ese simple gesto Christopher volviera a su rincón. La mujer se puso de pie.

Hubo más gritos, golpes y pisadas apresuradas. El pequeño castaño no tenía ni idea de cuanto tiempo había pasado hasta que la puerta principal fue abierta bruscamente al grito de "policia". Las cosas se pusieron más ruidosas por unos minutos y entonces todo se calmó.

—¿Chris? —él conocía esa voz—. Christopher, cariño, ¿donde estas?

—¿Tío Adam? —susurró suavemente, gateando hasta poder ver por debajo de la cortina.

El hombre delgado al final del pasillo se volteo ante la pequeña voz. Sus ojos calidos encontraron rápidamente a Christopher y sonrió suavemente mientras caminaba hacia él. Su tío Adam era el hermano de su papá o eso es lo que le habian dicho a Christopher. El hombre era muy parecido a Christopher, solo que en vez de miel sus ojos eran de un brillante verde. Un joven muy atractivo que apenas parecia estar pasando por sus veinte.

Él quería mucho al pequeño castaño. Venía a visitarlo muy seguido y le traía regalos bonitos pero a su mamá no le gustaba él, por lo que sus visitas eran muy cortas.

—Ven aquí, cariño —su tío extendió los brazos y Christopher salio de debajo de la mesa, corriendo directamente hacia él—. ¿Estas bien? ¿Te hicieron algo?

Christopher se aferró al cuello de Adam mientras su tío se ponía de pie. La suave tela de la camisa rozo la piel de sus brazos logrando que sonriera. Su tío era calido y suave, su mamá siempre olía feo y no podía comprarse ropa bonita, Christopher la quería mucho pero ella a veces era mala con él. Prefería al tío Adam, él siempre era bueno.

Pasando las manos por los brazos de su sobrino, el mayor se aseguro de que no tenía ningún tipo de lesión mientras caminaba hacia la sala. Estaba agradecido de lograr llegar a tiempo y este espectáculo sería perfecto para él. Por fin le darían la custodia de su sobrino y podría alejarlo de la vida precaria que su madre llevaba.

Adam miró hacia el sofá donde Tamara y su distribuidor estaba sentados y sintió lastima. Tamara había sido una mujer tan bonita y dulce, pero luego de que su hermano hubiera muerto ella se dejó caer, sin importarle ni siquiera la salud de su pequeño hijo comenzó a beber y se convirtió en una alcohólica adicta. Adam lo lamentaba mucho por ella pero no dejaría a su sobrino allí.

—Christopher se ira conmigo. —afirmo.

Los ojos de Tamara se dirigieron a él, llenos de ira—. ¡Jamás! ¡No dejaré que un

marica críe a mi niño, antes muerta!

—Yo no dejaré que una adicta cuide de él —Christopher se aferro más fuerte y Adam se lamentó de haber dicho lo que dijo. Pasando suavemente su mano por la pequeña espalda, miró a su cuñada con asco—. Solo mirate, maldición, mira a tu alrededor. Puedo darle una vida mejor, podrás visitarlo todos los días, no lo hagas más difícil.

Sintió una profunda pena cuando se dio cuenta de que sus ruegos caían en oídos sordos. Tamara negó con la cabeza y Adam asintió, sabiendo que debería luchar por su sobrino. Y lo haría, costará lo que le costará él sacaría a Christopher de todo aquello.

Capítulo 1

—Necesito dinero. —afirmé mientras entraba a la pequeña cocina del departamento.

Francis estaba de pie a un lado de la isla sirviendo café en su adorada taza de Mafalda. Aun no entendía como un hombre que ya comenzaba a pisar los treinta podía tener tal fascinación por una tonta caricatura pero allá él, luego de conocerlo por cinco años deje intentar encontrarle respuesta a ese tipo de cosas.

Mirandome sobre el borde de su taza, el rubio elevo una ceja con diversión—. Trabaja.

—Si pudiera conseguir un maldito trabajo lo haría —me queje mientras tomaba una taza y me servia mi dosis de cafeina diaria—. ¿Como es posible que no haya un estúpido puesto de trabajo en todo Miami?

—¿Ya te paseaste por todo Miami?

—No —rodeé los ojos—. Es una expresión.

Volteandome, me dirigí a la mesa y jale una de las sillas para dejarme caer sobre ella. Francis me miró con su típica sonrisa de come mierda pegada en su rostro pero por suerte se abstuvo de soltar uno de sus comentarios. Iba vestido con un traje azul oscuro, el cual identifique como su uniforme de trabajo.

Personalmente agradecía no haber decidido ser chofer, la vestimenta era un asco.

—Deja de mirarme de esa forma —se quejo mientras dejaba su taza en el fregadero—. Espero que consigas trabajo, tus padres no van a mantenerte de por vida.

—Ni que lo digas —hice una mueca bebiendo un trago de mi café—. Me llamaron ayer en la noche, dijeron que si no consigo un trabajo será mejor que mueva mi trasero a Puerto Rico para comenzar a trabajar en el negocio familiar.

—¿La tienda de muebles de tus padres? —podía escuchar la burla en su voz aun cuando no podía ver su rostro ya que estaba de espaldas—. ¿Vas a trabajar allí?

—Espero no tener que hacerlo. —exagere un temblor.

—Pues no lo hagas —se volteo, apuntandome con su dedo—. Sería un dolor en el culo tener que buscar a otro compañero de apartamento que soporte mis manías.

—Oh gracias, pensé que me querías no solo por soportar tus gritos de ballena herida cuando te bañas.

—Te he dicho mil veces que no me espies, De Jesús—bromeo—. Sé que te sientes atraído por mí pero eso es acoso.

—¿Porque no te vas a trabajar, imbecil? Estoy seguro de que tu señorito esta esperando por ti.

—Intenta encontrar un trabajo, Zabdiel—volvió a pedir—. Voy a extrañarte si debes irte.

—No me iré —afirme, dándole un guiño—, aunque tenga que trabajar de niñera conseguiré algo.

Él asintió lentamente mientras pasaba a mi lado.— Nos vemos en la tarde.

—¡Adios!

Escuché la puerta principal cerrarse cuando Francis salió de la casa. Estaría solo allí todo el día y no tenía una maldita idea de que podía hacer. Claro, podía salir a buscar trabajo pero no se me ocurrían muchos lugares a donde ir. Había recorrido todos los malditos clubes de Miami en busca de algo, no me importaba si tenía que hacer de mesero, solo quería un trabajo pero al parecer todos se habían puesto de acuerdo para rechazarme.

Mi celular comenzó a sonar y lo tomé del bolsillo de mi pantalón pijama. La foto de mi mejor amiga parpadeaba en la pantalla. Era algo sorprendente que Lucía estuviera despierta tan temprano por lo que decidí atender su llamada.

—Zabdiel, tengo un problema muy jodido. —soltó. Suspiré, estaba aburrido de recordarle a la chica la existencia del saludo por lo que ignoré la falta de este.

—¿Que sucede, Lu?

—El tejado de mi vecina se rompió y me ofrecí a arreglarlo, me pagará. —dijo todo tan rápido que me sorprendió que no se desmayara.

—¿Y eso es malo, porque...?

—¡Porque no sé como arreglar un puto tejado!

Reí entre dientes.— ¿Porque te ofreciste entonces?

—No lo sé —suspiró—. Es que es un ancianita tan simpática y el nieto esta tan bueno que bien, se me escapó. ¿Puedes venir?

—A ver si entiendo. ¿Quieres que vaya allí y repare el tejado mientras tu miras al nieto de la pobre señora?

—Exacto —rió—. ¿En cuanto puedes llegar?

—Quiero la mitad de la paga y estaré allí en veinte minutos.

—Te doy todo el dinero si puedes estar aquí en diez —soltó—. Erick esta nadando en la piscina y no sé cuanto tiempo estará allí dentro.

—Controla tus malditas hormonas, Torres . —reí.

Lu hizo un sonido extraño desde el otro lado antes de cortar la llamada. Tomando los últimos tragos del oscuro liquido, dejé la taza en el fregadero y me dirigí a mi habitación para cambiarme.

No me daría tiempo para una ducha pero tampoco olía tan mal. Enganchando un par de jean oscuros y una camiseta gris, me cambie rapidamente y corrí escaleras abajo. El sol estaba brillando fuertemente cuando subí a mi auto y lo puse en marcha.

La casa de Lucía no quedaba muy lejos por lo que no demoré mucho en llegar allí.

El daño era grande.

Un puto crater en el techo.

Cayendose a pedazos.

Por suerte pude terminarlo rápidamente a pesar de tener a una Lucía caliente a mi lado que no despego sus ojos del patio trasero de la casa, donde se encontraba la piscina, en todo el tiempo que estuvimos allí y no, no ayudo en nada tampoco.

La señora Colón, una mujer regordeta y de mejillas sonrojadas, nos pago una buena cantidad por el trabajo pero no era suficiente para pagar mi parte de la renta y eso me tenía preocupado. Podía pedirle dinero a mis padres pero para mi eso era caer demasiado bajo. No quería verme obligado a volver a casa y mucho menos trabajar en la tienda de muebles. Eso no era para mi.

—Encontrarás algo —aseguró Lu mientras caminabamos hacia mi auto—, tu siempre te las arreglas.

—Espero que tengas razón, no quiero tener que irme a vivir con mis padres —hice una mueca de asco—. Sería vergonzoso volver allí ahora que tengo veinticuatro años.

—Vivirías en el sotano. —se burlo.

Rodeé los ojos, enseñándole el dedo medio mientras caminaba sólo lo pocos metros que me quedaban hasta donde estaba estacionado mi auto. Mi telefono comenzo a sonar en mi bolsillo cuando metí la llave en el encendido, sin mirar el identificador me lo lleve a la oreja y atendí.

—¿Has conseguido algo ya? —preguntó Francis desde el otro lado.

—No —negué—, acabo de arreglar el tejado de la vecina de Lucía y me pagaron pero nada duradero.

—¿Hablabas en serio esta mañana?

—¿Con que? —fruncí el ceño, observando la calle a través del parabrisas.

—Sobre lo de ser niño, ¿estabas hablando en serio?

Chasqueé la lengua—. En este momento me sirve lo que sea.

—Entonces tengo el trabajo perfecto para ti —aseguro.

—Mi jefe esta buscando un guardaespaldas para su sobrino —soltó—. Sería un trabajo de veinticuatro horas, ya que deberas estar a la orden a todo momento, pero ofrece un buena paga.

—¿En serio crees que soy capaz de cuidar a otro ser humano?

Hubo un silencio bastante largo desde el otro lado antes de que Francis suspirara y con voz segura, dijera:— Eres perfecto para el trabajo.

Capítulo 2

Mirando nuevamente la dirección que Francis me había dicho, la cual estaba anotada en la palma de mi mano, me asegure de estar en el lugar correcto. Efectivamente, la enorme casa blanca de tres pisos frente a mi, pertenecía a la familia Vélez.

Con techos empinados y grandes ventanales, el edificio daba la imagen de ser aun más grande de lo que era pero supuse que con el dinero que estas personas tenían seguro podían comprarse una casa del tamaño de la manzana. No me extrañaría que tuvieran una en uno de esos lugares turísticos y bonitos.

Con un suspiro de cansancio, acerque el auto lo más que pude a las enormes rejas negras que rodeaban la casa hasta que pude ver el portero electrico. No me emocionaba para nada la idea de tener que ser la niñera de un niño rico, seguramente muy malcriado y berrinchudo, pero no tenía muchas opciones que digamos. Bajando el vidrio de mi ventana, saque el brazo y estiré hasta que pude alcanzar el pequeño botón.

—¿Hola? —una voz masculina estropeada por el sonido de interferencia salió desde el aparato.

—Eh... Hola, soy Zabdiel de Jesús —respondí rápidamente—, vengo de parte de Francis Reynard, por la entrevista de trabajo.

—Oh si, Francis me dijo que vendrías. Pasa, por favor.

Los portones se abrieron y oprimí el acelerador, dandome paso por el camino de grava hacia la casa.

El lugar era mucho más bonito de cerca. Apagando el motor, guarde la llave y baje del auto. El patio frontal estaba inundado de bellos arboles con bonitas y coloridas flores en todas partes, simulaban una especie de pintura abstracta de hipnotizaba. Sonreí al pensar en mi mamá en un lugar como ese, seguramente la mujer se volvería loca, amaba las flores tanto o más que a mi.

El sonido de una puerta abriendose logró que sacara la mirada del patio y me girara para enfrentrar la casa. Un hombre de contextura menuda y buen porte estaba de pie en la entrada. Llevaba una fina camiseta de un color verde oscuro que aun a la distancia resaltaba sus ojos del mismo color. Su cabello castaño tenía pinceladas de blanco en algunos lugares, mirandolo desde unos metros de distancia supuse que el hombre debía estar cerca de los cuarenta años.

—Buenas tardes —sonrió y ese gesto ilumino totalmente su rostro. Caminé hacia él a paso ligero, devolviendo el saludo de forma automatica—. Francis me

dijo que necesitabas un trabajo —comento cuando estuve a solo unos pasos, asentí. él hizo un gesto hacia la puerta abierta—. Ven, pasa y tal vez podamos hacer algo por ello.

—Gracias, Sr. Vélez.

—Dime Adam. —pidio, cerrando la puerta antes de comenzar a caminar por el recibidor.

La casa era grande, muy grande. Decorada con tonos cremas y solo unos pocos colores oscuros, el lugar daba un aire a clasico demasiado fuerte para una casa. El clima hogareño parecia haberse pedido hacia unas cuantas remodelaciones o tal vez nunca habia existido. Siguiendo al señor Vélez por un pasillo, pasamos al menos por unas cuatro puertas antes de llegar a un pequeño despacho.

—Toma asiento, Zabdiel —dijo amablemente mientras rodeaba el bonito escritorio de madera oscura. Hice lo que me pidio.

—Bien, supongo que Francis te explico lo que implica tu trabajo.

—Algo —hice una mueca—. La verdad solo me dijo que habia un puesto libre como guardaespaldas de su sobrino.

El señor Adam suspiró y cruzo las manos sobre el escritorio, mirandome directamente.— Es un poco más complicado que eso.

—Debo hacer de niñera, ¿verdad? —pregunte en tono cauteloso, logrando una risita por parte del mayor.

—Algo así —acepto—. Christopher es un chico algo... —vaciló unos segundos — complicado.

—Sé que no estoy en condiciones de exigir nada —admití—, pero me gustaría saber exactamente donde me estoy metiendo, si no le molesta.

—Lo sé... bien —suspiró—. Chris a tenido algunos problemas de adicciones, necesito que te encargues de que no recaiga.

—¿Como podria hacer una cosa así? —la verdadera pregunta que queria hacer era “¿Porque rayos no lo envia a una clinica especializada?” pero ese no era mi problema, yo necesitaba un trabajo y si podía controlar al mocoso estaría bien por mi.

—Eso es donde el trabajo se complica —sonrió sin alegria esta vez—. Deberás ideartelas para evitarlo. Tienes permitido usar la fuerza, chantajes y sobornos, lo que sea menos violencia. Solo evita que él vuelva a consumir y tu trabajo estará hecho.

—Esto no era exactamente lo que esperaba —admití rascandome la nuca con nervios. No estaba muy seguro de poder hacer una cosa así, jamás habia tratado

con un adicto antes y debía admitir que temía lo que podía llegar a suceder—. No sé si pueda...

—¡Adam! —una voz gruesa y juvenil rasgó el aire cuando la puerta a mi espalda fue azotada—. ¿¡Me puedes explicar que mierda es esa de que me pondras un guardaespaldas!?

—¡Cuida ese lenguaje, Christopher! —el hombre frente a mi se puso de pie, apoyando las palmas de sus manos en el escritorio mientras sus rasgos se endurecían.

—Oh claro, tu quieres poner a un imbecil a seguirme día y noche pero yo no tengo la libertad de hablar como quiero —replicó—. Muy justo, Adam, realmente muy justo.

Volteandome sobre la silla, tuve que rendirme al impulso de ver al chico. No era el niño que esperaba ver. Con un aspecto desgarrado y dejado, el chico parecía tener unos dieciocho o diecinueve años.

No muy alto, tal vez llegaba al metro setenta con suerte. Cabello largo y desordenado que parecía a punto de llegar a sus hombros. Podía decir que si le recortabas el cabello y le ponías ropa fina, sería un clon exacto del señor Adam. Tatuaes con distintos diseños se arrastraban por sus brazos hasta desaparecer detrás de la fina tela de su musculosa negra con una serpiente al frente. Ojos oscuros y actitud amenazante, toda una joya.

—Estoy ocupado ahora, Christopher, discutiremos esto luego. —determinó el mayor, al parecer recordando que me hallaba presente.

El chico bajo la mirada hacia donde estaba sentado y nuestros ojos se encontraron. Miel. Sus ojos eran mieles, no negros como había pensado en un principio. Con solo mirar su rostro podía decir que el niño no reía mucho, dudaba que sonriera. Su expresión irradiaba hostilidad y mi mente automáticamente comenzó a preguntarse que le había sucedido al chico como para comportarse de ese modo.

No sé cuanto tiempo nos miramos pero sabía que Christopher me estaba midiendo, como si decidiera si dejarnos a solas valiera la pena o su asunto era más importante. Sus gruesos labios rosa se fruncieron por unos segundos antes de que sacudiera la cabeza y mirara a su tío.

—Hablaremos luego. —afirmo.

—Lo haremos. —aseguro Adam con voz más firme.

Los ojos mieles recayeron nuevamente en mi y pude ver algo brillar en su iris. No sabía que había sido, fue una mirada demasiado rápida como para poder identificar el sentimiento pero, al menos, eso me dijo que no estaba frente a un

alma rebelde. Ese chico podía comportarse de forma violenta pero esa mirada, esa sombra, me dijo que había algo más.

Volteandose rápidamente, salió de la habitación y azoto la puerta a sus espaldas. Me quede mirando la madera por unos segundos, esperando que se volviera a abrir y el chico comenzara algún tipo de escena escandalosa. No sucedio.

—Siento eso —se disculpo el señor Adam, logrando que devolviera mi mirada a él. Tenia una expresión apenada en el rostro—. Christopher es...

—¿Complicado? —pregunté con una ligera sonrisa, utilizando la misma palabra que él había empleado antes. Asintió—. ¿Siempre ha sido de ese modo?

Negó—. Siempre fue un niño dulce y simpatico —hizo un gesto con la mano al vacío—. Hace un par de años una de mis empresas en el exterior tuvo problemas de organización y me vi obligado a viajar a Estados Unidos por unas semanas. Recuerdo que ni siquiera fue un mes —me miró y pude ver el dolor que sentía por su sobrino en el verde de sus ojos—. Cuando volví me encontré con que algunas cosas habian cambiado. Chris se habia vuelto hostil, contestando y replicando todas mis palabras. Se comportaba violento con los empleados —suspiro—. Al principio pensé que era una etapa, algo pasajero pero luego... llegaron las drogas.

—Y todo se complico aun más —asenti comprendiendo—. ¿Por que mantenerlo aquí? ¿Por que no enviarlo a alguna clinica de rehabilitación?

—Lo intenté pero la verdad, aun tengo la esperanza de que estando aquí, con mi apoyo, vuelva a ser el mismo.

Me mordí el labio observando mis dedos golpear el escritorio. Iba a meterme en un gran lío, lo sabia. Pero era muy bueno en ello. Mamá solía decir que mi personalidad era un iman para los problemas por lo que supuse que esto valía como parte de ello.

—Quiero el trabajo —acepte. El señor Adam me miró sorprendido—. Si aun quiere contratarme, claro.

—Eh... si, claro que... si —asintió—. Pero, Christopher él...

—¿Grito? ¿Hizo un escandalo? ¿Y dejo muy claro que no me quiere persiguiendo su trasero día y noche? —asintió nuevamente. Sonreí—. Necesito el trabajo, señor Adam. Y estoy seguro de que su sobrino no es tan malo como quiere que el mundo crea —me encogí de hombros—. Quiero intentarlo.

Sonriendo con alegría, como cuando me recibio extendio la mano hacia mi y la estreche—. Creo que Francis tenía razón, eres exactamente lo que mi sobrino necesita.

Capítulo 3

—No te ves tan mal. —aseguro Francis mientras apoyaba el hombro en el marco de la puerta y observaba mi cuerpo.

Hice una mueca jalando las solapas del saco. Odiaba usar traje. Era como estar envuelto en una jodida bolsa calurosa y que picaba en todos lados. No entendía como muchas personas podían usarlos todos los días, yo prefería mis jeans o deportivos y cualquier camisa suelta que cubra lo esencial para no pasar por exhibicionista.

Me miré nuevamente en el espejo de cuerpo completo. El traje no estaba mal en sí. Era de un tono azul marino muy oscuro que hacía que mi piel se viera pálida en comparación, una camisa blanca debajo del saco y una corbata fina del mismo color que el resto del conjunto. Era bonito y me quedaba bien, ¡pero picaba!

—Vas a causarte una irritación —Francis palmeo la mano con la que me rascaba el cuello y arreglo el nudo de la corbata—. ¿Estaras bien? Conozco a Christopher desde hace algún tiempo y no es la persona más amable del mundo.

—No lo sé —me encogi de hombros—. Es solo una prueba. El señor Adam prometió librarme del contrato si era demasiado para mi.

Francis me miró a los ojos como si estuviera midiendome nuevamente. Suspiró —. Sé que dije que eras perfecto para este trabajo, Zabdiel, pero ya no estoy tan seguro.

—Estaré bien, Francis. —prometí—. No es como si el chico fuera un asesino en serie o algo así, si no puedo con él, renunciaré. Siempre puedo encontrar otro trabajo.

—O volver a la casa de tus padres y trabajar en la tienda de muebles. —bromeo.

Lo miré mal. Ese era un chiste de muy mal gusto a mi parecer. Empujando sus manos lejos, acomode mi ropa una vez más y me encamine fuera de la habitación. Había trabajado como guardaespaldas una vez. Mi complexión grande y altura hacían que mi trabajo fuera bastante fácil, ya que con una mirada las personas solían correr lejos de mi. Me gustaba eso, no causaba problemas innecesarios. Pero esta vez el trabajo era diferente, era con mi “protegido” con quien debía luchar y no con un tercero.

Hablando de mierdas.

—¿Te vas conmigo o tomas el autobus? —pregunte a Francis mientras guardaba mi billetera y celular en el bolsillo de mi pantalon.

—Voy contigo.

Tomando una manzana del canasto el rubio corrió delante de mi y salió del apartamento. Mi viejo Mustang se balanceo en sus ruedas cuando Francis saltó dentro del asiento del acompañante. Hice una mueca. Amaba mi auto más que cualquier otra cosa y si el idiota lo rompía, rompería su cuello.

El viaje a casa de los Vélez no era muy largo, tal vez una media hora a lo mucho. Francis hablo todo el maldito camino y por un minuto tuve pena por el señor Adam. Si el chico entablaba conversación de esa manera siempre, el pobre hombre debía estar medio sordo ya.

—¿Listo para esto? —preguntó Francis mientras estacionaba frente a la casa. Asentí a medias, guardando las llaves en el bolsillo de mi pantalón mientras nos dirigíamos a la puerta principal. Con un rápido recorrido y señalizaciones, Francis me puso al tanto de donde encontrar la cocina, baño y lo más importante, la habitación de Christopher. Podía asegurar, que de entre todos los trabajos que había tenido este era el que más me asustaba.

—Estaré en la cocina si me necesitas. —Francis hizo un gesto sobre su hombro, al lugar indicado, antes de darme una sonrisa y perderse en esa dirección.

Tomando una gran bocanada de aire para darme fuerzas, subí las escaleras a paso ligero. Según las instrucciones de Francis, debía tomar por el pasillo de la derecha y caminar hasta toparme con su puerta, la cual reconocería con solo ver.

“Largate!”

El gran cartel en letras rojas me hizo comprender las palabras del rubio. Había muchos otros papeles pegados sobre la madera. Señales de tránsito, líneas y dibujos prolijamente hechos que podrían asustar a cualquier niño que pasara por allí. Esto iba a ser un día en el parque, seguramente.

—¿Christopher? —llamé suavemente, golpeando con mis nudillos la puerta.

—¡Largate! —simpático el niño.

—Christopher, soy Zabdiel de Jesús—seguí de igual manera, importándome poco los sonidos de cosas rompiéndose que se escuchaban desde adentro—. Soy tu nuevo guardaespaldas.

—Tu no eres mi guardaespaldas —abrió la puerta, sus ojos delineados de negro me miraron con ira—. Eres mi jodida niñera y será mejor que no te pongas cómodo, idiota, porque haré hasta lo imposible para que mi tío arroje tu culo a la calle.

—Es un gusto verte, Christopher. —sonreí de forma simpática, ignorando su berrinche.

Sus ojos míos se estrecharon con el enojo, podía ver como las ganas de darme un puñetazo hacían que sus pequeñas manos se cerraran apretándose. El niño quería golpearme y por alguna razón enferma, yo quería que lo hiciera. Tal vez si se desquitaba con algo podríamos mantener una conversación civilizada.

—Pudrete. —soltó luego de unos segundos, sus dientes se apretaron hasta el punto que creí escucharlos quebrándose.

—Yo también espero que tengas un bonito día —mi voz era suave y lo más simpática que pude lograr, no lo dejaría perturbar—. Tu tío me dijo que debes ir a la universidad.

—No me seguiras allí. —determino. —A donde quiera que vayas y en cualquier

momento, estaré detrás de ti. —le guiñe el ojo y eso parecíose su punto de quiebre. Azotando la puerta en mi rostro pude escuchar el chillido de frustración que dejó escapar una vez dentro.

Reí entre dientes dando unos pasos hacia atrás y apoyando mi espalda en la pared opuesta del pasillo.

El niño intentaría escapar, seguramente, y no podía permitirlo. Por lo que quedarme de pie frente a su puerta era mi mejor idea por el momento. Tal vez podía mencionarle, casualmente por supuesto, al señor Adam los increíbles aparatos de rastreo que vendían por internet. Esos seguro serían de gran ayuda.

Jugueteando con mi celular espere con paciencia a que Christopher se decidiera a salir. El niño era tan berrinchudo como me lo había imaginado pero me gustaba que diera batalla, eso hablaba de un alma luchadora. Le serviría para la batalla que tenía por delante.

La puerta se abrió unos veinte minutos después y Christopher me fulminó con la mirada.

—¿Porque sigues aquí? —gruñó.

—Debo cuidarte —me encogí de hombros—. Debo verte para eso.

—Pero yo no tengo porque verte a ti —se quejó, comenzando a caminar por el pasillo. Lo seguí—. Por cierto —miró sobre su hombro—, ese traje te queda horrible.

—Bueno, gracias —sonreí—. Siempre es agradable recibir ese tipo de halagos.

—¡Eres jodidamente insoportable! —grito, corriendo por las escaleras. Apresurándome detrás de él, atrapé su brazo en el momento justo en que sus pies se enredaron y comenzó a caer.

Lo miré con el ceño fruncido.— Ten cuidado.

—Jodete —se sacudió de mi agarre una vez estuvo equilibrado—. Y no me hables.

Sonreí siguiendo al castaño por las escaleras. Estaba comenzando a creer que estaba un poco desequilibrado o era masoquista, aun no lo tenía claro.

Capítulo 4

Sali de la casa detrás de los pasos de Christopher. El chico parecía estar corriendo una maratón con tal de que no lo atrapara, lo cual era algo muy gracioso ya que con sus cortos pasos rápidos y los míos lentos y grandes, íbamos casi a la misma velocidad.

—No vas a ir en mi motocicleta —advirtió—, si es por mi puedes correr al lado.

—Esta bien, si eso es lo que quieres.

—¿Tu nunca te ofendes? —pregunto volteándose—, eso es realmente frustrante.

—No —me encogí de hombros—, no le veo el caso a ofenderme para luego tener que desofenderme.

—Eso no tiene sentido.

—Para mi lo tiene. —aseguré.

Christopher sólo puso los ojos en blanco y siguió caminando hasta su motocicleta. Caminando hasta mi propio auto, me subí y esperé hasta que el castaño se trepo a su motocicleta y salió por el camino para poder seguirlo. Sabía exactamente donde quedaba la universidad pero no tenía mucha confianza en Christopher, prefería no perderlo de vista.

Mi celular comenzó a sonar en mi bolsillo y lo saqué, poniendo el manos libres antes de dejarlo sobre el tablero.

—¿Sigues vivo? —la voz de Francis fluyó fuerte y clara desde el aparato.

—No me ha asesinado aun, supongo que eso es bueno.

—No te confíes, te sorprendera cuando menos te lo esperes. —sus palabras estaban teñidas de un tono macabro que me hizo reír.

—Vamos, Francis, no es para tanto —aseguré.

—¿A caso conocemos al mismo chico? —pregunto—. Porque la última vez que le dije “buenos días” al Christopher Vélez que yo conozco tuve que salvar mi cabeza de la taza voladora que avento hacia mi.

—¿En serio hizo eso? —eso me sorprendió bastante.

—Si, lo hizo —Francis suspiró—. Pero creo que ese día estaba algo intoxicado,

Zab. Tienes que tener cuidado, no eres la primer persona a la que contratan para cuidar el trasero del chico, tiene sus formas para conseguir lo que quiere.

—Lo describes como si fuera un demonio chupasangre —me queje—. No es más que un niño desorientado, es más, creo que es hasta dulce.

—Bien, De Jesús, creo que oficialmente has perdido tu mente —afirmo—. Sabía que algún día pasaría pero nunca se esta bien preparado, llamaré a tus padres para informales que su unico y bonito niño se volvió jodidamente loco —exagero—. ¿¡Tu que mierda le ves de tierno a ese chiquillo del demonio!?

—Tiene bonitos ojos. —sonreí recordando los brillantes ojos llenos de ira. Eran bonitos, con finas pestañas enmarcandolos y ese brillo dulce en el centro. Muy bonitos.

Observando por el parabrisas, me asegure de que Christopher seguía a la vista mientras atravezabamos una autopista.

—Tiene bonitos ojos —repitio Francis poniendo voz de idiota—. ¿En serio, Zabdiel? ¿Eso es todo lo que puedes decir?

—No, tengo otra cosa que puedo decir —asegure tomando el telefono y llevandolo a mi oido—. Vete jodidamente a trabajar y dejame en paz, que suficiente tengo con aguantarte en mi vida cotidiana.

—Me amas, Zabdiel, lo sé.

—Vete al diablo, Francis.

Cortando la llamada, arrojé el aparato al asiento del pasajero. Francis algunas veces era demasiado para cualquiera. Quería mucho al chico pero de vez en cuando lo unico que quería era un descanso de su personalidad electrizante.

Sacudiendo la cabeza, me concentre en las luces rojas de la motocicleta de Christopher mientras aceleraba por la carretera. La universidad aparecio en mi linea de vision poco despues, brillante e inmensa al lado de la universidad a la que yo mismo habia asistido.

Christopher estaciono su motocicleta y salto de ella, acomodando su mochila sobre su hombro. Bajando de mi auto seguí sus pasos por el lugar, extrañandome al ver que Christopher no saludaba o siquiera miraba a nadie.

Dirigiendose directamente al centro de artes, Christopher se metio dentro de un salón donde un hombre de edad avanzada agitaba unos pinceles frente a su rostro. El hombre me observo con curiosidad cuando revise donde se sentaba Christopher.

—¿Puedo ayudarlo en algo, joven? —pregunto con voz cordial mientras caminaba hacia mi.

Le sonreí suavemente y pude escuchar un par de suspiros dentro de la clase pero no me detuve a mirar de quien provenían.

—Disculpe, profesor, solo quería cerciorme de algo. —conteste con voz suave, intentando que solo él hombre frente a mi me escuchara. Tenía la impresion de que Christopher cortaria mi cabeza mientras dormia si sus compañeros se llegaban a enterar de que tenia una niñera.

—Oh —musito el profesor, asintiendo lentamente—. Esta bien entonces.

Observando nuevamente sobre el hombro del pequeño hombre, observe como Christopher tomaba asiento al fondo y ponía un lienzo sobre un caballete sin siquiera molestarse en mirar en mi dirección. Esta bien, el chico no iba a darme nada. Tendría que lidiar con ello.

Con una rápida despedida me volteé y busque un asiento en uno de los bancos enfilados fuera de los salones. Sentandome en uno de ellos, saque mi celular y comencé a jugar con él. Christopher no me dirigió la palabra cuando salio y no quise presionarlo tampoco. El día paso rápidamente, solo seguía al castaño de clase en clase y me aseguraba de que no hablara con nadie sospechoso. Algo demasiado facil ya que al parecer Christopher no hablaba con nadie.

Al comienzo del tercer periodo fue cuando note un cambio en el chico. Se movia de forma nerviosa y sus uñas estaban comenzando a irritar la piel de su brazo cuanto más rascaba el mismo. Sus ojos oscuros iban de ida y vuelta por el pasillo antes de recaer en mi por unos segundos y volver a hacer el mismo movimiento.

Cuando la piel de su brazo se volvio de un rojo demasiado fuerte, no pude detenerme de acercarme y tomar su muñeca.

—Te lastimas. —adverti.

Christopher parpadeo hacia mi con ojos desorientados. Su boca se abrió por un momento antes de pellizcar la piel de su antebrazo. Lo entendí sin palabras. El chico estaba teniendo una crisis de abstinencia. No podía creer que algo así me sucediera en mi primer día de trabajo pero como decía papá debía enfrentar las cosas por más difíciles que parecieran.

—Ven. —rodeando su cintura con mi brazo, jalé al chico conmigo por el pasillo.

Christopher se movio con nerviosismo y tuve que retener su brazo para que no se lastimara con los pellizcos que estaba propinandole a su propio brazo. Dirigiendome directamente a mi auto, lo subí al asiento del acompañante antes de correr alrededor del capó y subirme tras el volante. Christopher comenzó a moverse nervioso en su asiento e intentó conducir lo más rápido posible.

—¡Detente! —chilló Christopher intentando desprenderse de su cinturón de seguridad—. ¡Detente ahora!

Hice lo que me pidió, llevando el auto hacia un lado de la carretera. Una vez el auto se detuvo, Christopher abrió la puerta y se arrojó fuera. Miré con una fuerte dosis de horror como el castaño caía de rodillas sobre el césped y comenzaba a vomitar sobre el pasto. Bajándome del automóvil lo más rápido que pude, me apresuré hacia él, arrodillándome a su lado.

—Joder. —musito el chico mientras una nueva ronda de náuseas lo azotaba.

Extendí mi mano hacia él, sin estar muy seguro de que hacer. Recordando todas las veces que, estando enfermo, mamá cuidó de mí comencé a pasar mi mano suavemente por su espalda. El cuerpo de Christopher se estremeció un momento ante mi tacto pero luego de unos segundos se apoyó en mi mano, como si necesitara una guía.

Luego de unos minutos, los vómitos se detuvieron y Christopher se irguió, limpiando su boca con el dorso de su mano. Mirándome con ojos brillantes vi con impotencia como las lágrimas corrían por sus mejillas. El niño estaba sufriendo por alguna razón y parecía algo bastante feo. Con esa simple mirada pude ver toda la fragilidad y dolor que se escondía tras la fachada de chico malo.

La mirada duro apenas unos segundos, un misero momento que pasó demasiado rápido, antes de que la máscara fría volviera a aparecer.

—No me toques. —gruño, poniéndose de pie y caminando hasta el auto nuevamente.

Me quede de rodillas por unos minutos intentando detener mis ganas de abrazar al chico antes de ponerme nuevamente de pie y caminar hasta el asiento del conductor.

Capítulo 5

Christopher no hablo en todo el camino a su casa y apenas detuve el auto frente a la misma, se arrojó fuera y corrió directo a su habitación.

Pasé el resto del día en la cocina junto a algunos de los empleados que trabajaban allí. Nani, la cocinera, una señora mayor de brillantes ojos azules, se convirtió rápidamente en mi amiga. La mujer parecía pensar que estaba demasiado delgado porque en las pocas horas que estuve en su cocina me dio tanto de comer que me sentí reventar.

—Chris no es tan malo, ¿sabes? —comentó mientras me servía una rebanada de pastel de chocolate—. Ha sufrido demasiado en su vida, por eso se comporta tan evasivo.

La miré con curiosidad—. ¿Que fue lo que le sucedió?

Nani me miró con una sonrisa suave en el rostro antes de negar con la cabeza y asegurar que no le tocaba a ella contarme eso. Según ella, el día que Christopher me tuviera la suficiente confianza me contaría todo. No contaba con ello pero tampoco podía insistir.

Ese día el señor Adam me dijo que podía irme temprano ya que al parecer Christopher se había atrincherado en su habitación y no tenía ninguna intención de salir. Despidiéndome con la promesa de tener mi móvil encendido me fui a casa. Cuando llegué a la misma, le marqué a mi madre para decirle sobre mi nuevo trabajo y pedirle un consejo sobre Christopher.

—¿Estas seguro de lo que viste en él? —pregunto con tono dulce luego de que le hubiera resumido la situación, poniendo énfasis en la mirada que Christopher me dirigió en la carretera—. No me gustaría que te equivocaras y salieras herido, Zab.

—Estoy seguro, mamá —suspiré—. Ese chico está sufriendo por algo, no es el monstruo que todos creen.

La línea se quedó en silencio por unos segundos antes de que mamá suspirara—. Entonces apóyalo, Zabdiel. Hazlo ver que estás de su lado.

—Creo que eso no funcionará con él —susurré mientras me quitaba mis zapatos para subir a la cama—. El chico parece creer que soy algún tipo de carcelero con bonito traje.

—Demuéstrele lo contrario —podía escuchar la sonrisa en su voz—. Siempre has sido un niño sociable y simpático, no dejes que su actitud te afecte. Muéstrele cariño hasta que él te devuelva lo mismo o te mande

a freir esparragos.

Reí entre dientes al darme cuenta de que mamá tenía la misma idea que yo. Solo debía ser amable con el chico hasta que dejara de ser un amargado total y comenzara a comportarse como un adolescente de dieciocho años normal. Despidiendome de mamá, corté la llamada y me arrojé sobre mi cama.

Mis pensamientos giraban en torno a la adicción de Christopher, su actitud fría y la falta de sociabilidad del chico en la universidad. No sabía nada de su vida que digamos, solo lo más básico que el señor Adam decidió contarme.

No tenía idea de donde estaban sus padres o si tenía más familia a demás de su tío. Era frustrante la poca información ya que no podía sacar conclusiones tan rápido y con tan poco.

No sé en que momento me dormí pero me despertó el sonido de mi teléfono sonando sobre la mesa de luz. Estirando el brazo, lo tomé y llevé a mi oreja mientras buscaba el interruptor de la lámpara.

—¿Hola?

—Zabdiel, lamento molestarte a esta hora —la voz del señor Adam traspasó la línea. Parpadeando rápidamente por culpa de la intensidad de la luz, observe el pequeño reloj digital sobre mi mesa de luz. 4:30am.—. Pero no tengo idea de a quien más llamar.

—¿Que sucedió?

—Tuve una pelea con Chris y él salió de la casa furioso —suspiró—. Hace dos horas que estoy buscándolo pero no tengo idea de donde pudo haberse metido.

—Mierda —musite recordando la escena en la universidad.

Saltando fuera de la cama comencé a vestirme mientras escuchaba al señor Adam señalarme los lugares en los que ya había revisado. En menos de diez minutos estaba vestido y corriendo escaleras abajo hacia el estacionamiento.

—Si lo encuentras primero, llévalo directamente a casa —pidió—. No importa en que estado este, haz lo que sea necesario.

—Esta bien. —suspiré antes de cortar la llamada y poner el auto en marcha.

Temía demasiado en que estado podía estar el moreno. Sin más remedio y sabiendo demasiado bien lo que podía encontrarme, conduje directamente a los peores clubes de Miami que logre encontrar. Esos donde estaba seguro que vendían drogas a los chicos jóvenes como Christopher.

Lo encontré en el quinto al que entre. El lugar se llamaba “Howling Wolf”. No estaba dentro de mis peores lugares a los que ir pero no era el mejor tampoco. Conocía a un par de personas allí y no me costó demasiado encontrar al niño al fondo del lugar. Christopher estaba en el apartado VIP, sentado sobre un sofá en

un estado bastante crítico. Su cabeza estaba ladeada sobre el respaldo y sus ojitos brillaban con aturdimiento mientras observaba la pista.

Acercandome a él, aparte a un par de imbeciles que estaban sentados a su alrededor para poder llegar al castaño. Su rostro estaba brillando por el sudor, su cabello largo desordeando y cayendo por todo su rostro, adhiriendose a su piel.

Mi pecho se oprimio con un dolor extraño cuando vi el polvo blanco en lineas sobre la pequeña mesa de cristal en el centro del juego de sofás.

—Joder —susurré—. ¿Que hiciste, ojos bonitos?

Quitando el cabello de su rostro, observe el color rosado en sus mejillas y como sus ojitos se cerraban de a poco.

—No te duermas —golpee suavemente su mejilla—. Te sacaré de aquí.

Tomandolo en brazos, me di cuenta de que el chico no podía pesar más de sesenta kilos, demasiado poco para mi gusto. Aunque con la compexión de su tío supuse que venian te personas fisicamente delgadas.

—¿Que crees que haces, imbecil? —lo que me faltaba.

Volteandome, miré directamente al tipo que me estaba deteniendo de que me llevara al castaño. Era un tipo de esos que parecen salidos de una pelicula antigua de chicos malos. Llevaba una chaqueta de cuero demasiado gastada que brillaba bajo las luces tintineantes del club. Una bandana roja cubria su cabello oscuro y sus ojos estaban posados en el niño en mis brazos.

No sabia que se traia en idiota pero me llevaría al chico de allí así tuviera que golpear a todo el maldito club.

—No te metas en lo que no te importa. —gruñí, apretando el cuerpo contra mi pecho.

—¿Que dijiste? —el tipo se me vino arriba de un momento a otro y sentí miedo por el bienestar de Christopher quien habia quedado en el medio.

—Sal de mi camino, idiota.

Las cosas sucedieron demasiado rápido luego de eso. Alguien quito a Christopher de mis brazos de un momento a otro y los puños comenzaron a volar.

Sentí mi mandibula latir cuando un juego de nudillos impacto contra ella, mis dientes castañaron y podía sentir el moreton construyendose en el mismo instante.

Arroje golpes a diestra y siniestra contra todos los idiotas que se me metian enfrente. Debía llegar a Christopher y salir de allí lo más rapido posible.

Más personas se sumaron y recibí varios golpes en el cuerpo mientras intentaba alcanzar el sofá donde

Christopher estaba acostado. No sabía quien lo había dejado allí pero agradecía que nadie lo hubiera notado.

El imbecil que comenzo todo se paro frente a mi impidiendome el paso y logré golpearlo justo en todo su maldito rostro arrojandolo de espaldas al suelo. Seguí mi camino luego de asegurarme de que el tipo no volveria a ponerse en pie por ahora.

—Hey, ojos bonitos —susurré cuando llegué a Christopher, el chico me miró con confusión y los ojos entrecerrados—. Vamonos de aquí.

Levantandolo nuevamente, me arroje en dirección a la puerta evitando las peleas que se cruzaban en mi camino y empujando a un par de personas. Las peleas en ese tipo de clubs eran normales pero sabia que la policia no tardaria mucho en llegar para llevarse a un par de revoltosos. No quería estar entre ellos.

Christopher estaba sudando a mares cuando llegue a mi auto y aunque sabia pocas cosas sobre las drogas tenía muy claro que si al chico le daba un golpe de calor estaríamos en graves problemas. Su temperatura subiria drasticamente y sus organos podían colapsar, debia evitar eso pero no tenía idea de como.

Encendiendo el vehiculo maneje los más rápido que mi viejo auto logró hacerlo. Christopher se durmio a mitad de camino a pesar de mis insistentes palabras para que no lo hiciera y eso me ponía jodidamente nervioso ya que no podía controlar su estado si no podía hablarme. La casa aparecio en mi linea de vision no mucho despues y agradecí que el señor Adam estuviera esperandome.

—¿Como esta? —pregunto mientras corría a la puerta del copiloto.

—Consumio —aseguré mientras bajaba. Adam me miró con una mueca de tristeza en el rostro mientras abría la puerta—. Tengo miedo de que le de un golpe de calor, ¿que hacemos?

—¿Puedes llevarlo a su habitación? —pidió—. Llamaré a un medico o a alguien que sepa lo que debemos hacer, nunca habia tenido que tratar con él en ese estado.

Me sorprendio esa confesion pero no hice ninguna pregunta. Tomando a Christopher en brazos me movi hacia la casa y directo a la habitación del castaño.

El lugar era exactamente como me lo habia imaginado. Un completo y real desorden. Ropa tirada por todos lados, bocetos, manualidades a medio terminar y papeles viejos por todos lados.

Por algun milagro de la vida la cama estaba tendida y pude acomodar al pequeño castaño sobre la misma.

Christopher se quejo en su sueño y no me detuve de acariciar su cabello suavemente, susurrando palabras

consoladoras—. Vas a estar bien, ojos bonitos.

Capítulo 6

El señor Adam me envió a casa esa noche pero no pude irme, no podía pretender que nada había sucedido. Había conocido a Christopher hacía solo un día pero me importaba lo que le sucediera. Por lo que en vez de volver a mi apartamento decidí sentarme a esperar en las escaleras. Nani apareció poco después con un kit de primeros auxilios y una bolsa de hielo en la mano.

Según lo que la simpática mujer me informó, tenía la ceja partida y la mandíbula y parte de mi labio inferior, inflamados. Sus ojos me miraron con tristeza cuando terminé de limpiar mis heridas antes de girarse y volver a la cocina.

El médico que Adam llamó no tardó mucho en llegar. El mismo dijo que Christopher iba a estar bien pero que esta recaída había sido demasiado fuerte, el chico había estado a gramos de la sobredosis.

Debíamos cuidarlo mejor a partir de ese momento.

—¿Que haces aun aquí, Zabdiel?—Adam se sentó a mi lado en las escaleras, observando la caída de los escalones hacia el primer piso.

—No podía simplemente irme—explique con un encogimiento de hombros—. ¿Que haremos ahora?

—Cuidarlo—suspiró—, es lo único que podemos hacer.

—¿Y si recae nuevamente?

—Ese es un riesgo que siempre estará presente, Zabdiel—me miró con sus ojos verdes llenos de dolor—. Christopher es quien debe decidir si esto es lo que quiere para su vida.

—Esta perdido.—afirme.

Adam me miró con curiosidad—. Conoces a mi sobrino hace menos de veinticuatro horas, ¿como sabes que eso es lo que le sucede?

—Lo veo en sus ojos—admití timidamente—. Él no quiere esto pero es la única vía que conoce.

—Creo que tu lo entiendes mejor que yo, que fui quien lo crió.—sonrió con tristeza.

—No es eso, Christopher es un niño perdido—susurré—. Necesita una guía.

—¿Quieres ser su Peter Pan?—bromeo golpeando mi hombro mientras se ponía de pie—. A mi no me molestaría que lo fueras mientras mi sobrino este bien.

No entendí sus palabras. O tal vez no quería entender el significado detrás de las mismas.

—Vete a casa, Zabdiel.—dijo amablemente mientras caminaba por el pasillo hasta perderse de mi vista.

Mis ojos se quedaron clavados en el bordado de la alfombra por unos minutos antes de que me pusiera de pie y me dirigiera a la habitación del pequeño castaño. Christopher se veía tan jodidamente sereno durmiendo sobre los edredones coloridos. Me imagine que así de tranquilo se vería su rostro si no estuviese siempre intentando alejar a las personas.

¿Como sería el verdadero Christopher? Ese del que Nani me hablo, el muchacho alegre y amable que ella tanto añoraba.

Observando el delgado cuerpo acurrucado sobre la cama me pregunte si ese chico todavia estaba escondido detrás de esa mirada desafiante. Sacudiendo la cabeza y con una ultima mirada al moreno, me voltee sobre mis talones y caminé por el pasillo.

Saliendo de la casa y dirigiendome directamente a mi departamento. Si tenía suerte podría dormir un par de horas antes de tener que volver a cuidar del chico.

Mi cama me recibio suave y acogedora cuando me deje caer sobre ella y cerré los ojos. Parecia que había dormido solo cinco minutos cuando el despertador comenzo a sonar advirtiendome que ya eran las 6.30am. Habia dormido poco más de una hora pero no me sentía tan cansado como habia pensado que me sentiria.

Tambaleandome en mis pantalones de pijama, salí de la cama y camine por el pasillo en busca de mi tan preciada dosis de cafeina. Necesitaba el liquido oscuro para funcionar.

—Hey, estas despierto—dijo Francis, desde su lugar frente a la mesa, con voz sorprendida—. Con lo que paso pensé que dormirias hasta rajarte los parpados.

—No soy como tú—me queje, sirviendome café—. Debo ir a trabajar.

—No, no debes hacerlo—sacudió la cabeza—. Adam llamó hace unos minutos y dijo que puedes ir más tarde hoy, Christopher no saldrá para nada—Francis frunció el ceño sobre la taza por unos segundos antes de mirarme directamente y alejar la pieza de porcelana de sus labios—. ¿Que tan grave fue?

Me encogí de hombros—. No lo sé, nunca habia estado en una situación así. Pero fue un momento horrible —confesé—. ¿Como lo supiste?

—Nani me llamó esta mañana—sonrió—. Quería saber como te encontrabas y si estabas durmiendo.

Sonreí inconscientemente, esa mujer era un tesoro—. ¿Te dijo como estaba Christopher?

—Durmiendo—se encogió de hombros—. Seguramente dormira hasta la tarde, sus crisis lo dejan muy cansado.

Asentí ausente mirando el suelo como si fuera la cosa más importante que había visto jamás. Francis se fue poco después, al parecer el señor Adam lo necesitaba para ir a una reunión importante y el rubio debió mover su trasero temprano para poder llegar. Reí escuchando como se quejaba a cada paso sobre la falta de humanidad de las personas que se levantaban temprano todos los días.

Sentandome en la mesa de la cocina, observé sin realmente mirar el feo mantel de ositos que Francis había comprado. Estaba comenzando a dudar sobre cual de los dos era el homosexual allí dentro. Mis pensamientos rápidamente se movieron a cierto moreno y quise golpearme la cabeza al darme cuenta que en las últimas veinticuatro horas el chico parecía ser lo único en mi mente.

Una idea vino a mi mente de repente y me puse de pie de un salto, corriendo hasta mi habitación y tomando mi portátil. Sentandome nuevamente frente a la mesa, encendí la computadora y abrí Google.

“Drogodependencia” teclee rápidamente, tomando un sorbo de mi café mientras esperaba. Entrando a la primer pagina que aparecio allí, comencé a leer rápidamente, había muchas cosas que ya sabía gracias a las clases de concientización que daban en mi colegio pero había muchas cosas que aun no entendía.

“La causa de la adicción es el consumo facilitado por el uso de cualquier sustancia adictiva y, en todos los casos, el factor es la intoxicación que genera el ciclo auto-destructivo de dependencia patológica.

Es imposible determinar o hacer referencia a una diagnosis generalizada en relación a la drogadicción.

Si bien pueden haber similitudes circunstanciales entre un adicto y otro al momento de su vinculación con las drogas, no hay trastornos en común a todos. Los factores relacionados al uso y consumo varían según la persona, la historia de vida y el contexto en el cual precisan proveerse del tóxico.”

Esos parrafos quedaron flotando en mi mente por unos segundos pero decidí seguir leyendo antes de realmente ponerme a pensar el porque de los problemas de Christopher. No conocía realmente al chico pero al menos podía conocer su condición para poder ayudarlo en un futuro.

“...reconocer que tiene un problema es el primer paso para conseguir ayuda con la drogadicción.

Muchas personas tienden a creer que pueden tratar con el problema solas pero eso no funciona en la mayoría de los casos...”

“...un individuo con problemas de adicciones por lo general necesitan un apoyo. Una persona en la que confien lo suficiente para poder llamarla cuando se enfrentan a una crisis...”

“Autoestima. El autoestima del adicto por lo general se ve afectado en medio de su recuperación. Se siente debil o malo de alguna manera. Su familia y amigos deben ser conscientes de este hecho para poder ayudarlo a ver que su problema no lo convierte en una persona fragil...”

No tengo idea de cuanto tiempo estuve leyendo pero me sobresalto el sonido de mi telefono sonando.

Mirando la hora descubrí que eran cerca de las diez de la mañana. Sacando mi celular del bolsillo de pijama observe la fotografia de Lucía parpadeando en la pantalla.

—Por favor, no quiero saber si te acostaste con el nieto de tu vecina —roga—. Es demasiado temprano para escucharte relatar tus conquistas.

—Ojala pudiera relatarte algo así pero el chico se esta haciendo el dificil—reí ante el tono frustrado que su voz desbordaba—. No te rias, De Jesús, no es gracioso.

—Si lo es, Lu—reí más fuerte mientras cerraba mi portatil y me levantaba para dejar la taza en el fregadero—. ¿Ya intentaste meterte en su habitación mientras duerme y violarlo?

—Ja. ja—gruño—. No eres gracioso, imbecil, te lo he dicho mil veces —suspiro—. Dime que hago.

—¿Y como quieres que sepa?—pregunte sorprendido—. Tu eres la Casanova aquí.

—Mis metodos no estan funcionando, Erick cree que es solo una aventura, Zab —lloriqueo.

—¿Quieres que lo golpee?

—No quiero que le pegues, imbecil —chilló—. Quiero acostarme con él.

—Estas hablando como si fuese una aventura.—aclaré.

—No ayudas, no ayudas para nada.

—Lu, no voy a ayudarte en esto—me pasé una mano por el rostro—. Te he dicho mil veces que dejes de ir de cama en cama. Comienza a comportarte como una maldita adulta e intenta tener una amistad con el chico, ¡Y no! no estoy hablando de “amigos con beneficios”.

—Tu le quitas lo divertido a todo.

—Comportate, Lucía—ordene mirando nuevamente el reloj—. Debo irme, Lu, te llamo en la tarde.

—Esta bien—gimió lastimosamente—. Mientras me conformaré con espiarlo por

la ventana mientras esta en la piscina.

Ni siquiera me moleste en decirle que no hiciera una cosa así. Cortando la llamada corrí a mi habitación y me di una rápida ducha antes de salir hacia la casa de los Vélez. Llegue allí en muy poco tiempo y estacione mi auto en la parte trasera de la misma, entrando por la puerta de la cocina. El señor Adam me había dicho que no tenía problema con que sus empleados entraran por la puerta principal pero no me sentía bien haciendolo, prefería la cocina.

—Zabdiel, cariño—saludo Nani con una gran sonrisa—. Llegaste.

—¿Como estas, Nani?—besé su mejilla suavemente.

—Oh muy bien, muchacho—hizo un gesto hacia los panecillos sobre la mesa y le hice caso, tomando uno—. Creo que Christopher ya despertó pero no creo que vaya a salir.

—Le preguntaré.

—Ten cuidado, Zabdiel, se pone de mal humor cuando estas cosas suceden. —dijo con voz suave.

—Él siempre esta de mal humor.—murmuré saliendo de la cocina hacia las escaleras.

Acomodando las chaqueta de mi traje, murmuré un par de palabras de odio hacia la tela mientras caminaba por el pasillo hacia la puerta del moreno. Golpeando con mis nudillos la madera, espere una respuesta.

—¡Quien sea, larguese!—la voz sonó ronca y cansada desde el otro lado.

—Christopher, soy Zabdiel—lo ignoré—. Solo quería saber como estabas.

—Estoy bien, ahora vete.—gruñó.

—Como desees—murmuré—. Si me necesitas estoy en la cocina.

Me masajee la mandibula, donde un moreton oscuro se habia formado mientras esperaba la sorda respuesta de confirmación. Una vez que me aseguré de que el chico me habia escuchado, me voltee para dirigirme a las escaleras pero el sonido de la puerta abriendose detrás de mi logró que volteara.

Christopher estaba de pie en el umbral. Se veía algo demacrado, su rostro habia perdido algo de brillo y el pequeño moño en su cabello estaba desordenado. La remera demasiado grande para su delgado cuerpo colgaba de sus hombros de forma descuidada, al igual que los pantaloncillos que llevaba. Tenía ojeras debajo de sus brillantes ojitos. Sentí nuevamente esa presión en el pecho al verlo en ese estado.

—Mi tío me dijo lo que hiciste—mumuro con voz ronca, su mirada bajo al suelo un instante antes de levantarla para clavarla en mi rostro. Nuestros ojos

encontrándose—. Gracias, Zabdiel.

Las palabras me dejaron un tanto en shock, para cuando fui a contestar el chico se había metido nuevamente en su habitación, cerrando la puerta. Una pequeña sonrisa tiro de mis labios mientras miraba los papeles pegados en la madera.

—De nada, ojos bonitos.

oo

Dedicado a: DenissePimentel1 <3

Capítulo 7

Christopher no salió ese día, ni tampoco el siguiente por lo que me dedique a socializar con los empleados de la casa. Con Nani ya parecíamos viejos amigos, conocidos de toda la vida, pero mientras estuve allí también conocí a Henry, el jardinero y a Mercie, la mucama que venía dos veces a la semana.

Ambos me parecieron simpáticos pero me fastidiaba demasiado las expresiones que ponían cada vez que hablaba sobre Christopher por lo que decidí que Nani y, como última opción, el pesado de Francis, serían mis únicos amigos allí dentro.

Christopher se decidió a salir el tercer día luego de su crisis. No parecía haber dormido mucho pero su piel había recobrado un poco de su color natural y eso logró que una sonrisa se deslizara por mi rostro. Llevaba una camiseta simple oscura y una chaqueta marrón encima complementada con un jean negro. Los días habían estado un poco frescos últimamente, Lucía me lo había recordado constantemente cuando se dio cuenta de que Erick no saldría a nadar con el clima frío.

Parándose en el umbral de la puerta de la cocina, Christopher dio una rápida mirada a los presentes antes observarme directamente—. Voy a salir. —musito antes de voltearse y salir de la cocina.

Entendiendo eso como mi señal de salida, me puse de pie y corrí detrás de él. Saliendo por la puerta principal, visualice a Christopher de pie cerca de la cochera con su mirada hacia el cielo. Sus ojos cerrados delataban las largas pestañas que descansaban sobre sus, ahora, sonrojadas mejillas, tenía los labios entreabiertos con una respiración lenta y constante. Como si simplemente estuviera disfrutando del suave aire frío que corría.

El cielo estaba encapotado de varios tonos de gris que prometían una linda tormenta pronto. Christopher abrió los ojos y observó las nubes con el ceño fruncido.

Su expresión de inconformidad me hizo sonreír y mis pies comenzaron a moverse en su dirección por voluntad propia.

—Creo que va a llover, ojos bonitos. —declaré. Christopher me miró con curiosidad y supuse que estaba intentando entender el apodo con el que lo había bautizado. Sonriendo, pasé a su lado haciendo girar las llaves de mi auto en mi dedo índice—. ¿Irás en tu motocicleta?

Devolviendo la mirada al cielo, el chico hizo otra mueca antes de mirarme y murmurar con voz muy delgada—. ¿Puedes llevarme?

Sonreí de forma brillante, estábamos progresando bastante—. Sube.

Sin decir una palabra más, el chico camino hasta mi auto y se subió en el asiento del copiloto. Aun faltaban nuestras clases sobre “por favor” y “gracias” pero ya llegaríamos a eso, tenía intenciones de devolver al chico su alegría así me costara la mía propia.

—¿A donde, señor? —dije con tono elegante mientras giraba la llave.

—No lo sé —se encogió de hombros mientras miraba por la ventana—. Solo... necesito tomar aire.

Lo miré con confusión sin saber muy bien si esa falta de hostilidad era parte de su crisis o su personalidad en si. Tal vez el chico solo era explosivo y reaccionaba a la presión. O la crisis lo había dejado más cansado de lo que había pensado en un principio y ni siquiera encontraba fuerzas para gritarme mis verdades. No tenía ni idea pero no me gustaba mucho este Christopher complaciente y debil, prefería al que me grito por ser su niñera.

Encendiendo el auto con un suspiro, lo saque por el camino de entrada y conduje por la carretera a ningún lugar en específico. No tenía idea de a donde podía llevarlo. Las plazas no parecían un lugar muy viable por como el chico se encontraba, la playa ni siquiera era opción por lo que decidí llevarlo al único lugar que en verdad lograba tranquilizarme cuando me hallaba alterado.

Dirigiendo mi auto por la carretera principal acelere mientras observaba por el raballo del ojo las reacciones del castaño. No parecia perturbado con el camino que habia escogido pero pude ver como sus ojitos se deslizaban por todos lados observando los detalles con detenimiento, como si estuviera intentando sacar fotografías mentales. Christopher tenía alma de artista, podía verlo tanto en sus tatuajes como en los papeles pegados a su puerta y me pregunte si alguien se habia dado realmente cuenta de ello antes.

Si, el chico estudiaba arte pero ¿alguien se habia detenido a mirar su trabajo y decirle cuando excelente era? Lo dudaba.

Mirando por el espejo retrovisor por última vez, tome el desvío que me llevaría al lugar al que deseaba ir. El camino estaba un poco desierto, no habia muchas casas al principio y luego de unos kilometros solo habia arboles. Christopher frunció el ceño mientras observaba por la ventana, sus ojos se deslizaron hacia mi por unos segundos pero de todas maneras no dijo nada.

El enorme lago de agua cristalina aparecio poco despues frente a mi automovil y pude ver como Christopher se erguia en su asiento para tener una mejor vista. El lugar era precioso. Rodeado de una medialuna de arboles inmensos, creaba una sombra calida sobre el agua que le daba una sensación de cueva o refugio.

Las flores de todos colores y tamaños se arrastraban por el suelo hasta casi llegar al agua, la cual era tan cristalina que podias ver el fondo del lago a través de ella. Me encantaba ese lugar, era muy privado y tranquilo. Me gustaba ir allí de vez en cuando para aclarar mi mente.

Christopher bajo del auto cuando lo detuve y se dirigió directamente al borde del lago. Sonreí cuando lo vi agacharse y tocar con la punta de sus dedos el agua, sabía que se podían ver los pececitos nadando contra el borde. El lugar era un pequeño paraíso perdido en medio de árboles y yo había tenido la suerte de encontrarlo sin querer.

—Ten cuidado —pedí mientras bajaba del auto. Christopher comenzó a caminar por el borde del agua con su vista rebotando por todo lo que podía encontrar.

Decidiendo que lo mejor era mantenerme cerca, comencé a seguir sus pasos mientras bordeaba el lago. Christopher se sentó sobre la hierba luego de unos metros, sus dedos se deslizaban por los pequeños pastos a su lado. Tocando con la yema de sus dedos los pétalos de las flores cada que daba con una, observando todo con una alegría encerrada que me dio ganas de llorar. El chico parecía ver todo, intentando comprender cada detalle y me pregunté si eso es lo que hacía con todo.

—Es un lugar muy lindo. —musito luego de unos momentos, sin levantar la mirada de una pequeña flor violeta que había encontrado creciendo al ras del suelo.

—Lo es —acepte mientras apoyaba mi espalda en un árbol cercano.

Christopher no dijo nada más pero lo noté muchísimo más tranquilo mientras observaba el paisaje. Su cuerpo no estaba en alerta, no parecía querer atacar en un futuro cercano por lo que con voz suave me atreví a preguntar:

—¿Porque lo hiciste, Christopher?

Sus ojos míelos se abrieron un poco mientras me observaba antes de negar con la cabeza—. Eso no te importa.

—Si no me importara, no estaría preguntando.

—Preguntas porque eres un chismoso—gruño.

Bien, allí estaba el chiquillo hostil que había conocido. Genial.

—Pregunto porque me importa.—insistí.

Él soltó una risita sin humor y ese sonido hosco logró que me estremeciera. Ese sonido no debería provenir de un chico así, no de Christopher. Como una persona tan joven podía guardar tanta tristeza sin que nadie se hubiera percatado, no lo entendía. Christopher solo sacudió la cabeza una vez más sin agregar nada.

Sentándome bajo el árbol, apoye la espalda contra el tronco y observe el paisaje. No teníamos mucho que hacer, mi trabajo era cuidar del chico y sabía muy bien que nadie nos molestaría allí. El lugar estaba demasiado lejos como para que

alguien llegara a él. Lo había encontrado durante un viaje de excursión y la única otra persona que sabía de él era Lucía, aunque a la morena le importaba tres pepinos si había oro en el centro del lago. Odiaba la naturaleza en general.

Las pocas horas de sueño comenzaron a cobrarme factura cuando la tranquilidad del lugar comenzó a colarse en mis huesos. Dejando caer la cabeza sobre mis hombros, cerré los ojos por un momento. Sin darme cuenta, me deslice a la neblina del sueño de a poco.

Desperté con la sensación de mi celular vibrando contra mi pierna. Sin abrir los ojos, me moví para alcanzarlo pero el extraño peso cálido sobre mi costado logró que me quedara quieto. Abriendo los ojos lentamente, miré con sorpresa al cuerpo de Christopher apoyado contra mi lado. Su cabeza descansaba sobre mi abdomen y sus manitos estaban aferradas a mi pantalón. Su respiración acompasada y sus ojitos cerrados me dijeron que estaba en un profundo sueño.

Acariciando suavemente su cabello, logré sacar mi celular sin despertarlo y llevármelo al oído.

—Zabdiel—la voz de Adam salió algo desesperada—. ¿Chris está contigo? Lo he estado llamando pero su teléfono está apagado.

—Quedese tranquilo —dije en voz baja—. Él está conmigo, lo llevaré a casa en un par de horas.

—¿Esta allí? ¿Puedo hablar con él?

—Esta durmiendo en este momento —susurré—. Lo traje a un parque y al parecer la tranquilidad logró darle sueño.

—¿Durmiendo? —dijo sorprendido—. Eso es genial, Zabdiel. Christopher no suele dormir mucho luego de estos episodios. Déjalo dormir todo lo que quiera, no te preocupes por el horario.

Reí entre dientes—. No se preocupe, yo lo cuido.

—Lo sé —aseguró—. A pesar de conocerte hace tan poco tiempo sé que lo cuidas.

Despidiéndome rápidamente, guardé el celular nuevamente en mi bolsillo. Mis dedos se deslizaron por la suavidad de su cabello hasta su mejilla, la piel estaba tibia y tersa, parecida a la seda. Christopher era un niño precioso, no podía negarlo.

—Voy a caer por ti, ojos bonitos —susurré, dándole cuenta de ello mientras miraba su rostro sereno—. Voy a caer fuerte por ti.

Capítulo 8

Christopher despertó poco después y se apartó de un salto, sus ojos me miraron con desconfianza por unos instantes y decidí no comentar nada de su cercanía. No me molestaba para nada pero tenía la fuerte impresión de que el chico no estaba abierto a tener una discusión de los porqués de esta. Por lo que haciéndome el desentendido, me puse de pie y le informé que ya era hora de irnos. Christopher solo asintió y subió al auto.

El camino a casa fue exactamente igual que el de ida. Christopher no habló y yo tampoco lo hice, su mirada estuvo perdida por la ventana mientras tamborileaba una canción inventada con sus dedos sobre sus piernas.

—Hasta mañana, Christopher —salude cuando al detener el auto frente a su casa, el chico se bajó y apresuró sus pasos hacia la puerta.

Christopher no contestó pero un simple gesto de su mano sobre su hombro me bastó como despedida.

Girando el auto, salí del patio frontal y me dirigí a mi apartamento. Mi horario había terminado hacia dos horas pero no me habría importado quedarme sentado allí con Christopher sobre mí toda la noche.

Deteniendo el auto en un semáforo, comencé a golpear el volante con mis palmas—¡Oh dios! ¡Mierda! ¡Maldición! ¡Infiernos! ¡Y la perra madre que me parió! —gruñí hacia nadie en especial. La conductora del auto a mi lado me miró con curiosidad y algo de temor pero no le prestó atención. Una vez la luz cambió, aceleré mientras soltaba todas las ordinariencias e insultos que conocía—. ¡Maldito corazón que no sabe lo que le conviene! —murmuré mientras entraba al estacionamiento del edificio.

Estaba tan jodidamente confundido con lo que me sucedía. No era posible enamorarse de una persona que viste dos veces y te trató como si fueras un trapo de piso. No estaba enamorado de Christopher Vélez y punto final. Simplemente me importaba lo que le sucediera. Era eso, solo un amigo. Respirando hondo, me convencí de ello. Christopher era solo un amigo al cual quería ayudar. Simple.

Francis estaba durmiendo en el sofá de la sala cuando entré al apartamento. Tenía una bolsa de Cheetos en la mano y su saliva comenzaba a hacer un pequeño río por el borde del sofá. Haciendo una mueca, alcancé el mando a distancia y apagué el televisor en el cual se estaba reproduciendo una vieja película de terror. Me debatí entre despertarlo para enviarlo a su cama o dejarlo dormir allí, decidí lo primero. No era tan mala persona.

Tomando uno de los cojines del sofá golpeé su rostro con todas mis fuerzas. Francis saltó sobre su trasero antes de rodar y caer al suelo. Eso había sido

demasiado comico.

—La madre que te pario, Zabdiel —gruño, pasandose una mano por el rostro.

—No te metas con mi madre, imbecil —reí mientras me volteaba dirigiendome a mi habitación—. ¡Limpia la saliva del sofá antes de irte a dormir!

—Yo no babeo.

—¡No, te inundas por la boca! —bromeo.

Francis refunfuñó algo pero no logré escucharlo ya que me metí a mi habitación cerrando la puerta a mis espaldas. Quitandome la ropa en el camino me metí de cabeza a la ducha. Necesitaba despejar mi mente de cierto castaño y por lo general el agua tibia azotando mi cuerpo ayudaba.

No lo hizo. Veinte minutos despues estaba tan rosado como Piglet y Christopher seguía en mi mente.

Arrojandome sobre la cama me pase una mano por el cabello y cerré los ojos. Mi mente estaba tan cansada de dar vueltas que no me costo mucho domirme. Aunque mis sueños estuvieron llenos de cabello castaño y brillantes ojos mieles.

Desperté cerca de las cinco de la mañana. Mi cuerpo estaba sudado y mi respiración agitada como si hubiera corrido una maratón. No recordaba mi sueño pero podía decir que me habia asustado con él, era un miedo horrible de ese que te apreta el pecho y te impide respirar. Un temor sin fundamento que te deja paralizado por segundos sin poder defenderte del sentimiento.

—Christopher. —susurré, habia soñado con él. Estaba seguro de que era él pero no podía precisar que exactamente habia soñado.

Con un suspiro frustrado me puse de pie y miré por una ventana cercana, viendo como la lluvia azotaba el cristal. Jodidamente genial. La tormenta se habia desatado casi a media noche, segun las noticias, y no tenía intenciones de detenerse hasta la madrugada. Mi día estaba jodido.

—¡No me quiero mojar! —gimoteo Francis mientras miraba por la ventana con los ojos oscuros el doble de su tamaño normal.

—¿Puedes dejar de llorar como una nena? —pedi mientras me ponía la chaqueta de mi traje—. Iremos en mi auto y no te mojaras.

—Esa carcacha tuya esta llena de agujeros —lloriqueo, lo miré mal—. Aceptalo, Zabdiel, esa cosa bien podría pasar por colador.

—Insulta una vez más a mi auto y te iras en autobus. —gruñí, tomando mis llaves y dirigiendome a la puerta.

Francis me siguió murmurando en voz baja y cerrando la puerta del

apartamento en cuanto salimos. Por suerte me había asegurado de dejar mi auto bajo techo por lo que no tuvimos que mojarnos para llegar a él.

—Me estoy mojando mis zapatos, Zabdiel. —conté hasta diez mentalmente mientras escuchaba a Francis saltar los charcos que se habían formado.

Abriendo la puerta del conductor no esperé a que el rubio subiera para meter la llave y girarla. El auto hizo un sonido ahogado y se quedó en silencio. Lo intenté una vez más pero esta vez ni siquiera hizo ruido. Miré a Francis con los ojos muy abiertos.

—¡Te lo dije! —grito—. ¡Es una caracha!

—¡Es tu culpa, se sintió herido porque tu lo degradas! —me queje mientras bajaba.

—Es un objeto sin vida, no puedo herir sus sentimientos si no tiene.

—Si los tiene —insistí, comenzando a caminar lejos de él, hacia la parada de autobús más cercana.

—¡Esperame! —chilló mientras corría detrás de mí.

Llegamos a la casa de los Veléz poco más de media hora después de lo que deberíamos. Estaba mojado de pies a cabeza y mis zapatos hacían un ruido extraño a cada paso. Mi cabello gotaba agua sobre mis ojos bloqueando bastante mi vista pero prefería darme contra un árbol antes de esperar a Francis y escucharlo quejarse los pocos metros que faltaban para rodear la casa.

Empujando la puerta de la cocina me adentre en la casa y me quedé de pie en el umbral.

—¡Oh por dios, Zabdiel! —antes de que pudiera parpadear, Nani estaba delante de mí con un par de toallas en la mano.

Envolviéndome en una de ellas, seque mi rostro y le di las gracias a Nani. Mi mirada se disparó más allá de la pequeña mujer directo al castaño sentado frente a la mesa de la cocina. Christopher sostenía un lápiz en su mano mientras nos observaba con los ojos muy abiertos.

—Buenos días, Christopher —salude en un intento de llamar su atención.

—Buenos días, Zabdiel —musito en respuesta antes de bajar la mirada hacia el cuaderno que tenía en frente.

—Saqué los zapatos y entren —ordenó Nani mientras correteaba alrededor por más toallas.

—Yo tengo un cambio de ropa aquí —anunció Francis, mirándome con una sonrisa de come mierda que me incito a golpearlo—. ¡Tu quedate mojado por no haberme esperado!

—No peeles —Nani golpeo a Francis con un paño de cocina enrollado mirandolo de mala manera. El rubio hizo una mueca, frotandose el area del impacto antes de comenzar a caminar como un pinguino hacia la pequeña habitacion donde se guardaban los abrigos—. ¿Chris?

El castaño levanto la mirada y observo a Nani con curiosidad. La pequeña mujer se balanceo en sus pies por un momento antes de suspirar y soltar lo que tenia en mente.

—¿Podrías prestarle algo de tu ropa a Zabdiel?

Las expresiones gemelas de sorpresa en el rostro de Nani y Francis, cuando Christopher asintio y se puso de pie, eran dignas de encuadrarse. El castaño salió de la cocina sin mirar atrás y Nani se giro hacia mi.

—Siguelo —me dio un empujoncito—. Es extraño que sea tan amable, aprovecha.

Rei entre dientes ante aquello antes de caminar detrás de Christopher. Mis dientes castañaban por el agua fría que recorría mi cuerpo y la toalla no ayudaba demasiado ya que el traje estaba totalmente mojado.

Lo que lo hacia demasiado pesado para mi gusto. Christopher parpadeo hacia mi unos segundos cuando llegamos frente a su habitación, como si estuviera midiendome antes de abrir su closet—. Eres muy grande. —musito.

—¿Gracias?

—No era un cumplido —saco una camiseta negra y unos pantalones de chandal grises—. Mi ropa te quedara ajustada.

—Prefiero estar ajustado que mojado. —asegure mientras sentía mis huesos temblar.

Christopher se encogio de hombros mientras me tendía la ropa y me hacia un gesto hacia una puerta contigua a su habitación. Suponiendo que era el baño y que me estaba dando permiso para usarlo, me metí dentro.

Arrojando la toalla a un lado, me saque rapidamente la ropa que llevaba, luchando con la camisa por unos segundos cuando se adhirió a mi torso. Secandome lo más rapido que pude, tome los pantalones sin importarme no tener ropa interior y me lo coloque, haciendo una mueca al darme cuenta de lo ajustado que me quedaba. Era demasiado para mi gusto, como si en vez de un pantalon fuera un calza. Sin más remedio, tomé la camiseta y me la puse, sintiendome asfixiado al instante. Dios, el niño era realmente muy pequeño.

Teniendo en cuenta de que yo casi llegaba al metro noventa y el niño me llegaba al hombro, era un milagro que la ropa siquiera me quedara. Saliendo del baño, observe como Christopher rebuscaba en su escritorio por algo.

Me aclaré la garganta—. Creo que esto no va a funcionar, ojos bonitos.

El castaño se volteo para mirarme y sus ojos se deslizaron por mi cuerpo por unos segundos antes de que una sonrisa comenzara a tirar de sus bonitos labios rosa. Antes de que me diera cuenta, el chico estaba riendo a carcajadas. Cruzandome de brazos, sintiendo la remera apretar mis biceps, frunci el ceño y lo miré mal.

—Te ves como un idiota. —dijo sin aliento mientras caía sobre la cama entre risas.

Lo observe por unos segundos, escuchando esa musical risa que tenía y no pude evitar sonreír. El niño era aun más bonito cuando reía, aun cuando era de mi de quien se burlaba.

Haciendo poses estupidas en un intento de que la remera se acomodara mejor, escuché encantado como la risa del castaño se intensificaba. Me sentía como un maldito campeón por haber logrado esa reacción. El niño no reía mucho, se notaba por su expresión sorprendida al darse cuenta de lo que estaba haciendo, y me encantaba ser el porque de ese sonido.

Capítulo 9

—Estos pueden servirte —Christopher extendió unos pantalones de chandal negros un poco bastante más grandes de lo que me había dado en un principio. Su mirada estaba lejos de mí pero aun así podía ver la sonrisa luchando en su rostro, el niño estaba gozando de la situación—. Son de mi tío pero él nunca los usa.

—Esta bien —los tomé—, gracias.

Colocandome los pantalones me sentí un poco mejor al ver que estos sí me quedaban bien, aunque no tenía una camiseta para cubrir mi torso ya que había renunciado a colocarme las de Christopher. Las costuras parecían querer explotar cada vez que me movía, no podía estar con eso puesto. Por suerte, gracias a la gran tormenta, Christopher no iba a salir a ningún lugar y gracias a la calefacción de la casa no necesitaba una camiseta pronto.

—¿No te pondrás una camiseta? —pregunto al castaño con los ojos demasiado grandes para su rostro.

—No tengo una —me excuso—. Tus camisetas me quedan muy ajustadas.

—Pero no puedes andar por la casa así —gruñó.

—¿Porque no? —lo mire directamente, observando como su mirada volaba de mí al suelo antes de volver a mi torso. Era extraño verlo nervioso, con el pasar de los días estaba descubriendo más y más facetas del niño y todas ellas me fascinaban.

—Yo... —se aclaró la garganta antes de fruncirme el ceño y empujarme a un lado para salir de la habitación—. ¡Has lo que quieras, no es problema mío!

Observe la puerta por donde había salido con sorpresa. Christopher tenía una personalidad muy explosiva a la que me estaba acostumbrando lentamente. Con un suspiro rendido, salí de la habitación y me dirigí a la primer planta. Directo a la cocina.

—Tu y tu exhibicionismo, De Jesús —Francis arrojó un trozo de pan en mi dirección que golpeó el centro de mi pecho.

—Los que hablan son tus celos, Reynard —me burle, pasando una mano por mi torso como si realmente estuviera apreciando mi cuerpo. No estaba mal, mi cuerpo estaba bastante marcado gracias a las horas en el gimnasio y los trabajos esporádicos arreglando tejados, estaba en forma. Unos pocos tatuajes adornaban mis brazos y me daban un aspecto algo intimidante, me gustaba.

Un pequeño gemido logró que arrancara mi mirada de mi pecho y observara

directamente a los bonitos y brillantes ojitos mieles que me miraban desde el otro lado de la cocina. Christopher tenía las mejillas sonrosadas y los labios entre abiertos. Esa fue la primera vez que me pregunte sobre la sexualidad del chico.

Su mirada delataba un hambre que solo podía ser clasificada como lujuria.

—Zabdiel ve a vestirme —ordenó Nani, logrando que apartara la mirada de Christopher para mirarla.

—No tengo camiseta —me queje—, las de Christopher son muy pequeñas.

—Entonces ponte una toalla por encima —arrojo una de las mismas hacia mí—, puedes resfriarte.

—Si, mamá —me burle.

Nani me golpeo con un paño de cocina.— No te burles de tus mayores, jovencito.

—Lo siento, Nani. —susurré, escuchando la estúpida risa de Francis desde el otro lado. Maldito idiota.

Sentandome en la mesa frente a Francis, me envolví en una toalla y observé con curiosidad como Christopher parecia hundirse en la libreta frente a él. El bolígrafo en su mano se deslizaba con facilidad sobre el papel, como si simplemente estuviera haciendo líneas al azar. Pero podía ver que poco a poco se formaba el boceto de un rostro frente a mis ojos.

—Buenos días —respondí el saludo del señor Adam de forma ausente cuando el mismo entro a la cocina—. Francis, debemos salir, tengo una reunion importante a la que no puedo faltar.

—Pero esta lloviendo —gimoteo el rubio y tuve que morderme el labio para no reir ante su expresión de horror mientras observaba por la ventana sobre el fregadero—, me voy a mojar.

—Vamos a ir en el auto, Francis —dijo Adam amablemente—. No te vas a mojar.

—Ya escuche eso hoy y me moje igual. —replico, cruzandose de brazos.

—¿Porque estoy discutiendo contigo? —pregunto con diversión—. Eres mi empleado, deberías hacer tu trabajo.

—Bien —se puso de pie con un puchero—, pero llevaré el paraguas de Nani.

—Es rosado —advirtio la pequeña mujer con una sonrisa.

—Podría tener rosas pintadas que me lo llevaria igual —afirmo—. No voy a mojarme de nuevo.

Nani saco su paraguas de su cartera y se lo entrego al rubio, riendo entre dientes cuando el chico salió por la puerta trasera y lo abrió. Francis era el hombre más extraño que había conocido en mi vida. Él no iba por los hombres pero a pesar de eso, era muy femenino para su bien. A veces me preguntaba si realmente era hetero o simplemente bi.

—Aun me pregunto porque rayos lo contrate. —murmuro Adam mientras salía detrás de mi amigo.

Christopher le echó un vistazo a su tío mientras salía pero no le presto demasiada atención antes de volver a su dibujo. Nani colocó un te frente a mi y me dediqué a observar el periódico mientras Christopher dibujaba. Era aburrido estar tanto tiempo adentro, jamás me habían gustado las tormentas, no porque le temiera a los truenos o algo así, si no porque estas la mayoría de las veces te dejaban encerrado dentro sin nada que hacer.

El celular de Christopher comenzó a sonar luego de unos minutos y el chico lo miró con nerviosismo antes de apagarlo y hacerlo resbalar por la mesa hasta que quedó frente a mi. No dijo nada pero entendí el mensaje por lo que tomé el aparato y lo guardé en mi bolsillo. No tenía idea de quien llamaba pero el chico estaba asustado por tener que contestar. Tomando sus cosas, se puso de pie y se apresuró hasta la puerta trasera.

Poniéndome de pie le hice un gesto a Nani y salí detrás de él. Christopher estaba sentado en los escalones de la puerta trasera, bajo el pequeño techo que había allí. Observando la lluvia con tristeza en sus ojos.

—Hablame, Christopher —pedí mientras me sentaba a su lado.

—Tu no quieres saber —negó—. Preguntas porque es tu trabajo cuidar que el adicto no recaiga.

—Pregunto porque quiero ayudarte. —replique.

—Nadie quiere ayudarme —susurró, apoyando su cabeza en la pared—. Quieren librarse de mi, del problema que represento.

—Tu no eres un problema.

—¿Puedes dejar de negar todo lo que digo? —me miró con el ceño fruncido—. Es fastidioso.

—Tu eres bastante fastidioso y no me quejo.

—No te quejas porque necesitas el maldito dinero —alejo la mirada—. Eres simplemente mi niñera, deja de actuar como si te importara.

—Me importas. —sacudió la cabeza a mis palabras.

Con un suspiro frustrado, apoyé la espalda en la pared y lo miré. Una lágrima

silenciosa descendió por su mejilla lentamente pero no dejó que llegara muy lejos antes de quitarla de forma brusca.

—Le importas a tu tío —volví a intentarlo—. ¿Porque no hablas con él?

Nego con una sonrisa triste—. Solo soy una carga para él. Nunca quiso criar un niño, no tuvo opción.

—¿Quién te dijo eso?

—Nadie —la respuesta fue demasiado rápida para mi gusto—. Solo lo sé.

Christopher se puso de pie de un salto y comenzó a mecerse nervioso mientras miraba hacia el camino de salida. Sus ojos no se quedaban quietos, y sus manos se movían inquietas por todos lados. Sabía lo que iba a hacer antes de que siquiera lo intentara.

—No lo hagas, Christopher —susurré.

No me hizo caso. Volteándose sobre su talón comenzó a correr en dirección a los portones de salida.

Poniéndome de pie, arrojé la toalla al suelo y corrí detrás de él. Christopher no era un persona de hacer ejercicio, se notaba por sus pasos tambaleantes y porque lo atrape no muy lejos. Ambos caímos al suelo con un sonido sordo. El pequeño comenzó a revolverse debajo de mi cuerpo, golpeaba, pateaba y gritaba mientras intentaba escapar de mi agarre.

—¡Christopher, cálmate! —grité.

—No, sueltame. La necesito —chilló—. ¡La necesito, por favor!

—No necesitas esa porquería, ojos bonitos —susurre apretándolo contra mi pecho a pesar de que él seguía luchando.

—Por favor, Zabdiel, tu no entiendes —lloriqueo—. La necesito, por favor, solo esta vez.

Él siguió gritando y sacudiéndose por un buen rato, no sé cuánto duro pero no lo solté. Sacudí la cabeza para alejar el agua de mi rostro, viendo como la lucha lo dejaba lentamente y sus grandes ojos me miraban llenos de dolor.

—Solo esta vez, Zabdiel, lo prometo —murmuro—. No se lo diré a nadie, dejame ir, por favor.

—No dejaré que te hagas daño, cielo —acaricie su espalda suavemente sin importarme que la lluvia nos estuviera azotando a ambos.

—Por favor, por favor —susurraba una y otra vez.

—Debes dejarlo ya, cariño —Christopher comenzó a llorar más fuerte mientras se aferraba a mí con sus pequeñas manitas—. Estoy aquí para ti, Christopher, no

te dejaré.

—Tu te iras —y la lucha comenzo nuevamente—. Tu te iras como lo hicieron todos.

—No me iré, jamás me iré.

—Lo harás, ella me lo dijo —eso hizo que me detuviera un segundo, atrapando sus manos para que dejara de golpearme—. Ella lo dijo.

—¿Ella? —Christopher sacudio la cabeza con los ojos cerrados—. ¿Quien?

—Nadie me quiere, ella me lo dijo —siguio gritando—. ¡Tu te iras! No debo confiar en ti, tu te iras.

—¡Christopher dime de quien hablas!

—¡No! —lloró—. ¡Solo soy un maldito adicto, nadie me quiere! ¡Todos me van a dejar!

—¡Detente! —arrojandolo al suelo, atrape sus manos sobre su cabeza antes de sentarme en su abdomen—. ¿Quien te dijo esas cosas?

—Tu te irás —volvió decir con voz más suave pero aun llorando—. Yo no te importo, no lo hago, no.

—Christopher —atrape su barbilla, logrando que me mirara con sus ojitos cristalizados—, ¿quien te dijo esas cosas?

—Mamá. —dijo con voz debil.

Capítulo 10

—Oh por dios -Nani corrió hacia nosotros mientras cargaba a un desmayado Christopher en brazos. El chico había perdido la conciencia luego de su crisis, algo que no me extrañaba ya que con todos los sentimientos golpeándolo era seguro que su pequeño cuerpo no soportaría y buscaría una fácil salida. Desmayarse era la forma más fácil que encontraba nuestro cuerpo para librarse de las presiones, si no estás despierto no puedes pensar en lo que te hace mal-. ¿Que sucedió?

La pequeña mujer miraba aturdida hacia el rostro del niño, sus ojos azules estaban empañados en preocupación como una madre por su hijo.

—Tuvo una crisis -murmuré observando el rostro del chico antes de mirarla a ella-. Lo llevaré a su habitación, ¿podrías llevarle un chocolate caliente? Lo va a necesitar cuando despierte.

Nani asintió rápidamente y se apresuro para comenzar a hacer la bebida. Mientras caminaba por las escaleras con Christopher en brazos recordé todas esas veces, que estando enfermo, mamá me daba chocolate caliente para que mejorara. Sabía de sobra que no era un remedio real pero supuse que era lo mejor que podía hacer por él en ese momento. Christopher necesitaba cariño y contención, no un montón de personas dándole ordenes.

No tenía ni puta idea de a que se refería con lo de su mamá. No sabía mucho del tema pero supuse que las cosas no estaban bien con esa parte de su familia. Adam había evadido el tema cuando pregunte por sus familiares. Pero había algo seguro, los Vélez ocultaban algo y no estaba seguro de querer averiguar de que se trataba.

Christopher abrió los ojos cuando lo dejé sobre su cama, el color miel brillante de los mismos estaba tan inundado en tristeza que mis piernas se aflojaron y caí sentado a su lado. Quitando el cabello mojado adherido a su rostro, acaricie suavemente su mejilla con la punta de mis dedos. Cerrando los ojos, el castaño se inclinó hacia la caricia con tranquilidad.

—¿Me dices que hago? -susurré con la voz entrecortada-. ¿Como puedo ayudarte, ojos bonitos?

No me contestó pero su mano temblorosa llegó hasta la mía y me jaló suavemente. Entendiendo el mensaje, me deje caer a su lado en la cama y lo jalé hasta mi cuerpo, permitiendo que su cabeza descansara sobre mi hombro. Mis manos automáticamente comenzaron a frotar su espalda sintiendo la tela húmeda de su camisa pegada a su piel.

—Estamos mojados -susurré-. Debemos cambiarnos.

—Solo... unos minutos más. -pidió suavemente.

Sus finos y delicados dedos se enredaron en el escaso vello de mi pecho, enredándose en ellos antes de soltarlos y volver a hacerlo. Estaba tan concentrado en ello que ni siquiera levanto la mirada cuando Nani entro a la habitación con dos tazas humeantes en sus manos. La pequeña mujer se quedo congelada en la puerta con una expresión pura de shock en el rostro y sus ojos fijos en la posición de Christopher.

Nani se sacudió un momento antes de entrar a la habitación con pasos ligeros y sin hacer ningun tipo de sonido brusco. Dandome una pequeña sonrisa, dejó las tazas sobre la mesa de luz y salió de la habitación sin decir nada. Suavizando el cabello de Christopher lejos de su cuerpo, observe como su pequeño cuerpo temblaba sobre el mio. No estaba seguro de si era por el frío o por otra cosa pero no podía arriesgarme a que el niño se enfermara.

—Vamos a cambiarnos, cariño. -susurré mientras me enderezaba y pasaba un brazo bajo sus piernas y otra por su espalda.

—No, no, no. -gimoteo con los ojos llenos de miedo.

—Hey, no me voy a ir, Christopher -lo aprete contra mi pecho-. Solo nos cambiaremos, no me iré.

Christopher suspiró suavemente mientras apoyaba su cabeza en mi hombro y se aferraba a mi cuerpo.

Poniendome de pie con cuidado, atravesé la habitación y me metí dentro del cuarto de baño contiguo. El baño, a diferencia de la habitación, estaba perfectamente ordenado.

Dejando a Christopher sentado sobre la mesa del lavabo me giré para abrir el agua y poder llenar la bañera. Una vez que logré la temperatura que quería, volví con Christopher y toma los bordes de su camiseta.

—¿Puedes ducharte solo o quieres que te ayude? -pregunté suavemente mientras le quitaba la prenda por la cabeza. Christopher miró de mi a la puerta y nuevamente a mi, sonreí ligeramente acariciando un lado de su rostro-. Estaré esperandote cuando salgas, te lo prometo.

—Puedo... puedo solo. -asintió mientras bajaba la mirada a sus manos.

—Grita si me necesitas.

Dejando un suave beso en su sien, tomé una de las toallas para poder secarme y salí del baño cerrando la puerta. Mis pantalones estaban goteando sobre la alfombra por lo que me los quité y me sequé rapidamente dejando la toalla enroscada en mi cintura. Con una mirada a la puerta del baño, tomé los pantalones mojados y corrí por las escaleras hasta la cocina lo más rapido que pude.

—Nani, ¿que hago con esto? -pregunte mientras entraba.

—Damelo, lo pondre en la lavadora -tomo la prenda de mi mano antes de darme una sonrisa-. Tu traje debe estar casi seco ya, lo subire en unos minutos.

—Esta bien -asentí dandome la vuelta para poder volver a la habitación pero me detuve en la puerta cuando me acorde de algo-. Ehm, Nani, otra cosa... ¿Donde hay sabanas limpias?

—Buscalas dentro del armario de Christopher, en la parte baja -respondió sin problemas mirandome con ojos brillantes-. Cuidalo, Zab, él confía en ti.

Asentí dandole una sonrisa antes de correr nuevamente a la habitación. Christopher aun no habia salido por lo que acercandome a su armario, busque las sabanas y reemplacé las que estaban humedas, haciendo la cama nuevamente.

—Mi mamá es adicta -la voz de Christopher me sorprendio por completo mientras acomodaba las almohadas. Dandome la vuelta, observé su pequeña forma apoyada en el marco de la puerta del baño. Sus ojos tristes estaban fijos en el suelo-. Tenía cuatro años cuando tío Adam me sacó de allí, no entendía lo que sucedia solo sabía que mamá no me quería y dejaba que sus proveedores me golpearan...

—No tienes que contarmelo. -susurré.

Christopher levanto la mirada con los ojos llenos de lagrimas-. Quiero hacerlo -aseguro. Tomando un respiro, se acerco con pasos vacilantes hacia mi. Eliminando la distancia entre nosotros, lo jalé a mis brazos-. Eres la primer persona que me abraza en mucho tiempo.

Su frase entre cortada logró que mis ojos se llenaran de lagrimas-. Me gusta abrazarte. -confesé.

—Mamá nunca quiso a mi tío Adam -susurró luego de unos momentos mientras cariaba su espalda. Su voz era baja y vacilante-. Ella decia que estaba enfermo, que era un degenerado. Cuando él iba a verme ellos se peleaban fuerte y mamá aventaba cosas hacia él. Adam siempre prometía que iba a sacarme de allí costará lo que le costará pero siempre se iba sin mi.

Pasando sus dedos por el vello de mi pecho nuevamente, tomo un respiro entrecortado antes de seguir.

—Estaba a punto de cumplir cinco años cuando finalmente fue por mi. Mamá habia tenido una pelea con su proveedor y el tipo quería llevarme para asegurarse de que ella le pagara lo que le debia -besé suavemente su mejilla mientras esperaba que siguiera-. No sé como Adam supo lo que sucedia pero luego con la policia e impidio que el tipo me llevara. Mamá se puso como loca cuando mi tío le dijo que me iria con él. Dijo que no permitiría que un maricón criara a su hijo.

Su cuerpo se estremecio en mis brazos y tuve la mala sensación de que sabia por donde iría la historia.

—A pesar de todo, Adam no quería que perdiera comunicación con ella.

Despues de todo es mi madre -lo sentí sollozar suavemente contra mi pecho y lo aprete más contra mi, susurrando palabras consoladoras en su oído-. Ella supo que soy gay cuando tenía dieciseis. Me grito e insulto mucho, dijo que ella no merecia tener un hijo enfermo y que la culpa era de Adam.

—Tu no estas enfermo, ojos bonitos.

—Comencé a drogarme poco despues, quería olvidarme de todo -confesó-. Al principio solo fue Extasis pero luego de un tiempo, no fue suficiente y pasé a cosas más fuertes -me miró con esos ojos enormes y brillantes por las lagrimas-. Quiero dejarlo, en serio que quiero pero no puedo.

—Puedes hacerlo -asegure-. Yo creo en ti, te ayudaré en todo.

Christopher se aferró aun más a mi y supe sin palabras que tambien era el primero en mucho tiempo en decirle algo así. Tomandolo en brazos nuevamente, lo lleve a la cama y nos acomodamos nuevamente. Christopher lloró por unos momentos, limpiando todo lo que habia sucedido con las lagrimas. Sabia que habia comenzado algo nuevo desde el momento en que habia tenido la crisis. Christopher confiaba en mi ahora y haría todo lo que estaba a mi alcance para ayudarlo.

Su cuerpo temblo en mis brazos y el niño se removió hasta poder esconder su cabeza en mi cuello.

—¿Que puedo hacer para ayudarte? -musite.

—*Solo dime que vale la pena salvarme.*

Capítulo 11

—Zabdiel —una mano sacudió suavemente mi hombro logrando sacarme de la nebulosa de sueño en la que me había sumergido. Abriendo apenas los ojos, observé sobre mi hombro para ver a Francis de pie a un lado de la cama con su típica sonrisa de idiota adornando su rostro.

—¿Que? —gruñí bajo mi aliento, frunciendo el ceño hacia él.

—Eso debería preguntar yo —hizo un gesto hacia la cama por lo que volteé la cabeza chocando directamente con el cabello de Christopher. El chico estaba enroscado a mi alrededor como un pulpo y yo no me quedaba atrás, mis brazos aun seguían en su cintura aplastándolo contra mi cuerpo—. ¿Que rayos haces, Zabdiel?

—Lo cuido. —me encogí de hombros mientras pasaba una mano por el cabello del castaño, despejando su rostro sereno.

—¿Lo cuidas? —susurró Francis con fuerza, agitando una mano alrededor—. ¿Lo estas cuidando metiéndote a su cama?

—No hicimos nada, Francis —rodeé los ojos—. No seas dramático.

—Ya sé que no hicieron nada y tu sabes bien que no es a lo que me refiero —lo miré mal y él me devolvió la misma mirada—. Te encariñas rápido con la gente, Zabdiel, aceptalo.

—No lo hago.

—Lo conoces hace una semana —hizo un gesto hacia Christopher. Apreté los labios juntos negándole a contestarle. Francis suspiró suavemente ante de mirarme directamente a los ojos—. Solo recuerda que el chico no es uno de tus proyectos de salvación, Zabdiel. No estas obligado a ayudarlo y no será tu culpa si las cosas no salen bien.

—Saldrán bien. —replique con una voz más alta de la que pretendía. Christopher se revolvió en mis brazos y lo acune más cerca, haciendo sonidos tranquilizadores en su oído hasta que volvió a calmarse—. Vas a despertarlo. —me queje.

Francis rodó los ojos—. Vas a despertarlo —dijo con voz de idiota—. Me voy a casa, ¿te vas conmigo?

Asentí lentamente mientras intentaba sacar mi brazo de debajo de Christopher pero antes de que siquiera pudiera moverme más allá de dos centímetros, el moreno se movió en su sueño subiéndose sobre mi cuerpo.

No estaba seguro de si quedarme allí fuera una buena idea, no sabía como reaccionaría Christopher al encontrarme en su cama en la mañana pero al parecer no tenía muchas opciones además de despertarlo.

—Christopher —susurré en su oído acariciando con mis dedos su cuello. Christopher gimió suavemente y Francis rio, le envié una mala mirada que cortó su risa antes de volver al niño en mis brazos—. Vamos, cariño, despierta.

—Callate, Zabdiel. —murmuró, escondiendo su rostro en mi cuello mientras arrojaba una de sus piernas sobre mi cuerpo.

El rostro de Francis comenzó a quedar de un fuerte tono rojizo cuando aguanté la risa, sus mejillas parecían a punto de estallar por la presión. Haciéndole un gesto hacia la puerta, lo despedí sin palabras. Si Christopher se ponía loco siempre podía salir corriendo o cubrirme con algo. Mirando alrededor de la habitación, me pregunté si me daría el tiempo para llegar a esconderme detrás del escritorio.

Me dormí pensando en formas de escapar de la ira de Christopher. Desperté poco después de la cinco de la madrugada, ya que estaba acostumbrado a levantarme a esa hora. Christopher se había movido y ya no se encontraba sobre mí pero uno de sus brazos aun estaba sobre mi abdomen posesivamente. Besando su mejilla suavemente, quité su brazo sin despertarlo reteniendo la toalla en mi cintura. Había olvidado que las teníamos cuando arroje las sábanas sobre nosotros.

Mi traje estaba perfectamente doblado al final de la cama por lo que supuse que Nani ya había estado allí. Tomándolo, le di una última mirada a Christopher antes de salir de la habitación. Encontré a Nani preparando el desayuno en la cocina. Ella me saludó con una sonrisa en cuanto me vio, más resplandeciente de lo que una persona debería estar a esa hora de la mañana.

—¿Sabes donde puedo tomar una ducha? —murmuré mientras observaba por la ventana sobre el fregadero. La tormenta había menguado pero había grandes charcos por todo el patio.

—Usa el baño del pasillo, en la segunda planta —Nani hizo un gesto hacia las escaleras—. Es el de invitados.

—¿No crees que al señor Adam le moleste? —la miré.

—No, esta para eso —frunció el ceño un momento antes de encogerse de hombros—. No reciben muchas visitas que digamos.

Asintiendo suavemente, apreté mi traje contra mi pecho y corrí escaleras arriba. El baño del pasillo era igual que el de Christopher, con la diferencia de que el chico estaba decorado en tonos azules oscuros y este era de colores cremas. Personalmente me gustaba más el de Christopher.

Dejando mi ropa sobre el mostrador, me encargue de mis asuntos antes de abrir el agua y meterme debajo. Se sentía jodidamente bien, podía sentir mis músculos tensos relajarse gracias al agua tibia.

Debía salir a correr en algún momento, eso me ayudaba a calmar mi mente además de que hacía ya unas cuantas semanas que no lo hacía. Mientras aclaraba mi cabello me pregunte si podía llevar a Christopher conmigo, tal vez eso le ayudaría a canalizar sus emociones. El ejercicio era bueno para muchas cosas, una de ellas era calmar la ansiedad.

Enjuagando el jabón de mi cuerpo rápidamente, salí de la ducha y jale una de las toallas. Una vez estuve limpio, arrojé ambas toallas al bote de ropa sucia y limpie rápidamente lo que había ensuciado antes de colocarme mis pantalones. Había abrochado el último botón de mi bragueta cuando escuché el escándalo en el pasillo. Podía diferenciar la voz de Christopher sobre las demás y mi cuerpo al instante se puso alerta.

Antes de que me diera cuenta estaba corriendo fuera del baño sin importarme estar sin camiseta. No me costó mucho encontrar el escándalo. Christopher estaba luchando con Adam por salir de su habitación. Su pequeño cuerpo se retorció contra el de su tío, llevaba solo unos demasiado grandes pantalones deportivos por lo que supuse que recién había despertado.

—¡Déjame ir! —su grito hizo eco por todo el pasillo—. ¡Déjame ir, Adam!

—¡Detente, Chris! —Adam atrapó a Christopher de los brazos en un intento desesperado de que su sobrino no lo golpeará.

—¡Él se fue! ¡Lo hizo! —lloriqueo el castaño, logrando que me doliera el pecho—. ¡Necesito una dosis por favor, tío Adam, solo esta vez! ¡Solo esta vez, lo prometo!

Corriendo por el pasillo, tomé al castaño por la espalda rodeando su cintura con mis brazos y jalandolo hacia mi cuerpo. El chico gritó aún más fuerte, revolviéndose para que lo soltara. Adam intentó atrapar sus brazos pero me moví rápidamente hacia atrás para que no pudiera hacerlo.

—¡Déjame! —Christopher gritó mientras clavaba sus uñas en mis brazos.

—Estoy aquí, ojos bonitos —susurre en su oído—. Estoy aquí, no me fui. Aquí estoy.

Seguí murmurando en su oído, observando con sorpresa como todo su cuerpo comenzaba a calmarse en mis brazos. Sus uñas se alejaron de mi piel y su cabeza se volteó hacia mí. Sus ojos están rojos por el llanto y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Sus bonitos labios rosa temblaban por los sollozos.

—Zabdiel —susurro.

—No me fui, cariño —mis piernas flaquearon al ver el alivio en sus grandes ojos y caí sentando en el suelo con él en mis brazos—. Estoy contigo, ¿recuerdas?

—Tu no estabas —se volteo sobre mis piernas, mirandome directamente a los ojos—. Pensé que...

—Estaba duchandome, Christopher —explique. Sus ojos se deslizaron hacia mi cabello humedo y pude ver como la verguenza coloreaba su rostro.

—Lo siento —musito antes de esconder su rostro en mi cuello—. Me puse un poco loco.

Reí entre dientes mientras lo abrazaba más cerca—. No importa, cariño.

Acariciando la espalda de Christopher en un gesto tranquilizante, observe sobre su cabeza a los tres rostros sorprendidos que miraban la escena. Nani sonrió. La mandibula de Francis parecia haberse descolocado de su rostro, ya que su boca colgaba abierta. Y Adam nos miraba con los ojos muy grandes. Sabia de sobra que ese no era el Christopher al que estan acostumbrados pero era el chico que yo conocia, el que queria que se mantuviera vivo siempre.

—Yo... —Adam fruncio el ceño antes de aclararse la garganta—. Quiero hablar contigo, Zabdiel, cuando puedas ve a verme a mi despacho.

Asentí en comprensión mientras observaba al hombre mayor alejarse por el pasillo. Francis tartamudeo algo inentendible antes de que Nani lo tomara del brazo y lo jalara lejos de nosotros hacia las escaleras.

Una vez que desaparecieron, me centre en el castaño tembloroso en mis brazos.

—¿Estas bien? —susurré.

Christopher asintio contra mi cuello pero no saco el rostro de su escondite.

—¿Me dices lo que sucedio? —pedí.

—Desperté solo —musito con voz ahogada—. Pensé que te habias ido, que habia sido demasiado para ti y no lo sé... creo que enloquecí un poquito. —separandose lentamente de mi, me miró a los ojos—. Quería una dosis. —susurró con la voz rota.

—¿Porque? —acaricie el lado de rostro, quitando las pocas lagrimas que habian quedado allí. Christopher se apoyo en la caricia, mirandome con los ojos entrecerrados.

—Tu eres el único que cree en mi —susurró—. Si tu te ibas, no había nadie por quien luchar.

—¿Que tal por ti mismo?

Negó con la cabeza con tristeza y un sollozo rompió sus labios. Sus manos salieron disparadas a su rostro, cubriendo el llanto. Tomando sus muñecas, las apartó y acunó su rostro para que lo mirara.

—¿Que sucede, dulzura? —preguntó con la voz más suave que encontró—. Puedes decirme lo que sea.

—N-no lo sé —sollozo aferrándose a mi cuerpo—. No sé lo que me sucede, me siento...

—¿Perdido? —terminé por él. Christopher asintió con la cabeza mientras volvía a esconderse—. Encontraremos el camino, te lo prometo.

Nos quedamos sentados en el pasillo en silencio, con Christopher aferrado a mi cuerpo pasando sus dedos por el pelo de mi pecho y me di cuenta de que hacer eso lo tranquilizaba, algo que me parecía adorable.

—Sabes que debo volver a mi casa en algún momento, ¿verdad? —musité luego de un largo rato en silencio.

—Prometiste que no te irías. —reclamo.

—No puedo estar pegado a ti todo el día ni aunque lo intente, Christopher —expliqué suavemente—. Además, aunque realmente me encante ese traje, en algún momento debo cambiarme.

Christopher frunció los labios observando con cuidado como sus dedos se enredaban en el vello de mi pecho—. ¿Vas a volver?

—Todos los días, cariño. —asegué.

—Prometelo.

—Te lo prometo, ojos bonitos —el apodo logró que levantara la mirada hacia mi rostro—. No te dejaré solo en esto.

Él sonrió.

Capítulo 12

Acariciando el cabello de Christopher con suavidad, enrede las oscuras hebras de seda antes de dejarlas caer nuevamente. Los ojos del castaño revoloteaban intentando permanecer abiertos pero podía ver como el cansancio estaba ganando la partida. Acunandolo contra mi pecho, me meci suavemente hacia los lados sonriendo cuando el niño se rindió ante Morfeo, hundiendose en un tranquilo sueño.

—Lo que daría por borrar toda tu tristeza. —susurré mientras me inclinaba rozando mis labios en su mejilla.

Con un suspiro derrotado, me puse de pie con cuidado reteniendo mi preciosa carga contra mi pecho en un intento de no despertarlo mientras lo hacia. Entrando a su habitación, lo coloque suavemente sobre la cama preguntandome si era acertado dejarlo solo. No tenía ni idea de como iba a reaccionar el niño.

Las largas pestañas de Christopher revolotearon, abriendose apenas unos centímetros para mirarme directamente.

—Vuelve a dormir, ojos bonitos. —dije suavemente mientras lo cubría con una manta—. Iré a hablar con tu tío.

—Esta bien. —su voz se mezclo con un suspiro antes de que se enroscara sobre sí mismo.

Sonreí con ternura. El chico era realmente precioso. Poniendome de pie, fui hasta la ventana y arroje las cortinas cerrandolas para evitar que la luz del sol molestara a Christopher. No quería que nada lo alterara, tenía la impresión de que el chico estaba colgando de un hilo y cuanto menos se estresara mejor. Una vez que me aseguré de que la habitación estaba oscura me dirigí a la puerta y salí al pasillo, pasando por el baño para recoger mi camiseta.

La oficina del señor Adam quedaba en la planta baja, al fondo de un largo pasillo lleno de pinturas que podia apostar lo que fuera eran muy caras. La puerta estaba hecha de madera de cerezo, gracias a la tienda de muebles de mis padres podía distinguir perfectamente unas de otras. También sabía que una puerta así de maciza costaba una buena cantidad. Golpeando mis nudillos sobre la misma esperé la invitación para poder entrar.

—Oh Zabdiel, eres tu. —Adam recogio las carpetas de su escritorio rapidamente antes de hacerme un gesto para que me sentara en la silla frente a él—. Toma asiento, por favor.

—Gracias. —hice lo que me pidio antes de cruzar las manos sobre mis piernas y mirarlo directamente—. ¿De que quería hablarme?

Adam se sentó en la silla detrás del escritorio mientras soltaba un suspiro largo. Su cabello castaño, al igual que el de Christopher, permanecía desordenado por la pelea y podía ver el cansancio adueñarse del verde de sus ojos mientras me miraba.

—Yo... —se mordió el labio sacudiendo la cabeza y mirando a todas partes antes de volver a mí—. No sé como lo hiciste.

—¿Hacer que? —incline la cabeza con curiosidad.

—Lograr que Christopher te acepte. —apreto los labios juntos por un momento antes de volver a hablar—.

Hubieron varios guardaespaldas antes que tu, Zabdiel, pero eres el unico que Christopher dejo entrar —sacudí una mano, abarcando todo—. Él hasta parece necesitarte.

—No hice nada en particular, señor Adam, simplemente... confie en él.

—¿Y que piensas hacer ahora? —pregunto, mirandome con una ceja alzada.

—¿De que habla?

—Con Christopher —aclaró—. Él confia en ti ahora pero, ¿eres su amigo o simplemente mi empleado?

Fruncí el ceño, pensando en sus palabras e intentando entenderlas. Podia ver su punto pero tampoco

sabía la respuesta a esa pregunta. Sabia que si Christopher se daba cuenta de que seguía siendo su guardaespaldas y podía realmente pensar que solo estaba a su lado por el dinero. Eso destruiria la poca confianza que el chico habia encontrado. El niño era fragil e inocente en algun punto, y tenía la impresion de que estaba muy cerca de su punto de ruptura. Si lo arruinaba, Christopher se perderia. Estaba demasiado consciente de ello.

Pero necesitaba mi trabajo. Tanto como quería ayudar a Christopher, necesitaba el dinero o me veria

obligado a volver a la casa de mis padres. Lo que terminaria en algo mucho peor al final, ya que tendria

que dejar a Christopher detrás para irme a trabajar en la tienda de mis padres. No tenía muchas salidas.

—Quiero ayudar a Christopher —afirme—, creo que puedo hacerlo pero si usted me despidе me veré obligado a volver a mi ciudad natal y...

—No es necesario que me lo expliques, Zabdiel.

—No, pero... —suspiré—. No quiero que Christopher crea que estoy a su lado solo por el dinero, quiero ser su amigo y ayudarlo en su recuperacion pero sin el dinero, tendria que irme y dejarlo atrás.

Adam me miró detenidamente, sabía que podía ver la tristeza y contradicción que sentía en mi rostro. Siempre había sido una persona muy expresiva a la que todo el mundo podía leer sin esfuerzos.

—Tengo una idea. —se inclinó hacia adelante, colocando los codos sobre el escritorio—. Dejarás de ser el guardaespaldas de Christopher —me cayó con un gesto de su mano cuando intenté discutir—, pero quiero que sigas trabajando para mi.

—¿De que?

—Francis me comentó que estudiaste literatura en la universidad —me miró con una expresión cansada—. Hablando de ello, ¿sabes alguna manera de mantener a Francis callado? Me vuelve loco con sus chismes de peluquería.

—Ni idea —negué—, pero si encuentro una será el primero en saberla.

—Gracias —rió entre dientes—. A lo que iba es que quiero que seas el tutor de Christopher, tendrás que venir solo un par de horas por día a enseñarle y las demás eres libre de vagar por aquí.

—¿En serio? —podía escuchar la sorpresa de mi voz. Adam asintió con una sonrisa—. Eso es grandioso, señor Adam, muchas gracias.

—No es nada, Zabdiel. —aseguró—. Estoy seguro de que me va a agradar tenerte alrededor no solo como empleado.

Agradecí mentalmente el hecho de que el traje podía desaparecer mientras coordinaba los detalles con el hombre. Una vez que todo estuvo claro, Adam me despidió con una sonrisa de su oficina.

—¿Zabdiel? —llamó. Me voltee cuando estaba a punto de cruzar la puerta—. Ten cuidado con tus acciones, muchacho, a veces las cosas que haces intentando ayudar pueden ser contraproducentes.

—¿A que se refiere?

—Dependencia. —me miró con ojos significativos—. Ten cuidado con ella, puede morderte el trasero.

Y sin decir más, volvió a sus papeles diciendome sin palabras que me marchara. Haciendole caso, marché por el pasillo hacia la cocina donde Francis parecía a punto de deborar sus manos mientras empujaba macitas en su boca. Era lo más grotesco y asqueroso que había visto nunca.

—¿Tienes hambre, Zabdiel? —Nani pregunto mientras servía algunas cosas en una bandeja de plata.

—Creo que puedo comer algo. —admití.

—Estaba a punto de llevarle el desayuno a Chris —me dio una pequeña sonrisa—. Si quieres puedo llevarte algo a ti.

—¿Harias eso? No quiero dejar solo a Christopher por mucho tiempo.

—Claro que lo haria —asintió—. Ahora vuelve con el niño antes de que enloquezca nuevamente.

Con una sonrisa en mi rostro y una extraña mirada de mejillas inflamadas de Francis, me giré sobre mis talones y me dirigí a la escalera. Christopher seguía durmiendo cuando entré a su dormitorio. Encendiendo una pequeña luz, me acerque a la cama y sacudí suavemente su hombro.

—Despierta, Christopher —pedí suavemente—. Vamos, cariño, abre esos bonitos ojos.

Christopher parpadeo con ojos desorbitados antes de que finalmente me mirara y sonriera.

—Nani nos traera el desayuno, debes levantarte.

—No. —se quejo, revolviéndose entre las sabanas para poder voltearse y seguir durmiendo.

—No seas mañoso —bromeé, pellizcando una de sus mejillas—. Arriba, vamos.

Christopher siguió quejandose y yo seguí insistiendo hasta que logré convencerlo, para ese momento el desayuno ya estaba enfriandose. Bebiendo un sorbo de su jugo, Christopher me miró bajo la tenue luz de la habitación antes de pedir suavemente:

—Cuéntame algo de tu vida.

—¿Algo como que? —alcance una rosquilla dándole una gran mordida y manchando todo mi rostro con chocolate.

Christopher rio entre dientes mientras me observaba limpiarme.

—No lo sé —contesto una vez que se había calmado—. Solo quiero saber de ti.

—No hay mucho que saber —me encogí de hombros—. Crecí en Puerto Rico. Mis padres son dueños de una tienda de muebles allí y aun guardan la esperanza de que vuelva a casa para hacerme cargo del negocio, algo que no sucedera. No tengo hermanos. Viaje a Miami cuando cumplí dieciocho, estudie Literatura en la universidad y vivo en un apartamento que podría ser una caja de zapatos —titubeé un segundo antes de decir lo que me faltaba pero recordar como Christopher se había abierto conmigo logro que hablara:— Y soy adoptado.

El niño me miró con sorpresa—. ¿En serio?

—Sip —asentí dándole un sorbo a mi café—. Noemí y Carlos me adoptaron cuando tenía siete años, por lo que no pudieron esconder eso de mí.

—Oh. —soltó observando su taza de café quedando en silencio por unos segundos antes de volver a hablar—. ¿Sabes quiénes son tus padres?

—No conocí a mi padre —negué—. Pero mi mamá era una prostituta, murio de una sobredosis cuando tenía seis años y servicios sociales se hizo cargo de mí.

—Por dios, Zabdiel. —antes de que me diera cuenta tenía el regazo lleno de un bonito moreno que se aferraba a mi cuello—. Siento mucho eso.

—No lo hagas —pedí, besando su mejilla—. Todos tenemos un pasado, Chris, lo mejor es mirar al futuro y pensar que puedes hacerlo mejor esta vez.

Christopher asintió contra mi cuello pero no se apartó y tampoco lo obligue a hacerlo, me gustaba el consuelo que me proporcionaba. Apenas recordaba a mi madre pero el día de su muerte jamás se borrara de mi memoria y supuse que por ello me esfozaba tanto en sacara a Christopher de ello, no quería verlo de ese modo.

Apretando su pequeño cuerpo contra el mío me prometí no dejar que el niño tuviera un final tan horrible. Nunca había mencionado el hecho de mi adopción a nadie más pero me alegraba de haberlo compartido con Christopher. Supongo que era la única persona que en verdad podía comprenderme.

Capítulo 13

Pasaron dos semanas sin ningún problema. A pesar de haber dejado de ser el guardaespaldas de Christopher, seguía haciendo las mismas cosas que cuando lo era. Iba a trabajar junto con Francis y acompañaba a Christopher a la universidad todas las mañanas. El niño se estaba volviendo cada vez más vivaz y alegre a medida que los días pasaban pero había veces, cuando lo tomaba distraído, en que podía notar que toda su tristeza seguía allí, escondida bajo una bonita sonrisa.

Eso me preocupaba ya que no sabía que era mejor. El triste Christopher que me gritaba o el alegre que escondía sus verdaderos sentimientos.

Había sido uno de esos días en los que Christopher estaba de mal humor y no me había dirigido la palabra, estaba cansado de intentarlo y estar alerta por cualquier señal de recaída por lo que en cuanto toque mi cama caí en un profundo sueño. Desperté sobresaltado gracias al perturbador sonido de mi celular taladrando mis oídos. Había olvidado por completo revisar los timbres de llamada luego de que Francis hubiese estado jugando con el aparato. Ahora, estaba escuchando el famosísimo grito de la rubia de Psicosis taladrando mis oídos mientras buscaba el bendito móvil.

Una vez que pude rodear el celular con mi dedos, atendí la llamada y me lo lleve al oído una vez que la chica dejó de gritar. Debía tener una larga charla con Francis al respecto de tocar mis cosas y cambiar mis timbres de llamada. O bien podía poner sal en su café de la mañana a modo de venganza. Esa era mejor.

—¿Hola? —murmuré con voz adormilada mientras refregaba mis nudillos sobre mis ojos cerrados, intentando apartar el ardor ante las pocas horas de sueño que había tenido.

—¿Z-Zabdiel? —una voz rota y temblorosa rompió el auricular logrando que me sentara de golpe sobre la cama—. Zabdi...

—¿Que sucede, cariño? —pregunte mientras me bajaba de la cama y buscaba mis jeans. El impulso de ir a consolar a Christopher era tan fuerte que estaba vistiéndome en automático.

—No... no pude —sollozo—. N... necesito que... que vengas por... mi.

—Dime donde estas, dulzura. —pedí mientras tomaba mi chaqueta, escuchando el llanto roto del niño desde el otro lado—. Christopher, cariño, dime donde estas.

—E... en The Alley of Lost Children. —su voz sonaba pequeña y avergonzada por lo que me trague el rosario de maldiciones que se me ocurrieron.

“El callejón de los niños perdidos”. Bautizado de ese modo gracias a la cantidad de jóvenes que habían encontrado su final allí. Tanto por sobredosis como por ataques de pandilleros, el lugar era el punto de encuentro más conocido por los barrios bajos. Allí se manejaban todo tipo de drogas ilegales, prostitución y mercado negro. El lugar era un pozo negro, había ido una vez cuando recién había llegado a Miami gracias a la insistencia de Lucía por conocer el lugar, luego de eso ambos habíamos prometido jamás volver a pisar ese callejón por voluntad propia.

—¿Como llegaste hasta allí? —tomando mis llaves corrí fuera del departamento bajando las escaleras lo más rápido que mis pies lo lograron.

—Un... un amigo —musito en medio de un sollozo—. ¿P... puedes venir por mi?

—Voy en camino, cariño. —aseguré mientras me metía dentro de mi auto y lo sacaba del estacionamiento.

—Yo... yo no sabía que vendríamos aquí —prometí—. Él dijo que era... una fiesta. Pensé que podía...

—Esta bien, estaré allí en unos minutos —me mordi el labio, tomando aire antes de hacer la siguiente pregunta—. ¿Consumiste?

La respuesta no tardo en llegar.— ¿¡Que! No, no lo hice, te juro que no. Yo no consumí nada, te lo juro, no lo hice.

—Hey, cariño, shhh, esta bien —dije con voz tranquilizadora, soltando el aliento que se había quedado estancado en mi pecho—. Te creo, Chris.

—¿Lo haces? —su voz era añorada cuando hizo la pregunta.

Apretando el acelerador, me pasé unos cuantos semáforos en rojo mientras más me acercaba al lugar—. Claro que lo hago, ojos bonitos.

—¿Porque?

El oscuro y fuerte olor que subía desde las alcantarillas del gastado y viejo barrio Montcry comenzó a inundar el auto logrando que mi estómago se revolviera. No me gustaba el lugar. Las calles estaban desgastadas y manchadas con las gastadas gomas de motocicletas y autos que fueron participantes de una carrera clandestina o tal vez de alguna persecución policial. Todo el mundo sabía que el lugar era el refugio de las ratas más bajas de Miami por lo que no me sorprendería saber que efectivamente de eso eran aquellas marcas. Los edificios eran viejos y tenebrosos, las ventanas tenían los vidrios rotos o estaban cubiertas de tablas y cartones.

Era triste pensar que el lugar en verdad había sido bonito cuando se contruyó pero la indiferencia de la gente logró que se convirtiera en la basura que era hoy

en día.

—¿Porque qué? —pregunte volviendo mi atención al telefono en vez de centrarme en la oscuridad de los callejones que parecian a punto de tragarse a quien pasara por allí.

—¿Porque me crees?

—Porque confio en ti —contesté simplemente. Suspiré aliviado cuando logré visualizar el callejón a pocos metros delante—. ¿Donde estas, cariño?

—Frente al callejón.

Encendiendo las luces no tuve que esforzarme mucho para ver la temblorosa figura de Christopher apoyada contra los gastados ladrillos de un edificio. Sus ojos se dirigieron a mi auto antes de que se separa de un salto del muro y corriera rodeando el vehiculo. Abriendo la puerta del acompañante, lo deje entrar antes de acelerar lejos del lugar. Podía ser grande y comportarme como si pudiera detener el mundo si me lo proponia pero no era estúpido, si me metía en un pelea aquí seguramente no saldria vivo.

—Gracias por venir. —susurró Christopher mientras se quitaba la capucha de su sudadera, revelando su rostro aun mojado en lagrimas.

—No es nada, cariño. —alce una mano, limpiando su mejilla con mis nudillos antes de volver a la carretera—. Te llevaré a tu casa.

—¡No! —giré la cabeza bruscamente cuando el grito de Christopher inundo el auto. Sus mejillas se sonrojaron cuando me miro y bajo la mirada a sus dedos—. Yo como que... me escapé —soltó—. Y la verdad no tengo ganas de escuchar la mierda de Adam tan temprano.

—Lenguaje, Christopher. —rezongué suavemente, no porque me molestara realmente, yo era mucho peor que el niño cuando me enojaba, si no porque sabia la regla de Adam sobre ello.

—Lo siento —murmuró—. Pero no quiero ir a casa.

Suspiré mirando hacia la carretera mientras pensaba en mis opciones. Francis, literalmente, me arrancaria el cabello si llevaba al niño a mi casa. El chico era un reina del drama cuando se trataba de Christopher, cualquiera pensaria que era algun tipo de perverso esperando la oportunidad para atacar el chico por el modo en el que el rubio se comportaba. Le di una rapida mirada a Christopher notando que estaba distraido observando por la ventana y por más que me costara admitirlo, sabia que no haría nada que incomodara al chico. Por lo que no lo llevaría a su casa. Francis gritaria por un mes luego de esto.

—Iremos a mi casa, ¿te parece? —pregunté—. Descanzamos un poco y luego deberas enfrentar a tu tio.

—¿Me llevaras a tu casa? —los ojos de Christopher se abrieron de par en par y

algo parecido a la emoción brillo en ellos.

—Si, lo haré —asentí—. Pero debemos cuidarnos de que Francis no te vea. Creo que él piensa que quiero abusar de ti.

Christopher soltó una pequeña carcajada y no pude evitar sonreír. Era bueno escucharlo reír luego de toda el nerviosismo anterior.

Una vez había guardado mi auto en el estacionamiento del edificio, guíe a Christopher por las escaleras hacia el apartamento. El lugar ni siquiera se asemejaba a la casa del niño. Las paredes estaban gastadas, las escaleras chirriaban y el casero era un señor gordo que parecía estar muy interesado en la vida de sus inquilinos si su rostro pegado a la rendija de la puerta decía algo.

—Tienes que estar en silencio —pedí mientras abría la puerta suavemente, dando un vistazo rápido para asegurarme de que Francis no estuviera cerca antes de dejar pasar a Christopher.

—Silencio —musito—. Puedo hacer eso.

Reí entre dientes—. Estas hablando, Chris.

—Oh lo siento. —aprete mis labios juntos, deslizandome por el pasillo hacia mi habitación con Christopher pegado a mi espalda.

—¿Zabdiel eres tu? —la voz de Francis floto desde la cocina y mi mirada se encontro con la de Christopher.

—Ehm... si, soy yo —tomando a Christopher de un hombro, lo empuje dentro del armario de los abrigos en el momento justo que Francis aparecía por el pasillo.

—¿Con quien hablabas? —una taza de café se balanceaba en su mano con cada paso tambaleante que tomaba hacia mi.

—Conmigo mismo. —aseguré.

—Uhm... —asintió lentamente, mirandome con curiosidad—. ¿Y que haces despierto a esta hora?

—No podía dormir —me encogí de hombros con una sonrisa—. ¿Porque no vuelves a la cama?

—¿Que escondes, de Jesús?

—Nada —mi respuesta salio demasiado rapida para mi gusto. Me aclaré la garganta un momento—. Solo quiero un momento conmigo mismo, Francis, por favor.

—Okeeeey. —estrecho los ojos un momento antes de darse la vuelta y desaparecer en su habitación.

Hablando de conversaciones extrañas.

Una vez que me aseguré de que el rubio había desaparecido, abrí la puerta del armario haciéndole un gesto a Christopher para que saliera.

—Esta debe ser la reina de las ironías. —sonríe mientras hacía un gesto hacia atrás, refiriéndose a su salida del closet.

—Oh dios, hiciste un chiste —reí entre dientes—. Este es un momento memorable.

Christopher golpeo mi pecho suavemente antes de que los guiara hasta mi habitación.

—¡Aja! —Francis saltó fuera de su habitación apuntando hacia mí en el momento justo en que Christopher entró a mi habitación.

—¿Que estás haciendo? —pregunté observando la estúpida posición en la que estaba con el ceño fruncido.

—Sé que te traes algo, de Jesús. —aseguró antes de correr dentro de mi habitación sin que pudiera detenerlo.

Entrando detrás de él me sorprendí al no ver a Christopher por ningún lugar. Francis observó el lugar con detenimiento, sus ojos entrecerrados en concentración. Antes de que pudiera ponerse a rebuscar dentro, lo tome de los brazos y lo arrastre fuera.

—Vuelve a tu habitación y duerme un poco, la falta de sueño afecta tu pequeño cerebro. —aseguré.

Francis me miró por un segundo antes de soltar un bufido poco masculino—. Te estoy observando, de Jesús. —aseguro, haciendo una V con sus dedos antes de apuntar de sus ojos a mí.

Reí entre dientes mientras entraba a mi habitación y cerraba la puerta a mis espaldas. Una vez que me aseguré de que la cosa estaba bien cerrada, me voltee hacia mi habitación.

—¿Chris? —llamé en voz baja—. ¿Donde te metiste?

—Aquí. —el castaño salió arrastrándose de debajo de mi cama con una sonrisa divertida en su rostro—. Él es insistente.

—No te haces una idea de cuanto. —dije, ayudándolo a levantarse.

Christopher se mordió el labio un segundo antes de mirar sus pies un momento

y volviendo a mis ojos—. ¿Me prestas algo para dormir? Aun siento el olor del humo en mi ropa.

—Claro —acepte, apuntando a mi armario—. Toma lo que quieras.

Christopher se dirigió hacia el mismo, sacando un par de prendas antes de entrar al baño. Quitandome mi chaqueta y camisa, me dejé caer de espaldas en mi cama cerrando los ojos en el proceso. Estaba cansado y lo único que quería hacer era dormir. Estaba a punto de hundirme en la incoscienza cuando sentí un cuerpo calido acurrucandose a mi lado y un suave roce de labios sobre los míos.

Capitulo 14

Oh dios, mataria a Francis, seguro que algun día sucederia. El chico estaba sumando puntos de maneras increiblemente rapidas para que acortara su vida. ¿Cambiar el sonido de mi alarma por la canción del Rey Leon? ¿En serio? Habia estado viviendo con un niño desde hacia cinco años y no me habia dado cuenta. Ademas, ¿de donde rayos sacaba esas malditas canciones?

—Apagalo, apagalo... —murmuró Christopher, revolviendose sobre mi pecho y quitandome el poco oxigeno que tenia en mis pulmones. El niño parecia bastante comodo dormido sobre mi cuerpo y ni siquiera abrio los ojos cuando comenzo a pedir que apagar al alarma.

—¿Sabes? Sería mucho más facil si tu... —los dedos de Christopher encontraron mi boca, logrando que me callara.

Rodando los ojos, rodee su cintura para mantenerlo firme sobre mi regazo cuando me incorporé para alcanzar mi celular y apagar la alarma. Christopher soltó un suspiro complacido cuando la musica infernal cesó y volvió a acomodarse sobre mi, apoyando su cabeza en mi hombro con toda la intención de seguir durmiendo. Estaba bastante seguro de que el niño podia dormir en centro de una guerra sin alterarse ni una pizca.

Observando el reloj de mi celular, noté que eran poco despues de las cinco y veinte de la mañana. Así que el rubio maldito tambien habia cambiado los horarios de mis alarmas. Bien, ya me las cobraria. Mirando el rostro sereno de Christopher, recordé la idea de introducirlo en mi rutina de ejercicio. Teniamos tiempo de sobra así que no vi el problema en comenzar en ese instante.

—Christopher. —susurré, acariciando su cabello suavemente y quedandome sorprendido cuando el chico ronroneo. Ni siquiera sabia que un ser humano pudiera hacer un sonido así—. Vamos, despierta, Chris.

—Ugh... —se quejo, palmeando suavemente mi boca—. Calla.

—Mañoso. —mumuré contra su mano.

Despues no digan que no se lo busco. Tomando su peso en mis brazos, me arrodille sobre la cama y lo deje caer de forma brusca sobre las sabanas. Christopher dio un salto sorprendido antes de mirarme con mala cara. Oh-oh el niño era de mal despertar. Lastima que sus miraditas asesinas ya no hacian mella en mi.

—Arriba. —palmeé su pierna mientras salia de la cama—. Iremos a correr, levántate.

—Pudrete. —musito, hundiendo la cabeza entre las sabanas.

Hice una mueca, dandome cuenta de que las palabras no funcionarían con el chico. Acercandome nuevamente a la cama, lo tome de las piernas y comencé a jalarlo. Para mi sorpresa total, Christopher se aferro a las sabanas mientras comenzaba a retorcerse.

—No seas fastidioso —gruñó—. Vete tu a correr y yo me quedo durmiendo.

—No seas perezoso, Christopher. —lo jale con más fuerza, logrando que soltara las sabanas y levantandolo en brazos—. Iremos a correr lo quieras o no.

—¿Y con que se supone que me vestire, gran genio? —apunto a mis pantalones de chandal que caían por sus piernas.

—Esos estan bien. —aseguré antes de colocarlo sobre sus pies y apretar el cordón de los mismos para que no resbalaran por su cadera—. ¿Ves? Perfecto.

—Parezco un palo vestido. —jalo la larga camiseta que le llegaba a medio muslo.

—Te falta carne en esos huesos. —bromeé, pellizcando su abdomen suavemente—. Pero no te preocupes que yo me encargare de ponerte en forma.

Christopher me miró de arriba abajo, como evaluandome—. Nah, gracias. No quiero parecer un oso. —aseguro antes de volver a caminar hacia la cama, en el momento en que se fue a tirar sobre la misma lo tome de la parte trasera de la camiseta y lo equilibre sobre sus pies.

—Ni siquiera lo pienses, ojos bonitos, no vas a volver a dormir.

Cambiando rapidamente los jeans con los que habia dormido con unos pantalones de deportes comodoss y una camiseta, arrojé a Christopher sobre mi hombro y salí por el pasillo. Estaba a punto de salir por la puerta principal cuando recordé mi venganza. Volteandome dirigí mis pasos a la cocina y dejé a Christopher sentado sobre la mesada.

—¿Que haces? —preguntó cuando me estiré sobre la misma y saqué el azucarero y la sal del pequeño armario.

—A esto se le llama venganza. —dije mientras le quitaba la tapa al tarro del azúcar—. Mira y aprende, cariño.

Dejando caer el azúcar dentro de una taza, rellene el azucarero con sal y devolví todo a su lugar, escondiendo la taza en un mueble distinto. Francis tendria un café muy salado. Limpiando mis manos en mis pantalones, tome a Christopher en brazos y me dirigí a la puerta.

—Puedo caminar, ¿sabes?

—¿En serio? —bromeé mientras corría escaleras abajo, dejando a Christopher en el suelo una vez que llegamos a la vereda frente al edificio. Por suerte los zapatos del castaño eran bastante buenos como para hacer ejercicio, si no

hubiesemos tenido un problema—. Empezaremos con algo liviano, ¿sí?

Christopher gruñó en respuesta. Sonreí ante su rostro de mal humor mientras lo obligaba a estirar sus músculos antes de comenzar a correr. El vecindario en el que vivíamos no era el mejor de Miami pero era lindo.

Había tiendas con escaparates, personas paseando perros y niños jugando en los parques cercanos. Un lugar muy hogareño si me lo preguntaban y por ello me encantaba. Como en todos lados había crímenes pero hacía ya un buen tiempo que nada sucedía allí.

—Habrá mucho café con sal en tu futuro. —gruñó Christopher luego de cuatro cuadas. Reí entre dientes alentando sus pasos mientras atravesábamos un parque.

Christopher tenía menos estado físico que Lucía pero lo estaba llevando bastante bien. Bueno, mas o menos.

—Creo que voy a morir. —se quejó mientras se detenía a tomar aire, apoyando sus manos en sus rodillas.
Me quede trotando en el lugar a su lado en espera de que se recuperara—. ¿Te puedes dejar de mover? Me mareas.

Arrojándose sobre el césped, comenzó a respirar tan agitadamente que logró asustarme. Dejándome caer de rodillas a su lado, acaricie suavemente su mejilla mientras esperaba que se recuperara.

—¿Estas bien? —musite observándolo hiperventilar. Si seguía así iba a tener que llamar a una ambulancia y seguramente perdería mi trabajo. Genial.

Christopher sacudió la cabeza.— Creo que... —tocio un poco—. Creo que necesito respiración de boca a boca.

Fruncí el ceño ante aquella declaración pero antes de que pudiera decir nada, el castaño me tomó del frente de la camiseta y me jaló hacia él, logrando que nuestros labios chocaran al encontrarse. Me quede en shock, sintiendo como Christopher me besaba soltando gemidos frustrados al no tener una reacción de mí. Su lengua caliente y húmeda forzó mis labios intentando tomar el control y el lado dominante de mi mente tomó el control.

Jalando al castaño contra mi cuerpo, lo tomé de su cabello para poder mirar sus ojos un momento antes de atacar su boca con hambre. Christopher sabía como esos caramelos ácidos por fuera pero dulces por dentro y me encantó. Su pequeño cuerpo se amoldaba perfectamente en mi regazo, sus curvas encajando perfectamente contra las mías.

Lo quería tanto, lo había querido desde que lo había visto entrar a la oficina golpeando puertas. El niño tenía un fuego interno que me atraía como una mosca a la luz y aunque sabía que iba a quemarme, lo quería. Un pequeño gemido escapó de sus labios cuando mi lengua tocó la parte superior de su boca, logrando que su cuerpo se revolviera contra el mío.

—Me podrían despedir por esto. —apunté cuando nos separamos para tomar aire.

Christopher sonrió brillantemente.— No tengo idea de lo que hablas. —aseguró antes de dejar un rapido beso en mis labios y ponerse de pie para comenzar a correr.

Lo vi alejarse por unos segundos y sacudí la cabeza, ese niño iba a volverme loco. Pero si podía tenerlo aunque sea por unos minutos del mismo modo, la locura era más que bienvenida.

Capítulo 15

Cuando llegamos a mi casa nuevamente, Francis ya se había marchado y había una gran mancha de café sobre la mesa. Rei entre dientes mientras tomaba un paño y lo arrojaba sobre la mesa. Yo no pensaba limpiar nada, Francis lo había ensuciado y era justo que el limpiara sus desastres.

—¿No piensas limpiar eso? —Christopher observó la mancha como si esta fuera a transformarse en un monstruo gigante y comerselo.

—Yo no ensucie. —me encogí de hombros, volteandome para buscar el jugo dentro del refrigerador—. Francis lo hará cuando regrese.

—¿Cuando regrese? —sus ojos se abrieron de par en par—. Para cuando eso suceda el café ya habrá sido absorbido por la madera, quedará una mancha.

Me voltee sobre mis talones, elevando una ceja hacia el pequeño castaño que me miraba con el ceño fruncido. Por un momento había olvidado de donde saque al niño. Christopher podía parecer un chico común y corriente pero a fin de cuentas era un niño rico. Y parecía bastante indignado con mis hábitos de limpieza en ese mismo momento.

Reí entre dientes.

—Eres un niño rico. —reí—. Uno muy bonito.

—¿De que hablas?

Negué con la cabeza llevandome la botella de jugo a los labios. El líquido explotó en mi rostro cuando Christopher apretó el fondo de la misma. Sentí el zumo deslizándose por mi nariz mientras apartaba la botella y comencé a toser.

—¿Que rayos haces?

—No tomes directamente de la botella. —reto con las manos en las caderas, mirandome con una mirada desaprobadora—. Dejarás germenos por todos lados.

—Yo no tengo germenos, Christopher.

—Los tienes, todos los tenemos. —aseguró.

Rodee los ojos, alcanzando un paño de cocina para quitar el jugo que goteaba por mi barbilla. Quien diría que el niño de los tatuajes tendría modales. ¡Se supone que los chicos malos no tienen de eso! ¿Que estaba sucediendo? Mirando hacia Christopher, me di cuenta de que no era un chico malo, solo una persona asustada intentando alejar al mundo.

—Sabes que te haré pagar por eso, ¿verdad? —pregunte.

Christopher inclino la cabeza, mirandome con el ceño fruncido por unos segundos hasta que la comprensión ilumino sus ojos. Volteandose, intento huir de la cocina pero fui más rápido atrapandolo de la cintura y atrayendolo hacia mi cuerpo hasta que su espalda golpeo mi pecho antes de vaciar lo que quedaba de

jugo sobre su cabeza.

—¡No, Zabdiel! ¿Que haces? ¡Espera, no! —chillo revolviéndose cuando el jugo toco su rostro.

Reí entre dientes cuando la mirada bañada en jugo de fresa me miró enojada. Oh dios, el niño se veía caliente enojado. Podía ver la ira flameando en sus grandes ojos mieles, preparada para golpearme con toda su fuerza. La boca del castaño se abrió para decir algo pero lo interrumpí, levantándolo de sus pies para atrapar sus labios. Christopher gimio empujándose hacia arriba en un intento de profundizar el beso.

Sonriendo, empuje mi lengua dentro de su boca buscando el sabor del jugo que se había colado entre sus labios. El castaño parecía un cachorro inquieto en mis brazos, intentando llegar más arriba mientras sus brazos se enredaban en mi cuello tirandome hacia abajo. Sentí como todo mi cuerpo se ponía en marcha al sentir al pequeño contra mí, su calor, los pequeños sonidos y la tierna desesperación con la que intentaba tomar más.

Separandome para tomar aire, sonreí con suficiencia cuando el castaño intento seguir mi boca.

Picoteando besos suaves en los hinchados labios, observé sus grandes ojos mieles llenos de lujuria.

—¿Por...? ¿Porque...? —tartamudeo en un susurro.

—Estoy tomando lo que me robaste en el parque. —explique con una sonrisa.

Christopher pareció confundido por unos segundos, los cuales aproveche para besarlo una vez más antes de separarme. No tenía ni idea de porque lo había besado, bueno eso era mentira, si sabía pero estaba consciente de que había sido una estupidez hacerlo.

El timbre sonó en ese mismo instante y Christopher pego a mi lado cuando escuchamos la puerta principal abrirse seguida de pasos acelerados.

—¿Un ladrón? —musito el enano pegado a mi costado.

—¿Un ladrón que toque el timbre? —subí una ceja hacia él pero Christopher solo se encogió de hombros.

—Zabdiel, no sabes lo que me sucedió. —Lucia entro a la cocina con el pelo desordenado y el rostro rojo—.

Creo que la cague, lo arruine todo, Erick va a odiarme de por vida lo sé y... Bueno, hola. —saludo cuando sus ojos se detuvieron en Christopher, entrando automáticamente en modo coqueteo.

—Hola. —musito Christopher, observando a mi amiga con curiosidad.

La sonrisa de Lucia se hizo gigante cuando dio un paso más cerca por lo que levante la mano y la coloque en su frente, deteniendo su avance.

—Guarda las garras, Lu —gruñí—. Él está fuera de tu radar.

—¿En serio? —gimio lastimosamente, mirando a Christopher con anhelo—. Pero es muy lindo.

—Alejate, ahora. —pedí. Lucia rodó los ojos pero me hizo caso, dando un paso atrás y volviendo a su modo desesperado.

—Tienes que ayudarme con Erick.

—¿Aun no te hace caso? —pregunté.

Lucia hizo una mueca con los labios antes de mover sus manos frente a su rostro en un extraño gesto.—

Mas o menos.

—¿Que quieres decir con mas o menos? —le hice un gesto para que se sentara a la mesa antes de voltearme para buscar un vaso y alguna cosa que pudiera ofrecerle a Christopher.

—¿Porque hay café derramado sobre la mesa? —Lucia hizo un gesto vago hacia la mesa.

—No lo toques, es propiedad de Francis. —bromeé, sintiendo una mano haciendo contacto con mi cabeza.

—No puedes dejar la mesa así, ¿que va a pensar tu amigo? —Christopher me dio una mirada que no admitia discusión—. Limpia eso, ahora.

—Eres caliente cuando te enojas. —susurré solo para que él me escuchara antes de tomar un paño y dirigirme a la mesa.

Lucia miró de mi a Christopher unos segundos antes de comenzar a reir—. Nunca imagine que viviria para ver a Zabdiel de Jesús ser manejado por un niño.

—Él no me maneja. —me defendi.

La castaña elevo una ceja, mirando el paño que estaba pasando sobre la mesa antes de mirarme nuevamente. Bien, tal vez tenia un poco de razón pero yo no era un perrito, no hacia todo lo que Christopher me mandaba. Bueno... mas o menos.

—¿A que viniste?

—¿No me vas a presentar a tu novio? —dijo con toda la intención, mirando a Christopher.

—Nop. —negué—. Ahora dime a que viniste así puedo echarte e irme a trabajar.

—Que falta de modales que tienes, de Jesús. —suspiro dramaticamente—. Vine porque necesito un consejo.

—¿Y tu desde cuando aceptas mis consejos? —pregunte sorprendido. Una vez que la mesa estuvo limpia, me puse de pie y arrojé el paño al fregadero, enroscando mi brazo en Christopher al pasar—. Si quieres puedes tomar una ducha en mi baño, Lucia va a hablar por horas sobre sus aventuras sexuales y no creo que quieras escucharla.

Christopher me miró sorprendido por unos segundos antes de asentir y marcharse en la dirección de mi dormitorio. Dirigiendome hacia Lucia nuevamente, saque una silla de la mesa volteandola antes de sentarme, apoyando mis brazos sobre el respaldo. Miré al rubio esperando que comenzara a hablar pero en vez de eso se dedico a removerse incomodo sobre la silla, mirando fijamente a la mesa.

—¿Que hiciste, Torres?

—Uh, creo que la cague.

—Si, creí que ya habiamos puntualizado eso. —apunte.

—Yo... —suspiro rascandose la nuca de forma nerviosa—. Yo seguí tu consejo, estaba comportandome, lo juro. Nada de insinuaciones, nada de coqueteo, llegue al punto de dejar de decir obscenidades.

—¿Funciono?

Asintio.— Eramos amigos. Es un chico muy lindo y educado, me dijo que le gustaba pero no quería apresurar las cosas por lo que prefería que fuéramos solo amigos por ahora.

—Eso es genial, Lu. —sonreí.

—Si, lo es. —asintio haciendo una mueca—. Pero hace unos días, Matt aparecio en mi puerta y... Erick nos vio besandonos.

—Pensé que habias terminado con Matt. —resisti el impulso de rodar los ojos antes las acciones de la castaña.

—Lo hice. —aseguro—. Pero al parecer él no entendio el mensaje, me dijo que queria que habláramos, insistio mucho por lo que acepte. Antes de que me diera cuenta me habia presionado contra la pared y metido su lengua hasta mi garganta. Intente apartarlo pero para cuando lo hice, Erick ya habia entrado.

—¿Se lo explicaste?

—Lo intenté pero no me quiso escuchar. —se mordio el labio, mirandome con una tristeza que jamás habia visto en su rostro—. ¿Que hago?

—¿Lo quieres? —pregunté suavemente—. ¿Lo quieres en verdad o es solo otro polvo?

Lucia fruncio el ceño, observando sus uñas por uno momento como si estuviera meditando mi pregunta antes de contestar.

—Lo quiero. —acepto—. No es solo un polvo, yo... me siento bien cuando él esta cerca. Me hace sentir que valgo algo, que soy atractiva.

—Tu eres muy atractiva.

—Lo siento, de Jesús, pero no eres mi tipo. —reí ante su falsa empatia.

—Callate. —golpee su brazo antes de ponerme serio nuevamente—. Lucha por él, Lucia. Si en verdad quieres algo, lucha hasta el final.

—¿Y si no me quiere?

—Entonces no es para ti, Lu. —suspire—. Pero si no lo intentas jamás lo sabras.

Asintio antes de acercarse y abrazarme—. Gracias, Zab.

El sonido de alguien aclarandose la garganta logró que ambos levantáramos la mirada para ver a Christopher parado al final del pasillo pasando su peso de un pie a otro. Sonreí inconscientemente al ver mis pantalones demasiado grandes colgando de sus pequeñas caderas y cubiertos con una de mis camisetas que le llegaba hasta casi medio muslo.

—Parece que no soy la única que cayó. —Lucia susurró en mi oido antes de volver a sentarse en su silla.

La miré con confusion pero ella hizo un gesto ausente, concentrandose en sus uñas nuevamente.

—Ven, Christopher. —le llame, extendiendo mi mano hacia él hasta que la tomo —. No los presente antes pero lo hago ahora. Christopher ella es mi mejor amiga, Lucia Torres, esta estudiando psicologia asi que no dejes que te desordene los pensamientos —Lucia bufó y Christopher sonrio ante mis palabras—. Y Lu, este es Christopher Vélez, mi nuevo amigo y un dibujante increible.

—¿Dibujas? —Lucia lo miró con los ojos enormes y no pude evitar reir. Lucia era un gran fan de todo lo referido al arte visual, aunque ninguno de los dos tenia talento para algo artistico nos gustaba verlo.

Ambos comenzaron a parlotear como gallinas casi al instante por lo que aproveche el momento para ir a darme una ducha, ya que estaba todo sudado por la carrera. No estuve más de diez minutos bajo el agua, me vestí rapidamente y volvi a la cocina. Cuando entré a la misma, mi corazon se acelero al ver las lagrimas deslizandose por el rostro de Christopher mientras miraba a Lucia.

—¿Que sucedio? —Christopher quito la mirada de la castaña saltando de la silla y corriendo hacia mi. Atrapandolo en brazos, lo acune contra mi cuerpo intentando tranquilizarlo—. ¿Que rayos sucede?

—No sucede nada, Zab. —Lucia se puso de pie acercandose lentamente y pude ver que tambien caian algunas lagrimas por sus mejillas sonrojadas. Elevando una de sus manos, acaricio suavemente la espalda de Christopher —. Solo estabamos hablando.

Lucia me dio una mirada significativa y comence a entender lo que sucedia. La castaña no habia elegido la psicologia al azar, siempre habia tenido un talento innato para hacer que las personas entraran en confianza y comenzaran a hablar. Al parecer, Christopher no habia sido la excepcion.

—Debo irme. —musito Lucia, observando brevemente su reloj antes de volver a Christopher —. Tengo clases dentro de poco.

—Esta bien. —acepte aunque sabia que era mentira. Las clases de Lucia por lo general comenzaban luego del medio dia pero entendia que la castaña queria dejarnos solos.

—Te llamo luego. —susurro dandole un apretón al brazo de Christopher antes de voltearse y salir de la cocina. Una vez que escuche la puerta principal cerrandose, me centre en el tembloroso chico en mis brazos.

—¿Estas bien? —Christopher asintio—. ¿Quieres hablar de lo que paso?

—No.

—¿Quieres ver una pelicula? —propuse en un intento de entretenerlo.

Christopher se separo de mi cuello y me observo con ojos vidriosos. Bajando la cabeza, besé suavemente sus labios antes de dirigirme a la sala. Sentandome en el sofá coloqué a Christopher en mi regazo antes de buscar el mando y comenzar a pasar los canales. Por alguna razon extraña, terminamos mirando una documental sobre osos panda. Christopher se tranquilizo sobre mi pecho, tanto que termino durmiendose sobre mi.

Alcanzando mi celular, le envie un mensaje a Lucia preguntandole por lo que

había sucedido. La respuesta no tardo en llegar.

“Revisa sus brazos”.

Pasando mi pulgar sobre la suave piel frunci el ceño cuando me tope con unas pequeñas marcas en el pliegue del mismo. Mi mente no tardo en conectar los puntos y darme cuenta de que se debían a las inyecciones. Los tatuajes corrían por sus brazos pero no eran suficientes para cubrir las marcas oscuras que estropeaban su piel.

Mi celular volvió a sonar y el nuevo mensaje me hizo fruncir el ceño.

“Él consumió recientemente, Zabdiel. Estaba avergonzado de que me diera cuenta, por eso lloraba. No lo dejes solo.”

Capítulo 16

Girando la llave, escuche con satisfacción el ronroneo del motor cuando mi viejo auto volvió a la vida y lo saqué del estacionamiento del edificio. Christopher se acurrucó en el asiento del acompañante, apoyando su cabeza en la ventana mientras sus ojos volaban por los edificios y demás que pasaban como rápidas manchas del otro lado del cristal.

El silencio dentro del vehículo no era incómodo pero tampoco parecía correcto. Sentía que debía tocar el tema de la recaída pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Observando a Christopher por el rabillo de mi ojo, solté un suspiro cansado.

—¿Puedes detenerte? —la voz suave del castaño me sorprendió totalmente, tanto que no me detuve de saltar sobre mi trasero antes de mirarlo.

—¿Quieres que me detenga aquí? —pregunte mirando por la ventana hacia los desgastados edificios decorados con coloridos graffitis.

—Si. —murmuro.

Mirando con duda a mi alrededor, hice lo que me pidió. Deteniendo el auto cerca del cordón, apagué el motor y esperé para lo que fuera que Christopher me había hecho detener. Su pequeño cuerpo, aun envuelto en mi ropa, temblaba descontroladamente cuando se giró hacia mí. Sus ojos castaños me miraron fijamente por unos segundos como si estuviera teniendo una lucha consigo mismo.

—Lo siento.

Lo miré con el ceño fruncido, confundido. — ¿Porque?

—Traicione tu confianza. —susurró—. Eres la única persona que ha confiado en mí en mucho tiempo y te falle.

Pasando mi mano por mi nuca, miré por la ventanilla unos segundos antes de extender mi mano para apretar su pierna. Sus ojos cayeron hacia mi mano y pude ver que estaba luchando por controlarse. Su cuerpo vibraba con los temblores pero no sabía que hacer.

—Tu nunca me fallaras, ¿me escuchas? —levanto la mirada, sus ojos brillaban de un color claro gracias a la luz del sol—. Todos tropezamos en algún momento del camino, bebé, pero lo importante es aprender a levantarse luego de caer.

Sus dedos jugaron con los míos sobre su pierna. Sus ojos estaban fijos en sus movimientos, su labio inferior

apretado entre sus labios.

—Intenté detenerme. —susurró—. Pero luego de que lo haces una vez, es difícil poner un freno. El solo ver la aguja te lleva a un frenesí que es difícil de detener pero lo logré.

Parpadee hacia él, sorprendido.—. ¿No consumiste?

—Mas o menos. —sacudío la cabeza—. La aguja entro en mi piel, sentí el pellizco y quería empujar el embolo con todas mis fuerzas pero luego me acorde de ti. Recuerde que dijiste que siempre estarias apoyandome y me costo mucho, en serio, pero me la quite y te llamé.

Eso me sorprendio totalmente. Él no habia consumido. El niño habia luchado su primer batalla y habia vencido. El alivio recorrio mi cuerpo cuando lo alcance, enroscando mi brazo en su cintura antes de arrastrarlo hasta mi regazo.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti. —lo aprete en mis brazos, sintiendo toda la alegría consumirme—. Eres el niño más valiente que he conocido.

—¿En serio? —me miró—. ¿Estas orgulloso de mi?

—Lo estoy, mucho. —aseguré acunando su rostro mientras acariciaba su mejilla con mi pulgar—. Mi niño valiente.

Christopher sonrio brillantemente antes de acercarse y poner su cabeza en mi hombro, escondiendo su rostro en mi cuello.

—Me gusta eso.

—Me gusta que me digas que soy tu niño. —murmuro y casi pude sentir el sonrojo subir a su rostro—. Eres mi mejor amigo Zabdiel y siento mucho ser tan amargado y malhumorado a veces, tu no mereces que te trate de ese modo. No quiero que te alejes de mi.

—Bebé, podrías arrojarme con toda la vajilla que tu tio Adam tiene guardada y de todas maneras siempre estaré allí para ti.

—¿Lo prometes? —sus dedos acariciaron los botones de mi camisa con incomodidad y no pude evitar sonreir mientras los alcanzaba abriendolos para él. Habia descubierto que el niño encontraba una especie de tranquilidad cuando enredaba sus dedos en el pelo de mi pecho, no entendia porque pero no se lo iba a negar.

—Te lo prometo. —aseguré—. Soy un hijo de perra muy insistente, cariño, no me harás a un lado fácilmente.

Christopher rio entre dientes y pude sentir su calido aliento chocando contra la piel de mi cuello.— Me alegra escuchar eso.

Un pequeño beso cayo en la parte inferior de mi barbilla antes de que el chico se acomodara mejor sobre mi. La verdad no tenía ningun apuro en moverme de donde estabamos por lo que deje que el niño cerrara los ojos.

—¿Zab? —murmuró luego de unos minutos.

—¿Sí?

—¿Me dejarias dibujarte? —lo miré con curiosidad.

—¿Porque quieres dibujarme?

—Es para un proyecto de la uni. —explico—. Quiero hacerlo sobre ti.

Frunci los labios un momento, mirando por el parabrisas—. ¿Porque no contratas un modelo? Estoy seguro de que puedes encontrar a alguien mucho más atractivo que yo para plasmar con solo dar un paseo por tu universidad.

—Pero ellos no significan nada para mi, en cambio tu te has vuelto la persona más importante en mi vida. —aseguro antes de darme un jalón fuerte en el vello del pecho—. Y no vuelvas a decir que eres poco atractivo o me veré obligado a golpearte. Eres uno de los chicos más sexys que he conocido.

Siempre habia tenido problemas de autoestima. Los insultos, las burlas y los golpes durante mi infancia/adolescencia habian traspasado más allá de mis muros dejando una gran cantidad de dudas sobre mi aspecto que crecieron junto conmigo. Siempre me habia visto como un chico común, sin nada realmente llamativo. No entendía lo que Christopher veía en mi pero no iba a discutirlo.

Hundiendo mi rostro en su cuello, respiré suavemente el olor del jabón aun adherido a su piel antes de sentir suavemente.

—Esta bien. —murmuré—. Seré tu modelo si eso es lo que quieres.

—Gracias, Zab. —enrosco sus brazos en mi cuello fuertemente por unos minutos antes de que su voz rozara mi oido en un suave suspiro:— Te quiero, Zabdiel.

Capítulo 17

Rodee los ojos observando a Francis correr alrededor de la sala, ondeando las manos sobre su cabeza mientras soltaba un alarido de guerra. Era increíble que actuara toda la escena de la película 300 —la parte en que van a la guerra, mas concretamente— para matar una maldita mosca. Dios, había gente que se toma realmente a pecho la frase de “vive el momento como si fuera el último”. Y si Francis seguía actuando de ese modo, su último aliento llegaría muy pronto y seguramente por cortesía de mis manos en su cuello.

—¿Puedes dejar de hacer estupideces y vestirme? —pedí observando con una mueca sus calzoncillos de hamburguesas. Parecía como si le hubiese robado la ropa interior a su pequeño sobrino. ¿Que hombre de veintinueve años usaba boxers con dibujos de comida?

—¿Porque tan acelerado? —se quejó, dándole un vistazo al reloj en su muñeca—. Aun tenemos cerca de veinte minutos.

—No, no los tenemos —negué mientras encendía el televisor y apuntaba a la hora en la parte de abajo de la pantalla—. Estas llegando dieciséis minutos tarde.

Francis estrecho los ojos para poder ver los números antes de que diera un salto sobre sí mismo y corriera a su habitación gritando algo sobre que yo tenía la culpa de su llegada tardía. Me importaba muy poco si me culpaba de ello mientras moviera el culo. Mi celular comenzó a sonar dentro de mis jeans y lo saqué rápidamente mirando con el ceño fruncido hacia la fotografía de mi madre.

—Hola, Zabdiel.

—Hola, mamá —salude—. ¿Como estas?

—Estoy bien, cariño. —contesté alegremente—. Extrañando a mi bebé, ¿cuando piensas venir a visitarnos?

—No soy un bebé. —me queje—. E iré pronto, lo prometo.

—Has estado diciendo eso por más de dos meses —me recordó—. Es mejor que muevas tu perezoso trasero hasta aquí o me vere obligado a enviar a tus primos por ti.

—Oh dios no, tener a Yoandri y Sofia pegados a mí es lo último que necesito.

—Entonces a tu padre. —amenazo. Lo peor es que estaba muy consciente de que mi papá era capaz de tomar su auto y manejar hasta allí para llevarme a casa.

Solté un sonido exasperado—. Bien, iré. ¿Que te parece este fin de semana?

—Perfecto, cariño, te estaré esperando. —Francis salió por el pasillo colocandose su chaqueta en ese momento—. Y trae a Lucia contigo.

—¿A Lucia? —la ultima vez que habia llevado a la chica no habia ido muy bien —. ¿Porque quieres a Lucia?

¿No te basto que hubiera hecho estallar la parilla de papá?

—Lo hizo sin querer. —la defendio.

—Lucia hace todo sin querer.

—Por favor, Zabdiel, la chica ha estado muy deprimida ultimamente con todo lo de Erick, necesita una distracción.

Tomando las llaves de mi auto, le hice un gesto a Francis para que saliera frente a mi, deteniendome en el umbral cuando las palabras de mamá fueron procesadas por mi cerebro.

—¿Como demonios sabes que Lucia esta deprimida? ¿Y sobre Erick?

—No jures, jovencito.

—Lo siento. —dije rapidamente.

—Lucia me ha estado llamando y me contó sobre Erick —explico—. La pobre esta pasando por su primer enamoramiento serio, comportate como el amigo que eres y traelo a casa.

Pasandome una mano por el rostro, cerre la puerta a mis espaldas y seguí la cabeza rubia de Francis por las escaleras del edificio. El hecho de que Lucia hubiese llamado a mi madre para contarle sus penas no me extrañaba, lo habia hecho durante tres años luego de la primera vez que lo lleve a mi casa. Ambos se habian vuelto muy amigos desde ese momento, lo que me exasperaba era el hecho de que estuvieran metiendome en el medio.

—Oh y tambien trae a ese chico tuyo. ¿Christopher, verdad? Quiero conocerlo.

—Espera. —me detuve al final de las escaleras—. Tambien te contó sobre Christopher.

—Hablamos temas muy variados —dijo quitandole importancia—. Debo irme, cariño, nos vemos este fin de semana. Trae a tus amigos.

Y con eso me cortó.

Me quede mirando el telefono unos segundos, tragandome la impresion de que esa llamada habia sido planeada desde la primera hasta la ultima palabra. Mamá era una persona muy convincente cuando quería y me daba la impresion de que

había logrado engancharme para lograr su cometido.

Solo esperaba que Christopher fuera capaz de aguantar una de las famosas reuniones familiares que seguramente mamá estaba planeando.

Llegamos casi una hora tarde a la casa de los Vélez. Francis salto fuera del vehiculo en el momento que me detuve y tuve que tragarme una carcajada cuando sus pies se enredaron camino a la puerta y cayó de bruces. El tipo era torpe sin remedio. Con una sonrisa burlona, salí del auto sosteniendome de la puerta cuando una pequeña forma se pego a mi pecho.

—Mierda, Christopher —me queje—. Avisa antes de hacer eso, cariño.

—Lo siento. —enredo sus brazos y piernas a mi alrededor, acomodandose contra mi cuerpo mientras cerraba la puerta del auto—. Estaba preocupado por ti, pensé que te habia sucedido algo.

—Francis me sucedio. —bromea mientras lo rodeaba con mis brazos, sosteniendolo mejor. Bajando mi mirada a sus ojos brillantes, mis ojos se abrieron sorprendidos al ver su cabello. —. ¿Cuando sucedio eso?

Toque su cabello suavemente, extrañando al instante su cabello largo pero de todas maneras me gustaba el nuevo look.

—Ayer en la tarde cuando me trajiste a casa —explico—. Llame a una amiga y ella me lo corto, ¿te gusta? Yocelyn queria teñirlo pero no la deje.

—Me encanta, cariño. —sonreí, besando su mejilla antes de dirigirme a la puerta trasera.

Nani me dio un breve saludo, soltando una pequeña risita al ver a la garrapata que se habia adherido a mi torso. Saltando sobre sus pies, Christopher tomo mi mano y comenzo a arrastrarme por las escaleras asegurando que estaba muy inspirado ahora que tenia a su modelo allí. En vez de dirigirse a su habitación como habia pensado que haria, siguio caminando hasta dar con otra puerta al final.

Sacandose una pequeña llave que colgaba de su cuello, desbloqueo la puerta y se hizo a un lado para que entrara. La habitación era un poco más grande que su dormitorio. Las paredes eran palidas y grandes ventanales cubrian la pared frente a la puerta, cubiertas por largas cortinas de tul blanco. El suelo, al parecer de ceramica, estaba cubierto de diarios y viejas revistas abiertas por todos lados.

—¿Que es este lugar? —pregunte confundido, observando el sofá rojo a un lado y las sabanas y almohadas en el rincón.

—Es mi estudio —dijo con simpleza—. Adam me lo obsequio cuando cumpli quince pero casi nunca lo uso.

—¿Porque?

Cerro la puerta encogiéndose de hombros antes de cruzar la habitación para quitar unas sábanas, las cuales cubrían lienzos en blanco.— No me gusta mucho —susurró—. Se siente... solitario.

Apresurandome hacia él, lo ayude a colocar un lienzo sobre el caballete antes de desplazarlo cerca de las ventanas para que pudiera guiarse por la luz del sol.

—Necesito correr el sofá. —apunto el mueble antes de decirme donde lo quería —. Debe quedar frente al caballete, así puedo tener una buena vista de ti.

Asentí mientras arrastraba el sofá hasta donde me indicó antes de arrojarme sobre él.— ¿Que tal así? Como en El Titanic.

—No vi El Titanic —negó, frunciendo el ceño hacia mí—. Quitate la chaqueta, ese traje te hace parecer tonto.

—¿Sabías que te vuelves exigente cuando tienes un pincel en la mano? —me burle mientras me quitaba la chaqueta, esquivando por poco el pequeño tarro de pintura que pasó sobre mi cabeza—. Mañoso.

Christopher no me hizo mucho caso mientras buscaba dentro de los cajones hasta sacar un pequeño tubito negro que parecía carbón y se sentaba frente al caballete.

—Intenta relajarte —pidió— o cuando terminemos vas a estar totalmente contracturado.

—¿Me haras un masaje si eso sucede? —movi mis cejas en su dirección, disfrutando del sonrojo en su rostro.

—Sé un bueno modelo y ganatelo.

Sonreí de forma burlona mientras me acomodaba en el sofá, mirando los movimientos de Christopher mientras se concentraba en su dibujo. Mis ojos vagaron por su delgada figura, deteniendome cada pocos segundos para adorar cada pequeña curva de su cuerpo. Sus jeans negros gastados se adherían a sus finas piernas cada vez que se movía y la top tank azul, con algún globo de acción de las historietas al frente, dejaba una vista impresionante a cada uno de los tatuajes en su cuerpo. Su ceño estaba fruncido en concentración cuando llegué a su rostro, sus ojos míos volaban de mí a el lienzo mientras parecía absorber cada pequeño detalle. Su nariz perfecta hacia una línea directa hacia su boca, rodeada de una fina capa de cabello castaño, con labios gruesos y bonitos perfectos para besar.

Christopher me dio una pequeña sonrisa cuando nuestras miradas se encontraron pero no detuvo su trabajo.

Estuvo concentrado en ello por un tiempo bastante largo antes de que recordara la llamada de mi madre.

—Mamá quiere conocerte. —solté.
Christopher se congeló en sus movimientos, mirandome con la boca abierta con confusión—. ¿Que?

—Mi madre me llamo hoy —explique—. Al parecer Lucia le fue con el chisme y quiere conocerte, este fin de semana, en una reunion familiar.

Todo el color desaparecio del rostro del chico, dejando atras una expresion de completo terror en sus bonitos rasgos. Su cabeza se sacudio de lado a lado, mechones de cabello cayendo sobre su rostro.

—Err... no, yo no puedo ir. —aseguro—. T-tengo... tengo que hacer...

Levantandome del sofá me acerque hasta él, colocandome de rodillas frente a él y tomando sus manos entre las mías. Su piel estaba fría lo que me dijo que en verdad estaba shockeado.

—Quiero que mi familia te conozca, Christopher. —dije suavemente—. Quiero llevarte a la reunion familiar que mamá seguramente lleva planeando más de una semana antes de planear chantajearme —hice un gesto quitandole importancia que logro una pequeña inclinación de sus labios—. Pero lo más importante... ¡Quiero refregarte en la cara de Yoandri!

—¿Quien es Yoandri? —su cabeza se inclino a un lado.

—Mi primo —reí—. Es un imbecil a veces pero en el fondo es buena persona, te va a encantar, estoy seguro.

—Pero...

—¿Por favor? —musite.

Mordiendose el labio, miro unos segundos hacia la claridad que entraba desde las ventanas antes de volver a mí—. ¿Y si no les gusto?

—Les vas a encantar —aseguré, acercandome para dejar un pequeño beso en sus labios—. Lo harás porque a mi me encantas.

Christopher sonrió, una verdadera sonrisa esta vez mientras me miraba a los ojos—. No me dejarás solo, ¿verdad?

—Estaré pegado a ti como si fuéramos siameses —eso logró una risita—. Lo prometo, cariño, estaremos bien. Estarás bien.

—Te creo. —asintio antes de soltar un pequeño suspiro—. Entonces, supongo que conocere a tu familia.

Capítulo 18

—Buenos días, Nani. —salude en el momento en que entre a la cocina la mañana del sábado. La pequeña mujer me sonrió amablemente—. ¿Donde esta Christopher?

Me extraño el no ver al castaño ya que los dos días anteriores me habia esperado fuera de la casa, saltado sobre mi antes de arrastrarme hasta su estudio. No tenia ni idea de como iba la pintura ya que el chico ni siquiera me dejaba acercarme al caballete. Segun lo que me dijo era de esos artistas a los que le daba verguenza que alguien viera su trabajo antes de que lo terminara.

—No ha salido de su estudio —respondió—. Ha estado allí desde antes que el sol saliera.

—Que extraño. —me rasque la nuca de forma inconsciente antes de mirar hacia la puerta de la cocina—. Pensé que me esperaria afuera, tenemos un largo camino hasta Puerto Rico.

—Según lo poco que me dijo cuando fui a llevarle su desayuno esta muy nervioso por conocer a tus padres. —ella se volteo hacia mi con una sonrisa malvada—. Y tu, Zabdiel , ¿podrias decirme porque llevas a mi niño a conocer a tus padres?

—Numero uno; es mi niño, no el tuyo. —reí entre dientes cuando Nani rodó los ojos en mi dirección—. Numero dos; no seas chismosa.

Nani fruncio los labios en mi direccion antes de sacudir la cabeza—. Mocoso irrespetuoso. —mascullo mientras tomaba un canasto con ropa y pasaba a mi lado para ir a la lavanderia.

Besando su mejilla rapidamente corrí fuera de la cocina escuchando su risa cantarina mientras corria por las escaleras hacia el estudio de Christopher. El pasillo estaba extrañamente en silencio con solo es sonido de mis pasos haciendo eco en cada rincón. Pasando la puerta de la habitación del castaño seguí mi camino tranquilamente hasta al final del pasillo.

—You should let me love you. Let me be the one to give you everything... —una voz suave llego hasta mi mientras caminaba, haciendose cada vez más fuerte a medida que me acercaba más al estudio de Christopher —...you want and need. Baby good love and protection. Make me your selection.

La puerta entreabierta del estudio aparecio frente a mi y la empuje suavemente para abrirla. Me quede congelado en el umbral al ver la imagen frente a mi. Christopher llevaba puesta la sudadera que le habia prestado cuando se quedo en mi casa, una gris con capucha negra que le quedaba demasiado grande, y estaba acostado en el suelo boca abajo mientras garabateaba en un cuaderno frente a él.

—Show you the way love's supposed to be. Baby you should let me love you, love you, love you... —su voz fue perdiendo intensidad poco a poco antes de volver a subir—. Your true beauty's description looks so good that it hurts. You're a dime plus ninety-nine and it's a shamem. Don't even know what you're worth. —sonrei como idiota cuando su cabeza se movio de un lado a otro como si estuviera escuchando la canción en su cabeza—. Everywhere you go they stop and stare. Cause you're bad and it shows. From your head to your toes, Out of control, baby you know.

Dando un par de cuidadosos pasos, intentando hacer el menor ruido posible, me acerque a hasta él levantandolo del suelo sin problemas.— If I was ya man, baby you. Never worry bout, what I do. I'd be coming home, back to you. Every night doin' you right.

Los ojos de Christopher se abrieron como platos mientras se aferraba a mi con brazos y piernas. Sonreí por su sorpresa ante mis palabras. No tenia la mejor voz del mundo pero estaba bastante bien, mamá había insistido en que tomara clases de canto de pequeño y según mi profesora era bastante bueno.

—Cantas. —musito parpadeando.

—Tu tambien. —sonreí.

Christopher fruncio los labios inclinando la cabeza hacia un lado como si no estuviera muy de acuerdo con mi declaración. Acercandome a él, deje un rapido beso en su nariz recibiendo una sonrisa brillante a cambio.

—A proposito, estaba hablando en serio. —dije.

—¿Sobre que?

—Sobre lo que cante. —el niño parecio pensarlo unos segundos, como si estuviera recordando mis palabras, antes de que sus ojos volvieran a abrirse enormes. Sonreí. Aunque amaba ponerlo nervioso debiamos movernos, Lucia estaba esperando que pasaramos por ella y la castaña no se caracterizaba por su paciencia—. Debemos irnos, cariño, ya estamos saliendo tarde.

—¿Eh?

—El viaje, ojos brillantes. —le recordé—. Aun vienes, ¿verdad?

—Oh, si. —asintió efusivamente—. Ya prepare mis cosas, estan en mi habitación.

—Bien, entonces vamonos. —comencé a caminar hacia la puerta pero me detuve cuando Christopher comenzo a retorcerse en mis brazos.

—Espera, mi cuaderno. —apunto sobre mi hombro hacia el lugar en el suelo

que habia estado ocupando—. No puedo irme sin mi cuaderno.

Bajandolo sobre sus pies, espere con paciencia a que reuniera sus herramientas basicas de dibujo antes de arrastrarlo fuera del lugar. Veinte minutos despues estaba corriendo fuera de la casa directo hacia mi auto. Lucia me iba a matar, seguramente me arrancaria el cabello y se haria una peluca.

—Vamos tarde. —me queje, pisando el acelerador para salir a la carretera.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —musito Christopher mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—. En verdad pensé que habia colocado todo dentro de mi bolso.

—Por suerte se me ocurrio revisarlo. —intenté sonar firme pero una sonrisa se me escapo—. ¿Quien rayos no lleva pantalones a un viaje?

—No lo sé, solo se me olvido, ¿si? —hizo un gesto exasperado con las manos —. ¿Acaso nunca te sucedio?

—No. —sacudí la cabeza—. Por lo general recuerdo llevar las cosas necesarias para cubrir mis partes intimas.

—Bien, pues... tengo mala memoria. —se encogio de hombros corriendo la mirada hacia la ventana.

—No te preocupes, bebé, a todos nos pasa alguna vez. —alcance su mano dandole un apretón—. Ademas, no me molesta cuidar de ti, al contrario, me gusta hacerlo.

—No seas condescendiente, ¿quieres? —me dio un pequeño golpe en el hombro y observo por la ventana rapidamente aunque pude ver la sonrisita en su rostro antes de que lograra ocultarla.

Volviendo la vista a la carretera, intenté no romper ninguna ley de transito en mi intento de llegar a casa de Lucia lo más rapido posible. Iba una hora tarde a recogerlo y sabia por experiencia que a la castaña no le gustaba esperar. No quería hacer tantos kilometros con una enojada chica gritandome en la oreja pero tenia la sospecha de que iban a ser las tres horas más largas de mi vida.

En efecto, Lucia estaba enojada cuando llegamos. Tanto que me golpeo con su maleta y ni siquiera se molesto en intentar coquetear con Christopher. No me quejaba de lo último pero el golpe habia dolido bastante.

—¿Porque lo trajiste, Zab? —musito Lucia, metiendo su cabeza entre los asientos para darle una mirada a un dormido Christopher. El chico habia perdido la batalla contra el sueño a los pocos minutos de salir a la carretera.

—¿De que hablas? —fruncí el ceño—. Te lo explique cuando te llame.

Hablando de eso, ¿podrías dejar de chismosear con mi madre? Es irritante.

—Yo no chismoseo, solo la mantengo informada sobre lo que su hijito hace. — se defendió—. ¿Crees que tu chico soportara una reunion familiar de los De Jesús?

Hice una mueca, dandole una rapida mirada a Christopher —. Espero que si. Mi familia puede ser muy intensa a veces.

—¿Intensa? —soltó con incredulidad—. Tus jodidos primos tiñeron toda mi ropa de rosa y pusieron pegamento en mi shampoo. Y eso fue solo en la ultima reunion. —miró hacia Christopher con algo parecido a la pena en su rostro—. Lo volveran loco y disfrutaran haciendolo.

—No podemos dejarlos, Lucia. —musité—. Christopher es muy fragil emocionalmente, no quiero que lo dañen con sus comentarios estupidos y estoy seguro de que habra muchos.

—¿Entonces porque lo trajiste? —volvio a preguntar—. Sabiendo todo eso, ¿porque lo trajiste?

Me mordí el labio sintiendo mi rostro arder por lo que estaba a punto de confesar—. No creo ser capaz de alejarme de él mucho tiempo, Lu, tengo miedo de que algo le pueda suceder. Maldicion, incluso casi no duermo por estar preocupado por su seguridad.

—¿Tanto así? —dijo sorprendida. Asentí sin mirarla—. Es el especial, ¿verdad? ¿Tu unico?

Tanto Lucia como yo teniamos el pensamiento de que habia alguien especial para nosotros. Nuestro unico. Aquella persona que fuera especial para nosotros, capaz de meterse en nuestros corazones con una simple mirada. El que se quedaria a nuestro lado para siempre. Hasta ahora ninguno de los dos lo habia encontrado.

Dandole una mirada a Christopher. Recorde como mi corazón latia rapido cada vez que estaba cerca. Su dulce voz cantando. La forma en que sus caricias enviaban estremecimientos por mi cuerpo. El sabor de sus labios contra los míos. Su perfume rodeandome, su cuerpo calido sobre el mío. Dios, me gustaba hasta cuando se ponia mañoso y me gritaba.

—Si. —conteste con una pequeña sonrisa—. Es el unico para mi.

—Bien. —acepto la castaña—. Entonces, vamos a darle con todo a tu familia.

Capítulo 19

—¿Ya llegamos? —murmuro Lucia cerca de mi oído por decima octava vez en media hora.

Conté hasta diez mentalmente mientras recordaba las razones por las que no podía ahorcarla, el problema era que cada vez quedaban menos de ellas. Mirando sobre mi hombro le dirigí una mala mirada antes de volver a la carretera. Sabía bien que la castaña estaba haciendo eso solo para sacarme de mis casillas ya que ella sabía perfectamente donde quedaba la casa de mis padres.

Escuché a Lucia volver a su asiento y suspiré con alivio, lo que me duró unos cinco minutos antes de que el cartel de “Bienvenidos a Puerto Rico” apareciera en mi línea de visión y la sirena castaña volvió con el parloteo. Christopher se removió en su asiento y mi mirada se disparó hacia él, observando como sus ojitos marrones se abrían y parpadeaba rápidamente para alejar el sueño.

—Buenas, bebé. —sonreí, estirando una de mis manos para frotar su pierna—. ¿Dormiste bien?

Christopher se frotó los ojos un momento antes de pasar su mano por su cabello, alejando algunas hebras perdidas que habían caído sobre su rostro. Sus orbes aun mantenían esa bruma de sueño que me dijo que el chico aun no estaba del todo despierto. Sonreí cuando su mirada se dirigió a mí y sus labios se curvaron levemente.

—¿Cuando dormí? —preguntó con voz ronca antes de mirar por la ventana con el ceño fruncido—. ¿Donde estamos?

—En Puerto Rico. —informé—. Dormiste todo el viaje.

Christopher se sentó erguido en su asiento y miró hacia afuera con los ojos abiertos de par en par. Su labio inferior fue atrapado entre sus dientes en un gesto nervioso que no había asociado a él, parecía que el niño había encontrado un nuevo nivel para su ansiedad. Prácticamente vibraba sobre su asiento.

Volviendo mi vista a la carretera conduje por varios minutos antes de detenerme a poco más de una cuadra de la casa de mis padres. Christopher seguía temblando por lo que abriendo las puertas, le hice un gesto a Lucia para que saliera y nos dejara solos. La castaña entendió la pista al instante y se deslizó de su asiento, saliendo del vehículo y comenzando a caminar en dirección a mi casa de infancia.

—¿Que te sucede, Chris? —pregunté suavemente, alcanzando su mano para llamar su atención.

El castaño me miró con su labio aun atrapado entre sus dientes pero no dijo nada. Alzando una mano, atrape su barbilla y jalé suavemente su labio hasta que lo soltó. Una pequeña sonrisa se deslizó en su rostro cuando nuestros ojos se encontraron.

—Mira como lo dejaste al pobre. —acaricie su labio suavemente con mi dedo, notando lo rojo e hinchado que estaba—. Parece como si te hubieses ensañado con él.

—No me trates como si fuese un bebé, Zabdiel. —se quejo suavemente pero de igual manera no se alejo de mis caricias.

—No te estoy tratando como un bebé.

—Si lo haces —afirmó—, estas intentando distraerme.

—¿Y eso es malo? —sonreí antes de acercarme y dejar un pequeño beso sobre sus labios, alejandome en el momento justo que Christopher intento profundizarlo—. ¿Estas listo para conocer a mi familia, pastelito?

Christopher inclino la cabeza hacia un lado, mirandome con curiosidad—. ¿Pastelito? —pregunto.

Hice una mueca antes de rodar los ojos y soltar un suspiro—. Estoy nervioso, ¿sí? Ponerte apodos me tranquiliza.

—Okeey —murmuró, alargando la e y mirandome de forma extraña—. Eso no es raro ni nada.

—Al menos recuerdo traer pantalone.—replique.

—Oh dios, no lo vas a dejar pasar, ¿verdad?

Sonreí—. Jamás, dulce corazón.

Christopher solo rodó los ojos mientras encendia el auto nuevamente y lo conducia por la cuadra hacia la casa de mis padres. Las casas por allí eran bastante parecidas pero la de mis padres se destacaba por el bonito arbol de cerezo que decoraba el jardin delantero. Lo habia comprado para mamá el primer día de las madres luego de que me adoptaran y Noemi lo habia plantado orgullosamente al frente, diciendo que todas las madres de la cuadra estarian envidiosas de su regalo.

Sonreí por el recuerdo mientras entraba a la cochera, acomodando mi auto detrás de la vieja camioneta que papá insistia en que algun día repararia. Todos sabiamos que jamás lo haria pero nadie era lo suficientemente valiente como para decirle que la vendiera. Una vez que el motor se apago, le di una ultima mirada a Christopher antes de hacerle un gesto para que saliera. Mamá esta saliendo por la puerta principal para el momento en que el castaño se unio a mi del otro lado del auto.

—¡Zabdiel! —chilló ella antes de apresurarse hacia mi y abrazarme—. Que bueno que hayas llegado, cariño. Lucia dijo que habías tenido un problema en el camino.

—Hola, mamá. —besé su mejilla cuando se separó con una gran sonrisa—. No fue nada, sabes que Lucia es una charlatana.

—No hables así de ella, es solo demasiado... simpática. —rodeé los ojos. Claro, simpático. Mamá me hizo un gesto con la mano, dando por terminado el tema antes de que su mirada se deslizara hacia Christopher quien se había apartado unos pasos y se veía como si fuera a echarse a correr en cualquier momento—. ¿Quién es este bonito jovencito, Zabdi?

Christopher levanto la mirada del suelo y miró de mí a mi madre con una expresión de sorpresa. Entrecerré los ojos, advirtiéndole con solo esa mirada que no permitía ninguna burla sobre el apodo que mi madre usaba conmigo.

—Este es Christopher. —jale al chico más cerca para que mamá pudiera evaluarlo.

Christopher no era el típico chico que yo llevaba a casa para que mis padres conocieran. Por lo general prefería los chicos tontos con más aire que cerebro en sus cabezas y sabía que mamá estaba pensando lo mismo cuando me dio una sonrisa rápida. Mi niño podía estar cubierto de tatuajes y vestido como un mini—pandillero pero sus bonitos ojos lo delataban. Solo era un pequeño asustado intentando alejar al mundo.

Una personita que irradiaba felicidad aunque no quisiera hacerlo, con ese brillo inteligente en sus ojos que tanto me gustaba.

—Al fin nos conocemos, Christopher, Zabdiel me ha hablado mucho de ti. —mamá sonrió brillantemente antes de estirar la mano hacia el niño. Sabía lo que iba a hacer antes de que Christopher tomara su mano. Un segundo tenía al chico en mis brazos y al otro mamá lo estaba apapachando a la manera de Noemi de Jesús. Eso quería decir que mamá lo aceptaba, aunque no estaba muy seguro ya que ninguno de mis novios anteriores les habían agradado—. Soy Noemi de Jesús pero puedes decirme mamá, ahora vamos dentro así puedes probar uno de mis famosos pasteles de chocolate.

Me quede aturdido un momento por el comentario de como podía decirle que casi me pierdo la mirada asustada que Christopher envió en mi dirección cuando mamá comenzó a arrastrarlo hacia la puerta.

Mordiéndome una risa, camine detrás de ellos y decidí tener piedad de mi niño.

—Mamá. —me queje—. Estas abrumando a Christopher.

—Oh claro que no. —aseguro, mirandome sobre su hombro una vez que habia subido los escalones de entrada hacia el porche—. Tu novio esta muy bien, ¿verdad, cariño?

—Mamá, él no es... —mis palabras se perdieron cuando la puerta delantera se abrio y mis ojos se encontraron directamente con los de Dafne Morrison, nuestra vecina. Esa chica habia sido mi acosadora personal durante toda la secundaria y segun lo que habia escuchado aun estaba intentando cazar mi maldito trasero. No servia demasiado que todo el mundo supiera que era bisexual, eso solo parecia darle cuerda. Mamá me miró como esperando que terminara mi oración por lo que hice lo primero que se me ocurrio, tomando a Christopher de un brazo, lo jale hacia mi. Lo que no tuve en cuenta es que el chico ya habia subido tres escalones por lo que cuando perdio el equilibrio cayó directamente sobre mi.

—¡Zabdiel! —mamá gruñó desde algun lugar.

—Uh. —Christopher murmuro contra mi cuello mientras intentaba recobrar el oxigeno que habia sido exprimido de mis pulmones—. Eres un idiota, Zabdiel.

—Lo siento, muñeco. —susurré, rodeandolo con mis brazos antes de sentarme lentamente sin quitarlo de mi regazo—. Entre en panico. ¿Estas bien?

Christopher asintio antes de comenzar a reir como un tonto enterrando su rostro en mi cuello. Sonreí, escuchando su cantarina risa antes de mirar sobre su hombro para encontrar a mis padres -supuse que papá habia salido ante el escandalo que habiamos armado— sonriendo por la escena que estabamos dando.

—¿En verdad soy tu novio? —susurró contra mi cuello, tan bajito que solamente yo lo escuche. Me tensé por unos segundos, pensando en una respuesta a eso pero solo una se me ocurria:

—¿Quieres serlo?

Christopher separo un poco su cabeza de mi cuello, lo suficiente para que pudiera ver su rostro. Sus pestañas alejaron unos segundos antes de que una sonrisa se deslizara por sus labios. Su fino dedo indice se afirmo contra mi pecho dibujando una respuesta escondida de las demás miradas.

“Sí”.

Capítulo 20

—Con los años te vuelves más y más descuidado, Zabdi. —se quejó mamá mientras ayudaba a que Christopher se levantara y lo examinaba con ojo de halcón—. ¿Te lastimaste, cariño? ¿El tonto de mi hijo te hizo daño?

—Estoy bien, señora, no se preocupe. —Christopher le dio una pequeña sonrisa, tranquilizando al instante a mi madre.

Nunca en mi vida había visto a Noemi de Jesús tan feliz con una persona en su vida que como ahora. La mujer estaba que saltaba sobre la punta de sus pies con Christopher, no tenía ni idea de que se traía pero no me estaba gustando nada. Mamá podía ser demasiado intensa cuando alguien le agradaba y parecía que quería a Christopher como su nuevo mejor amigo. Reí internamente mientras me lo imaginaba saliendo de compras junto a Lucía y mamá. Eso sería algo épico: la enana, la ama de casa y el chico malo recorriendo tiendas. Debía sacarle una foto y enmarcarla.

—No te preocupes, mamá, puedo levantarme solo. —me quejé cuando la mujer comenzó a platicarle algo sobre un pastel a Christopher, arrastrándolo a la casa sin darme una segunda mirada.

—Ella está contenta. —rió mi padre, tendiéndome una mano para ayudarme a levantar—. Desde Lucía no has traído a nadie para que ella conozca, supongo que se aburre demasiado cuando no estás alrededor.

—Mamá se aburriría en el centro de una multitud. —me burle.

Papá rodó los ojos pero tampoco intentó negarlo. Sonriéndome con calidez dijo: —. Me alegra que estés en casa, hijo.

—Me alegra estarlo, papá.

Dafne se movió en su corta minifalda negra, mirándome con ojos hambrientos desde la cima de la escalera. Me sentía como un ratón a punto de ser devorado por un león... despeinado. Sus rizos teñidos de un color rubio arena se movieron cuando ella comenzó a bajar los escalones hacia mí. Eso no auspiciaba nada bueno. Yo debía estar adentro pegado a Christopher, no observando como mi vecina/acosadora/loca/desquiciada se aproximaba a mí.

—¿Porque no sacamos las maletas del auto? —papá, bendito sea, apretó mi hombro un segundo antes de darme un empujoncito hacia el auto.

Abriendo la cajuela, tome las maletas de Christopher observando como papá le daba una extraña mirada a las amarillas con la cara de Bob Esponja -propiedad

exclusiva de Lucía Infantil Torres— antes de tomar las mías.

—Dejemos que Lucía se las apañe sola. —sonrió—. Aun no olvido los fuegos artificiales que provoco en su ultima visita.

Reí entre dientes mientras me volteaba para apresurarme hacia la casa. Dafne no estaba a la vista por suerte, lo que logró calmar un poco el picor de mi piel. La chica me causaba urticaria. O tal vez se debía a que Christopher habia pasado más de cinco minutos fuera de mi campo de visión, por suerte sabia que Lucía estaba dentro y seguramente estaria enfrascado en alguna conversación sin sentido con mi mamá en la que estaba intentando integrar a Christopher.

Al entrar a la casa, me encontré con un panorama no muy distinto al que habia previsto. Los tres estaban sentados en los sofás de la sala conversando. Lo malo era que Dafne tambien estaba allí y Christopher se veia incomodo como el infierno mientras se retorcia en su asiento.

—Oh, trajeron las maletas. —mamá me sonrio dulcemente, sin darse cuenta de la incomodidad de mi castaño —. Tu y Christopher compartiran tu habitación. Niall estará en la de invitados.

—Mamá, no sé si sea...

—Ve a dejar las maletas, Zabdiel. —pidio con un gesto—. Despues hablamos sobre los arreglos.

Rodando los ojos, le dedique una mirada de disculpa al castaño antes de encaminarme a la escalera.

Mi habitación quedaba al final del pasillo, totalmente opuesta a la de mis padres lo que me dio bastante privacidad en mis años rebeldes. Empujando la puerta adornada con un enorme cartel que obligaba a los intrusos a irse, me sorprendi al darme cuenta de que no cedía. Mis ojos se deslizaron hacia el picaporte y mi ceño se fruncio al encontrar un cerrojo allí que no habia estado en mi ultima visita.

—¿Que rayos...?

—Tu mamá me obligo a ponerlo. —papá aparecio por las escaleras, girando una aro con dos llavecitas ondeando en ellas—. Quiere que tengan privacidad.

—¿Ella qué? —sentí mis ojos abriendose de par en par mientras observaba como abria la puerta y dejaba mis maletas dentro.

Volteandose, me miró con diversión bailando en sus ojos.— Solo... no hagan mucho ruido, ¿sí?

Mi boca se abrio en shock y me quede congelado en mi lugar, sintiendo como mi rostro se calentaba por la verguenza. Papá aprovecho ese momento para acercarse y dejar el juego de llaves en mi mano antes de caminar por el pasillo y

desaparecer por las escaleras.

Dioses, no podía creer lo que había sucedido. ¿Acaso mi padre me había dado permiso para tener sexo en su casa con la condición de que fuera silencioso? El momento más mortificante de mi vida, seguro.

Lo único que esperaba era que no se sintieran tal liberales como para hablar de esto con Christopher, el pobre niño iba a salir huyendo por la puerta principal al instante. Quejandome en voz baja, sacudí mi cabeza y entre en la habitación.

El sonrojo se expandió por mis orejas y cuello cuando vi que las camas gemelas que habían estado en mi habitación desde que era un niño habían desaparecido. Siendo reemplazadas por una bonita y confortable cama de dos plazas y media. La maldita cosa hasta tenía dosel de seda. Querido Jesús, ¿en que rayos estaba pensando mi madre? Me quede pensativo un momento antes de sacudir la cabeza, no quería saberlo.

Dejando las maletas de Christopher sobre la cama, observé a mi alrededor en busca de algún otro cambio que mamá hubiese considerado necesario. Todo estaba allí; el closet de roble de seis puertas, el escritorio de madera con mi nombre grabado en él ubicado en la pared opuesta a la puerta, la misma alfombra verde y las paredes seguían de blanco, como había decidido pintarlas en mi última visita. Sonreí, observando los marcos con fotografías sobre el escritorio y salpicados por las paredes antes de que mi vista cayera en el pequeño baul que guardaba con recelo, oculto bajo unas prendas de ropa en el rincón opuesto de la habitación.

Mis pasos se dirigieron de forma tambaleante hacia él, mientras los recuerdos de las cosas que había guardado allí dentro llenaban mi cabeza. Esa pequeña caja de madera había significado mi vida entera cuando tenía siete años, ahora era solo un recuerdo un tanto doloroso. Mis dedos no alcanzaron a tocarla cuando el sonido de pasos en el pasillo me incito a voltearme.

Dafne estaba en la puerta. Con una sonrisa brillante en su rostro. Y ojos locos.

Mierda.

—Hola, Zabdiel. —saludo con un tono de voz que intento ser sexy pero no lo logró. Se movió un paso más adentro—. Cuanto tiempo sin vernos.

—No el suficiente. —susurré mirando hacia otro lado—. ¿Que haces aquí, Dafne? Pensé que estabas teniendo una buena charla con mamá y los demás.

Hizo un gesto desdenoso con la mano—. Ella esta contenta hablando con tus amigos, no notó mi ausencia.

Como rayos mamá no notó al espantapajaros macabro salir de la habitación era

un real misterio. Moviendome incomodo sobre mis pies, intente hacer un calculo mental sobre cuanto tiempo tardaria en saltar sobre la cama, cruzar la habitación y huir como una virgen del sacrificio. Porque estaba dispuesto a gritar como la chica de Psicosis si conseguia quitarme a Dafne de encima.

—Oh, Zabdiel, no seas timido. —pidio. Eso hizo que finalmente la mirara dandome cuenta de que habia avanzado varios pasos hacia mi—. Sé que me extrañaste.

Okey, al parecer me habia perdido una parte importante de la conversación entre mis divagaciones.

Ella se acercó más y antes de que pudiera parpadear sus manos estaban deslizando por mi pecho, sus grandes ojos verdes revoloteando a centimetros de mi rostro.

—Yo te extraña, Zabdiel. —susurró, una media sonrisa tirando de sus labios—. ¿Recuerdas como nos divertiamos en la secundaria?

Si ella consideraba seguirme como una maldita psicopata a todos los lugares a los que iba como diversion, si, nos habiamos divertido mucho en la secundaria. El sonido de pasos logró que volviera a levantar la mirada, Dafne se alejo unos pasos pero parecia pronta para saltar sobre mi nuevamente en cuanto el sonido desapareciera. Christopher asomó la cabeza por la puerta y miró de Dafne a mi con el ceño fruncido.

Ayu-da-me. Gesticule con gesto dramático hacia él rezando todo lo que me sabia para que el chico entendiera lo que estaba intentando transmitirle.

Christopher sonrió y sacudio la cabeza un momento antes de abrir la puerta de par en par.— ¡Zabdiel, amor, te estaba buscando!

Sus pasos se apresuraron hacia mi, dandole un brusco empujon a Dafne que la envio a rebotar sobrela cama cuando paso a su lado, antes de saltar sobre mi, envolviendose a mi alrededor como un mono.

Sus labios se pegaron a los míos antes de que me diera cuenta y acepte gustoso el gesto.

Mis brazos se envolvieron a su alrededor automaticamente, jalandolo aun más cerca de mi cuerpo mientras empujaba mi lengua entre sus labios. Amaba el sabor de Christopher, sus labios suaves moviendose contra los míos coordinados perfectamente, como si hubiesen sido hechos con el mismo molde y destruido luego, solo dejando ambas piezas para encajar juntas. Nadie más podria encajar en mí tan perfectamente como Christopher.

Escuché la puerta de la habitación cerrarse con un golpe pero no despegue mis labios de los del castaño. Mis mano se deslizo por su espalda, enredandose en las herbas de su cabello mientras me adueñaba de su boca. Christopher se movio inquieto en mi contra y pude sentir cuan afectado por el beso estaba cuando se

mecio contra mi abdomen. Gemi en respuesta, sintiendo la falta de aire comenzar a aparecer pero no quería separarme. A fin de cuentas el oxígeno estaba sobrevalorado.

—Mmm. —Christopher tarareo con ojos vidriosos cuando nos separamos por aire—. Eso estuvo bien.

—¿Solo bien? —pregunté jadeante—. Creo que puedo hacerlo mejor que bien.

—Pruebalo.

Riendo entre dientes, volví a pegar mis labios a los suyos mientras caminaba hacia la cama depositando a Christopher sobre la misma con cuidado absoluto. El chico se había vuelto la persona más importante en mi vida en tiempo record y me encantaba que así fuese. Me encantaba tenerlo en mis brazos y poderlo llamar mío.

Mirando sus ojos mieles brillando con los pocos rayos de luz que se colaban por la ventana no pude evitar sonreír. Mi corazón se aceleró como si quisiera escaparse de mi pecho, la mano de Christopher se apoyó sobre el mismo como si supiera de su arrebato.

—Tu corazón late muy fuerte. —susurró con los ojos muy abiertos.

—Eso porque no le gusta estar encerrado y quiere volver con su dueño. —El castaño inclinó la cabeza hacia un lado, mirandome con confusión—. Tu eres su dueño, Christopher Veléz, mi corazón te pertenece a ti.

—Zabdiel yo... —antes de que pudiera contestar, uní mis labios a los suyos comprobando que podía hacerlo mejor que bien. Y escondiendo el hecho de que temía la respuesta de Christopher a mi confesión.

Capítulo 21

—Tu mamá es simpática. -comentó Christopher mientras se sentaba con las piernas cruzadas al final de la cama, una galleta de chocolate a medio comer atrapada en sus dedos.

—Dices eso porque nos atrapó besándonos y no comentó nada. -me burle, haciendo referencia a lo que había sucedido hacía unos minutos.

—¿Tienes que recordármelo? Nunca había estado tan avergonzado en mi vida.

—Oh, estoy seguro de que el gran Christopher Veléz ha encontrado la manera de avergonzarse antes. —

atrapando uno de sus pies, lo arrastre hasta el centro de la cama causando que cayera de espaldas. Una risita tonta escapó de sus labios mientras me arrastraba sobre él, mirándolo directamente a los ojos-.

¿Nunca hiciste nada realmente vergonzoso?

—Uhm... -sus ojos volaron lejos de mí, la galleta golpeando sobre su labio inferior mientras pensaba-. Hace unos años, cuando aun estaba experimentando. Besé a una chica y bueno, no salió muy bien.

Sus mejillas se incendiaron de un fuerte tono rojizo mientras intentaba mirar más allá de mí, sonreí-. ¿Que sucedió?

—Yo... -apreto los labios, aclarándose la garganta-. Puede que yo haya vomitado un poco en mi boca.

—¡Oh por dios! Eso es asqueroso, Christopher. -reí.

—¡No fue mi culpa! Estaba usando un labial con sabor a fresa -me miró seriamente-. Ella en verdad estaba usando esa cosa, estaba por todos lados y en exceso, y realmente odio el sabor de las fresas. ¡No pude evitarlo!

—Eso no le quita lo asqueroso.

—No, no lo hace. La pobre se sintió tan avergonzada que salió corriendo.

—¿Te das cuenta de que probablemente le arruinaste el autoestima a la inocente?

—Oh cielos -sus ojos se abrieron de par en par, mirándome-. Nunca había pensado en ello, tal vez hasta arruine sus siguientes relaciones. ¿Que si por mi culpa no volvió a besar a ningún chico?

Reí entre dientes ante la auténtica preocupación grabada en su rostro.

—¿Que edad tenías?

—Catorce.

Simule pensarlo unos segundos antes de sacudir la cabeza-. No te preocupes, las chicas a esa edad se recuperan rápidamente.

—Eso espero. -suspiró, dándole una mordida a la galleta antes de mirarme-. ¿Y tu? ¿Has echo algo vergonzoso alguna vez?

—Muchas cosas -acepté, intentando recordar rápidamente una-. Cuando tenía catorce años, entré a la habitación de Yoandri sin tocar y lo atrape jugando consigo mismo.

—¿En serio? -asentí-. ¿Y que sucedió?

—Nada. -hice una mueca-. El muy puerco me dijo que si no iba a ayudarlo no tenía permitido mirar. Como si hubiese querido ver eso en primer lugar.

Christopher soltó una carcajada cuando negué con la cabeza. Yoandri había sido un adolescente demasiado curioso y entusiasta para mi bien psicológico, el chico jamás le daba un segundo pensamiento a nada, lo que lo hacía nocivamente peligroso para cualquier ser humano que se atreviese a etiquetarse como amigo del pelinegro. Por desgracia y suerte había caído en ese diminuto grupo de personas.

—Me gustaría conocer a tu primo.—musitó—. Yo no tengo primos. No tengo familia además de Adam.

—¿Que sucedió con tu padre, pequeña flor?

Acariciando con un dedo la barba creciente en mi mejilla, vi como un velo negro de tristeza cubría sus ojos lentamente.

—Mi papá murió cuando era pequeño. —su dedo se deslizó hacia mis labios, sus ojos centrados en la tarea de delinearlos—. Mamá estaba muy triste, ella lo quería mucho. Habían estado juntos por mucho tiempo antes de que naciera y según tío Adam fui el complemento perfecto para su relación. Los hice más felices —me dio una sonrisa triste, su mirada en la mía por un segundo antes de que la apartara—. En mi cumpleaños número dos, papá quería comparar una bici para mí —soltó una risita aguada, sus ojos brillando de manera extraña—. Algo tonto ya que ni siquiera podía dar dos pasos sin caer sobre mi pañal. Pero él quería hacerlo, ¿sabes?

Me miró directamente y pude ver todas sus emociones mezclándose dentro de las orbes amarillas. La alegría ante el gesto, la emoción de un niño pequeño al recibir un regalo de tal magnitud, el cariño por su padre, la ilusión y la emoción más fuerte: la tristeza por no haber podido experimentar las anteriores de pequeño. Su voz era más ronca cuando siguió hablando, como si le costara hacerlo.

—Yo busque información en internet cuando estaba en la secundaria, ya que

Adam no quería contarme lo que había sucedido. —una lagrima se deslizó por su cien hasta su cabello—. Había una tormenta muy grande ese día, perdio el control del automovil mientras cruzaba un puente. Creen que se golpeo la cabeza y quedo inconsciente, él ni siquiera notó lo que sucedio. —sus manos se aferraron al frente de mi camiseta mientras más lagrimas acompañaban a la primera—. A veces me pregunto si él me hubiese aceptado por lo que soy o hubiese sido como mi mamá. Tal vez yo no sería tan malo si él no se hubiese ido.

Rodeandolo con mis brazos lo aprete contra mi cuerpo. Tenía la impresión de que tantos golpes habian afectado a Christopher de una manera tan profunda que no sería capaz de ayudarlo, temía no poder hacerlo.

—Tu no eres malo, caramelo. —susurré contra su cabello—. Eres perfecto, Chris, no hay nada de malo en ti.

Su mirada llena de tristeza se encontró con la mía, su ceño fruncido de manera adorable—. ¿Entonces porque ella no me quiere, Zab? ¿Porque no es como tu mamá?

—No lo sé, cariño, no tengo idea de porque no lo hace. —limpie su rostro con mi pulgar—. Pero te puedo asegurar una cosa. Es ella quien se esta perdiendo algo increíble, esta perdiendo la oportunidad de conocer la persona grandiosa en la que te convertiste.

—Es normal tener miedo todo el tiempo? -susurró.

—¿A que le temes?

—A todo. —sacudí la cabeza—. Tengo miedo de que tío Adam se harte de aguantar mi rabietas. Temo no ser capaz de controlar mi adicción. Temo a que te vayas, que llegues a la misma conclusión que ella y te des cuenta de que no valgo la pena. Estoy aterrizado de despertar un día y darme cuenta de que todo lo que ella me dijo es verdad. Que solo soy una abominación, un error que cometio y que no valgo nada.

Apreté los dientes, intentando contener la ira ante lo que la madre de Christopher habia hecho. ¿Como rayos una persona podia dañar tanto a su propio hijo? Contando hasta diez mentalmente, me concentré en lío tembloroso en mis brazos antes de que mis propios sentimientos me jugaran en contra. Ya arreglaría cuentas con la madre de Christopher, eso era algo seguro.

—Escuchame bien, Christopher. —enmarque su rostro con mis manos, evitando que alejara la mirada—. Tu tío jamás se hartará de ti, porque es tu familia y la familia es para siempre, en las buenas y en las malas, Adam te adora a pesar de que a veces eres un dolor en el culo —le sonreí—. Tu no vas a volver a caer porque eres la persona más fuerte y valiente que he conocido en mucho tiempo y vas a superar esto. Tu no eres un error, ¿me oyes? Quiero que olvides todas las estupideces que tu madre te dijo

porque no son ciertas—
besé suavemente sus labios—. Y ten la seguridad de que mientras tu me quieras a tu lado, jamás me iré porque me enamoré de ti como un idiota desde el primer portazo que me diste. Te amo, Christopher, por lo que eres ahora. Por ser un luchador, amo tus aristas, tus filos, hasta amo cuando te pones todo mañoso y me gritas o me ignoras. Amo cuando me sonries, amo cuando lloras porque me demuestras que no eres ese chico de piedra que has intentando que los demás crean, amo todas y cada una de esas cosas. Te amo a ti. Y no me gusta verte triste por cosas como esta.

Christopher se aferro a mi con todas sus fuerzas, las lagrimas cayendo por sus mejillas de manera descontrolada. Rescostandome en las almohadas detrás de mi, acomodé al castaño entre mis brazos escuchando su llanto mientras descagaba toda su tristeza. Sus sollozos parecían estar rompiendolo en pedazos pero mi niño se recuperaría, él siempre lo haría. Por eso me había enamorado de él, Christopher siempre parecía recuperarse.

—Nunca amé a nadie antes, jamás permití que ninguna persona se acercara tanto a mi como tu —su voz fue perdiendose en un suspiro, un hipido interrumpiendo sus palabra de vez en cuando—. Pero creo que yo tambien te amo, Zab. —cerró los ojos, acomodandose mejor contra mi cuerpo—. Si, lo hago.

Su respiración se acompasó y supé que había caído rendido ante el sueño. Besando su frente, cerré los ojos y me dormí con sus palabras resonando en mi cabeza. Todo estaría bien ahora, Christopher me amaba.

Capítulo 22

—¡Zabdiel llegaron tus primos, bajen a saludar! —mamá grito desde el primer piso, taladrando mi oído.

La mujer tenía unos malditos buenos pulmones, estaba seguro que hasta Francis la había escuchado gritar. A pesar de que sus palabras habían interrumpido mi tranquila siesta, adoraba sentir un poco de esa calidez hogareña que no tenía en el departamento de Londres. Aunque estos hábitos consistieran en mamá

gritando para que moviera mi perezoso culo o papá pidiéndome ayuda para reparar su auto, no podía evitar aceptar que había extrañado esa familiaridad.

Christopher revolvió contra mi costado, acurrucándose más cerca antes de lanzar un suspiro y seguir durmiendo. Había sido una muy mala idea dejarlo dormir, el chico era perezoso por naturaleza y ni hablar de su humor amargo al despertar. La última vez que había salido sorteado para despertarlo —si, dejábamos a la suerte quien arriesgaba su culo— había esquivado por muy pocos centímetros el reloj que Christopher lanzó a mi cabeza. Que dios me ayudara, porque no creía ser capaz de escuchar el humor crítico de mi familia compitiendo con el mal humor del castaño, se iniciaría la Tercera Guerra Mundial en la sala de mis padres.

—Ch, bebé, despierta. —susurré, acariciando su mejilla mientras dejaba pequeños besos en la línea de su mandíbula hasta llegar a sus labios—. Vamos, cielo, abre los ojos para mí.

—Shh. —silencio, palmeando mi boca antes de girarse, dándome la espalda y alejando su rostro de mis labios.

Rodee los ojos antes de soltar un suspiro, la forma amable no funcionaría con él hoy. Sin más opciones, me baje de la cama y jale a Christopher junto a mí, arrojándolo sobre mi hombro. El chico no dijo ni pío por lo que elevando mi mano, palmeé su trasero con todas mis fuerzas consiguiendo un chillido agudo como respuesta.

—¿Que haces, idiota? —su manos golpearon mi trasero mientras intentaba bajarse—. ¡Bajame, Zabdiel! Estúpido fastidioso patán, te digo que me bajas.

Riendo entre dientes lo moví entre mis brazos hasta que pude acomodarlo de manera que podía ver su rostro, sus piernas enredadas a mi alrededor. Christopher me miró a los ojos con la furia brillando en sus orbes mieles, alguien se había despertado de mal humor. Su cabello oscuro estaba disparado hacia todos lados y podía visualizar una pequeña marca, seguramente de las sabanas, cruzando la piel de su mejilla.

—Veo que el pequeño príncipe a decidido despertar. —me burle.

—Idiota. —gruñó.

Reí—. Así me quieres.

Christopher puso mala cara y tuve que ahogar mi risa. Estirando mis labios hacia él, pedí un beso en silencio. El castaño me miró por unos segundos, como si estuviese meditando sus opciones antes de que sonriera y uniera nuestros labios. Sosteniendo su peso con un solo brazo, hundí mi mano libre en su sedoso cabello empujandolo más cerca mientras forzaba mi lengua dentro de su boca. La deliciosa sensación de seda caliente y un tenue sabor a chocolate me recibieron y no pude contener el gemido. Besar a alguien nunca se había sentido tan malditamente bien.

Las uñas romas de Christopher se hundieron en la piel de mis hombros mientras las caderas del castaño se mecían contra mí, refregando su erección cubierta por sus jeans sobre mi abdomen. Christopher soltó un sonido sorprendido cuando enredé mis dedos en las finas hebras de su cabello y le di un ligero tirón, sus ojos oscuros por la lujuria se enfocaron en mí antes de que volviera por otro beso. Apenas podía contener las ganas de arrojarlo sobre la cama, despojarlo de su ropa y enterrarme profundamente en...

—¡Joli trae la cámara, no puedes perderte esto! —gruñí cuando la rasposa voz interrumpió el beso y un avergonzado Christopher se alejó, escondiéndose en mi cuello. Estreché los ojos hacia el pelinegro de pie en mi puerta, intentando transmitirle todo mi fastidio con esa mirada. Yoandri sonrió—. Por favor, no se detengan por mí, sigan adelante. Yo solo me quedaré por aquí, sin hacer ruido y los grabaré.

—Saca tu culo de mi habitación o le digo a tu madre. —amenacé.

—No seas amargado, Zab, ni siquiera sabras que estoy aquí.

—¡Tía Victoria, Yoandri se está comportando raro de nuevo! —grité con todas mis fuerzas.

Yoandri me miró con disgusto antes de sacar la cabeza de la habitación y gritar—. ¡Tía Noemi, Zabdiel no me deja firmarlo teniendo sexo con su novio!

Mirando a Yoandri con el ceño fruncido me pregunté, como cada vez que lo veía, si el chico alguna vez tendría algún sentido para mí. Nunca había sido una persona brillante, su sentido común era nulo y parecía no entender muchas de las reglas sociales clásicas, la mayor parte de la familia había pensado que sería una etapa que se iría con el tiempo. Yo jamás había pensado de ese modo. Siendo que conocí a Yoandri mientras el mismo orinaba dentro de la arena de su gato y que me contestó, cuando le pregunté que hacía, que él tenía derecho a marcar su territorio... pues bien, siempre había sabido que el chico no tenía todas sus luces encendidas.

—Yoandri, deja de fastidiar a tu primo, por el amor de dios. —una voz floto por el pasillo antes de que la delgada figura de Johann, el novio de Yoandri, apareciera en el pasillo. El castaño me dio una sonrisa de disculpa antes de mirar al pelinegro con el ceño fruncido—. ¿Que te he dicho sobre la privacidad, Yoyo?

—Que no debo interrumpir en habitaciones sin golpear la puerta primero. —el cubano recitó con una sonrisa encantada mientras miraba a su novio—. Pero yo toque, Joli, lo que pasa es que Zabdiel estaba demasiado ocupado metiendo su lengua en la boca de ese chico para darme permiso.

—Si no te dan permiso, no entras.

—Yo solo quería mirar, ni siquiera iba a tocar. —levantó las manos—. Lo juro.

—Yoandri, tu eres mi novio, la unica forma en que debes ver sexo es el espejo de tu habitación cuando tengo mi polla enterrada en tu culo. —Johann gruñó con voz posesiva cerca de la cara del pelinegro—. Si me entero de que volviste a hacer algo así, obtendras un castigo, ¿entendido?

—Pero, Joli, no podemos ser swingers si no vemos a otras parejas.

Johann me envió una mirada frustrada antes de tomar la muñeca de mi primo y jalarlo lejos de la habitación—. ¡Nosotros no somos swingers, Yoandri! Y si tocas a alguien que no sea yo, te castro.

—Pero yo no queria tocar, solo queria ver. —la voz de Yoandri se perdio mientras se alejaban de mi habitación.

—Pequeño idiota pervertido. —me queje mientras acariciaba con mis dedos la nuca de Christopher, sintiendo su risita ahogada contra mi cuello.

—Tu primo esta un poco desequilibrado. —murmuró.

—¿Un poco? Estoy seguro de que Yoandri cambio sus tonillos por canicas cuando era un niño.

La risa de Christopher inundo la habitación mientras lo bajaba a sus pies, un calorcito agradable comenzó en mi estomago mientras observaba al chico reir. con cuidado, acomodé su cabello a algo presentable antes de besar la punta de su nariz. Amaba verlo sonreir.

—¡Zabdiel! —mamá gritó y supe que no esperaria mucho más para que bajaramos.

—Vamos, conejito, mi familia nos espera.

Christopher giro sus dedos indices juntos antes de darme un asentimiento y comenzar a caminar hacia la puerta de la habitación. Rodeando con mi brazo su

cintura, lo jalé a mi lado recordándole que estaría allí con él en todo momento. Sabía que las primeras presentaciones eran difíciles y más aun, con mi extraña familia.

Y hablando de cosas extrañas...

—Pero si es mi sobrino favorito —mi tío Shin se paró frente a mi con una gran sonrisa bajo la espesa barba que cubría su barbilla y parte de sus mejillas, gruesas rastas de un color rubio pálido enmarcaban su simpático rostro dándole un aire a surfista pero el tipo no había tocado una tabla en toda su vida, de eso estaba seguro—. ¡Siempre es bueno tenerte en casa, Zeus!

—Zabdiel, tío Shin, mi nombre es Zabdiel.

—Por eso, Zabdiel, eso fue lo que dije. —su sonrisa se hizo aun más grande, destacando groseramente contra su piel dorada.

Rodeé los ojos, soltando un suspiro de frustración al darme cuenta de que sería el primer integrante que Christopher conocería lo quisiera o no

—. Christopher, este es mi tío Shin. Tío Shin, él es mi pareja Christopher Vélez.

—Oh, encantado de conocerte, Carlos, Zabdiel me ha hablado mucho de ti. —asintió enfáticamente antes de voltearse y desaparecer por la puerta de la cocina.

—Es... simpático.

—No seas amable, trocito de pastel, el tipo es más extraño que un mono verde. —besé su mejilla—. Pero no te preocupes, él es quien está más loco de todos.

—Gracias por eso, Zabdiel, tus palabras me llenan de confianza.

—Lo siento, copita de champagne, pero no te enviaré allí sin una advertencia.

Entrando a la sala descubrí que una gran parte de mi familia estaba allí. Haciendo una rápida presentación a todos, decidí que Christopher no necesitaba pasar mucho tiempo con ninguno de ellos aunque mis tías tenían una opinión distinta cuando lo jalaban al sofá donde estaban acomodadas, con Lucía entre ellas, y lo integraron a su charla. Christopher parecía bastante cómodo por lo que lo dejé, si me necesitaba bastaría una seña y lo sacaría de allí como si la casa estuviera en llamas.

Sentado en el sofá reclinable, escuché con aburrimiento como el tío Hebert contaba por centésima vez como había arreglado su vieja camioneta, la cual ya ni siquiera existía. Mis ojos rápidamente se desviaron hacia el movimiento detrás de Christopher, dos cabezas de un brillante rojizo hicieron que me pusiera de pie rápidamente y me apresurara hacia allí intentando no llamar la atención. Mis manos se enredaron en las, demasiado grandes, camisetas de bandas desconocidas de rock mientras jalaba a mis primos fuera de la habitación.

—¿Que estaban planeando hacer, mocosos? —gruñí en sus caras cuando

llegamos al pasillo.

Ryan me dedicó una sonrisa diabolica—. ¿Asustado primito? No dañaremos a tu precioso novio, no te preocupes.

Su hermano gemelo, Rick, acompañó su risita cuando ambos intentaron pasar por mi lado. Tomando los cuellos de sus camisetas, los aplaste contra la pared poniendo mi mirada más amenazante. Los mocosos habían cumplido trece años ya, era tiempo de que alguien les enseñara una pequeña lección sobre límites.

—Escuchenme y escuchenme bien, pequeños engendros de Chucky. —gruñí frente a sus rostros, impidiéndoles moverse de sus lugares—. Llego a ver una de sus asquerosas manos cerca de mi novio y me aseguro de que su madre les quite su estúpida consola de juegos, ¿entienden?

—Esa cosa ya está vieja de todos modos. —Rick se encogió.

Dios, como me hubiese gustado atarlos a un árbol en el jardín y esperar a que maduraran por sí mismos pero eso tardaría mucho.

—Bien, ¿así es como quieren jugar? —levanté una ceja, ambos asintieron—. Entonces no les importará que le diga a su madre sobre el canal porno que miran por las noches, ¿verdad? O las revistas sucias que guardan debajo de sus camas.

Sus pequeños rostros, aun con rasgos aniñados, palidecieron—. T... tu no harías eso.

—Oh claro que lo haría, pequeña rata. —aseguré—. Acerquense a Christopher y les quitaré su diversión, estoy muy seguro de que su papá estará de acuerdo conmigo en un campamento militar para el verano.

—Esta bien, esta bien.

—No lo tocaremos —terminó Ryan—. Lo prometemos, no le digas nada a nuestros padres.

—No lo haré —sonreí falsamente—. Ahora muevanse a la sala nuevamente y comportense como los lindos angelitos que sus inocentes padres creen que son.

Ambos me miraron con los ojos estrechados antes de voltearse y desaparecer dentro de la sala. Estaba a punto de seguir su camino cuando escuché el sonido de voces demasiado altas, mis pasos se apresuraron dentro de la habitación y atrapé a Christopher en el momento justo que cruzaba el umbral de la puerta. Su cuerpo se agitó contra el mío, lágrimas calientes corrían por su rostro.

—¡Deberías estar avergonzado de permitir esto bajo tu techo, Noemi! —la voz de Martín, el hermano de mamá, sobresalía sobre las demás—. Por culpa de ese par de desviados todos están condenados al infierno, son pecadores que no merecen vivir en nuestra comunidad.

No tenía idea de en que momento había entrado el hombre pero papá se estaba encargando de darle una salidatriunfal, empujandolo fuera de la casa y logrando que cayera al pavimento con un golpe seco.

—¡No te atrevas a volver a pisar mi casa, Martín! —el rostro de papá esta totalmente rojo para ese momento—. ¡Y no vuelvas a hablar de mi hijo de esa manera porque te las veras conmigo!

Dicho eso, cerro la puerta en su rostro. Martín siempre había sido un fanático. Había dejado de llamarlo “tío” cuando tenía catorce años y me di cuenta de mi orientación. Mi familia me había apoyado sin ninguna crítica pero Martín había sido el primero en asegurar que estaba enfermo y que mis padres estaban obligados a hacer algo para que volviera al camino. El tipo había llegado tan lejos de presentarme a chicas e insistir en que ellas me curarian.

El tipo estaba completamente loco, pero no inofensivo como el tío Shin, Martín era un tipo realmente agresivo. Y al parecer había lastimado a mi niño. No tenía idea de que le había dicho pero los temblores en el cuerpo de Christopher mientras sollozaba en mi hombro me dijo que no había sido nada bueno.

—Christopher, siento mucho que hayas tenido que... —mamá intentó tocar el hombro de Christopher pero el castaño temblo tan fuerte que logró asustarme hasta a mí. Mis brazos rodearon instintivamente su delgado cuerpo.

—¿Que le dijo? —pregunté.

—Eso no importa, hijo, él solo tiene...

—¿Que le dijo? —repetí, cortando las palabras de papá.

Suspiró—. Le dijo que sus padres debían estar muy avergonzados de él, que era una abominación y algunas cosas más.

Soltando una maldición, le hice una seña a mis padres para que se llevaran a todo el mundo de vuelta a la sala, Christopher no necesitaba público en ese momento. Yoandri fue el último en marcharse. El pelinegro se acercó y suavemente pasó sus dedos por el cabello de Christopher.

—Martín es un imbecil ignorante, Christopher, no debes hacerle caso. —murmuré, su rostro estaba totalmente serio, algo que no había visto en mucho tiempo—. Solo debe importarte lo que tú crees de ti mismo, lo que los demás piensan no vale nada. Si eres feliz es porque estas haciendo lo correcto.

Gracias. -gesticule hacia él. Yoandri sólo se encogió antes de voltearse, enganchando su brazo con Johann y volviendo a la sala.

—Sabes que lo que Martín dijo es basura, ¿verdad, cupcake? —pregunte, inclinando la barbilla de Christopher y limpiando algunas lagrimas de su piel.

Asintió suavemente—. Eso no quita que duelan. —murmuró—. Sonó igual que ella.

—Porque son dos idiotas, malvavizco. —sentencie—. No debes hacerles caso, te amo y eso es todo lo que debe importar.

—Yo tambien te amo.

—¿Ves? —sonreí—. Como dijo algun sabio alguna vez: Todo lo que necesitamos es amor.

—Esos fueron The Beatles, Zab. —rió.

—Tipos muy inteligentes. —le guiñe un ojo antes de arrastrarlo a un beso.

Capítulo 23

—¿Eres alérgico a algo, Christopher? —mamá le sonrió suavemente a Christopher quien permanecía enrollado en mi regazo.

—No, señora.

—Te dije que me podías llamar mamá, cariño. —palmeo su pierna de manera cariñosa—. La cena estará lista pronto, entren cuando lo deseen.

Asentí hacia mi madre mientras ella se volteaba y se perdía detrás de la malla mosquitera. Christopher se acurrucó más cerca cuando empuje el pie contra el suelo logrando que el sofá hamaca se moviera suavemente. Christopher no había querido volver a la sala con el resto de mi familia, sabía que había sido demasiado calor familiar, así que decidí que sentarnos en el patio trasero sería bueno para él. El aire fresco y el aroma a césped recién cortado debía lograr tranquilizarlo, conmigo funcionaba.

—Pimo Chis. —mi pequeña prima Bella jaló los jeans de Christopher, intentando llamar su atención. El castaño la miró con una suave sonrisa cuando le obsequió una flor violeta un poco maltrecha por sus manitos-. No llores.

—No lloro, pequeña. —aseguró el moreno, acariciando un mechón de rubio cabello.

¿Porque no todos mis primos podían ser como ella, con actitud de angelito? No, tenían que darme cinco primos que más que adolescentes parecían una mafia a punto de formarse y por desgracia los jefes eran los gemelos Tontin y Taradin. Sabía que en un par de años -al igual que todos los demás— ellos dejarían esa actitud para comenzar a actuar como jóvenes maduros. Pero la espera era una tortura.

Bella le dio una brillante sonrisa de hoyuelos antes de voltearse y alejarse corriendo hacia donde los más pequeños jugaban.

—Ella es linda. —susurró Christopher.

—Disfrútala ahora, osito. —advertí antes de señalar hacia los cinco adolescentes jugando al fútbol—. Después quedan así y lo único que quieres es encerrarlos dentro de una jaula en el sótano hasta que cumplan cuarenta.

—No son tan malos. —rió.

—Son muy malos. —aseguré intentando hacer una voz terrorífica—. Recuerdame bloquear nuestra puerta esta noche.

—Exagerado. —rodó los ojos.

Dandole impulso nuevamente a la hamaca, sonreí cuando Yoandri y Johann salieron por la puerta de malla.

Ambos se sentaron frente a nosotros con expresiones estupidas en sus rostros mientras nos observaban. No me gustaban sus estupidas sonrisas, para nada.

—¿Porque nos miran así, par de micos?

—¡Zabdiel! -Christopher palmeo mi pecho, poniendo mala cara.

—No les hables así. -me reprendió.

—Aww -Yoandri junto sus manos frente a su pecho mientras nos miraba con cara de tonto-. Son demasiado tiernos, si hasta parecen un matrimonio.

Christopher parpadeo hacia él varias veces antes de un profundo tono rojizo dominara su rostro, rapidamente se escondio en mi cuello un segundo antes de que un segundo "aww", esta vez a duo, se escuchara.

—Ya dejen eso, idiotas. -lancé una patada hacia ellos mientras rodeaba a Christopher con mis brazos-. Lo avergüenzan.

—Aww, lo avergonzamos, Yoyo. -Johann codeo a su novio antes de sonreir como tonto. Lo miré elevando una ceja, sorprendido de que le siguiera la corriente pero el chico no borro la sonrisa y con la misma voz estúpida contestó:— Me conviene seguirle la corriente, me gusta el sexo.

—Esta bien. -dije estirando las vocales-. ¿Porque mejor no me dicen como van sus estudios? Sería mejor que escucharlos decir estupideces.

—No ha cambiado mucho. -Johann se encogió-. Estudiar medicina es una mierda a veces.

—¿Estudias medicina? -preguntó Christopher, con una verdadera expresión de sorpresa.

—Si, lo hago -rió el castaño-. Más concretamente quiero ser medico de urgencias, es genial.

—Wow. -parpadeo hacia Yoandri-. ¿Y tu que haces?

—Estudio musica en la universidad de Londres. -sonrió el pelinegro.

—¿La universidad de Londres? -frunció el ceño-. ¿Estudiamos en el mismo lugar?

—Puede ser -se encogio de hombros-. Mis clases son en la noche ya que trabajo de profesor particular durante el día.

—Eso es realmente genial.

—¿Y tu que haces, Christopher? -preguntó Johann.

—Basicamente me grita, me arroja cosas y duerme la mayor parte del día. - contesté por él, ganandome un brusco golpe en el estomago.

—Idiota.

—Mañoso.

Christopher me miró de mala manera antes de volver su mirada a Yoandri y Johann-. Estudio arte.

—¿Pintas? -Yoandri lo miró con una sonrisa.

Christopher se encogio de hombros, haciendo un gesto para abarcar todo-. Pintura, escultura y fotografia. He intentando aprender todo.

—Es genial en eso. -aseguré, besando el cabello del moreno-. Y tambien canta.

Yoandri saltó emocionado por ese dato y la charla comenzó a desviarse a distintos temas. Al paso de los minutos noté que Christopher casi no estaba hablando. Su rostro estaba enterrado en mi pecho mientras jugaba con los botones de mi camiseta.

—¿Estas bien, bebé? -susurré, pasando mi mano por su mejilla para darme cuenta de que estaba hirviendo-. Joder, Chris, estas volando en fiebre, ¿te sientes mal?

Negó con la cabeza un segundo antes de apartarse para mirarme-. Me duele el estomago pero no te preocupes, ha sucedido antes.

—¿Que quieres decir?

—Ha pasado mucho tiempo desde mi ultima dosis. -susurró.

—¿Ha sucedido antes? -asintió-. ¿Que haces cuando pasa?

—Voy por otra dosis, nunca deje que pasara tanto tiempo.

—Mierda, bebé, debiste decirmelo.

—¿Que sucede? -Johann miró a Christopher con preocupación.

—Tengo sindrome de abstinencia. -respondio el castaño antes de que pudiera decir algo.

—¿Eres adicto? -pregunto Yoandri sorprendido.

—Era -corrigo antes de mirarme-. Zabdiel me esta ayudando con eso. Quiero dejarlo pero voy a tener que pagar un precio por ello.

Johann se acerco a nosotros antes de ponerse de rodillas frente a mi-. ¿Puedo? -su mano vacilo frente al rostro de Christopher, una mirada medica en su rostro. Christopher asintió y Johann apoyo su mano-. Me gustaria tomarte la temperatura e intentar bajar la fiebre, Christopher, podria ser peligrosa si sube demasiado.

—Esta bien. -susurró en acuerdo.

—Iré a mi auto por mi maletin. -se puso de pie dirigiendose a la puerta pero se detuvo, mirandome sobre su hombro-. Será mejor que lo lledes a tu habitación, Zabdiel, he visto este tipo de situaciones antes y se va a poner feo.

Capítulo 23.5

[Narra Christopher]

¿Pueden recordar lo que sintieron la última vez que tuvieron fiebre? Multipliquen esa sensación por diez y tendrán mi estado. El malestar me había golpeado tan repentinamente que la sensación de tener algodones en los oídos me tomó totalmente por sorpresa. Mi piel se sentía fría, como si alguien se hubiese tomado el meticuloso trabajo de pasar hielo por cada centímetro de la misma pero sabía, en algún lejano lugar de mi mente, que la sensación era todo lo contrario a lo que realmente estaba sucediendo.

Tenia fiebre. Mi cuerpo estaba hirviendo. Entendía eso pero de todas maneras no podía alejar los escalofríos que amenazaban con hacer que mis dientes castañaran. El pecho de Zabdiel debajo de mi mejilla estaba tibio, quería que mi cuerpo se sintiera bien nuevamente por lo que intenté acercarme más, hundiendo mi rostro en su cuello para sentir la agradable sensación del calor de su piel. Los brazos de hierro a mi alrededor se cerraron con más fuerza cuando el rubio se puso de pie, sus pasos hacían eco por todo mi cuerpo como si alguien me golpeará en todos lados a la misma vez.

—Zabdiel. —me quejé alejando el rostro para poder ver sus ojos.

—Tranquilo, muñeco, solo te estoy llevando dentro. —tenía ganas de decirle que el apodo era ridículo, soltar algún comentario inteligente para poder sentirme nuevamente en mi centro, pero nada me llegó—. Estarás bien, Chris, te lo prometo.

Los bordes de mi visión estaban comenzando a borronearse y eso me estaba asustando. Escuché a Zabdiel hablar con alguien mientras los brazos desaparecían, siendo reemplazados por la suave sensación de la cama bajo mi cuerpo. Las sábanas frías eran un contraste brusco con el calor de Zabdiel, dolía cada vez que la tela rozaba mi piel lo que envió una señal de alarma directo al frente de mi mente. Debía estar muy mal como para que me doliera el simple toque.

—Quítale la ropa. —una voz gruesa habló, que pude identificar como la de Johann, llegó hasta mí desde los pies de la cama. Hubo un momento de silencio antes de que el chico soltara un bufido—. No seas idiota, Zabdiel, necesitamos bajar su temperatura no es momento para tus celos irracionales.

—Idiota pomposo. —murmuro mi rubio mientras sus manos se deslizaban por el dobladillo de mi camiseta.

Abriendo los ojos lentamente, enfoque el rostro de Zabdiel y palmeo su pecho.
— Comportate.

—Lo siento, bebé. —me sentía como un muñeco sin vida mientras Zabdiel me sentaba sobre la cama y tiraba de mi camisa fuera de mi cuerpo—. Pero si él te mira de más, arrancaré sus ojos con un tenedor.

—Tengo frío. —sisee cuando un aire frío golpeo mi cuerpo mientras Zabdiel me quitaba mis pantalones.

—Lo sé, dulzura, pero se ira pronto. —cerré los ojos cuando cai nuevamente sobre las almohadas. Un beso cayó sobre mi frente—. Debes ser fuerte ahora, Christopher, estaré contigo todo el tiempo.

Asentí hacia él, observandolo con mis parpados caidos. El dolor en mi estomago que habia empezado como una pequeña puntada ahora se estaba intensificando, no tanto como para hacerme gritar pero molestaba. Las sensación de las sabanas fue alejada de mi cuerpo y luego de eso los minutos pasaron como un relampago. Sentí manos frías en mi cuerpo, una maldición y luego de eso la dolorosa sensación de algo frío sobre mi frente.

Intenté levantar la mano para quitarme lo que sea que hubiesen puesto allí, quería alejar la sensación de dolor que me estaba causando pero una mano en mi muñeca me lo impidio. Abriendo los ojos observé como Zabdiel quitaba el paño, hundiendolo en un bol con agua antes de volver a colocarlo sobre mi frente.

Gemi lastimosamente cuando, tomando otro paño, el castaño comenzó a pasarlo por mi pecho y piernas.

Las lagrimas se deslizaban por mis mejillas sin control, se sentía horrible el frío sobre mi piel como si estuviesen dandole golpes solo a la parte externa de mi cuerpo.

—Aguenta un poco, bebé. —Zabdiel susurró en mi oido.

El dolor en mi estomago se intensifico y solo tuve una oportunidad de avisar antes de que el contenido de mi estomago volviera. Zabdiel estuvo allí todo el tiempo, podia sentirlo pero la incoscienza estaba ganandome la partida. Dolia, no sabia que estaba sucediendome pero me dolía. Quería que me dejaran, ya no quería intentarlo, dolia demasiado.

Grite, llore y me retorcí pero solo estaba empeorando las cosas. Alguien sostuvo mis muñecas cuando intenté salir de la cama. Los paños fríos seguian mojando mi piel y el dolor de mi estomago era cada vez peor. Todo me estaba abrumando, era demasiado. Mi cuerpo se canso, dejo de responder hasta que la oscuridad me alcanzó y caí dormido.

oooooooo

Desperté con el dolor explotando en mi cuerpo. Sentía como si alguien estuviese arrancandome la piel.

Cada parte de mi estaba gritando de dolor. Mi cabeza palpitaba y mi boca estaba totalmente seca. Me queje en voz baja y al instante Zabdiel aparecio en mi

línea de visión. Sus manos alejaron el cabello de mi rostro, su toque hizo que la piel de mi mejilla ardiera como fuego. Llorique, más por el hecho de que su caricia doliera que por el dolor en sí.

—Necesito... necesito —lloriqué—. Por favor, Zabdi, necesito una dosis, por favor.

—Lo siento, cariño. —sacudí la cabeza.

—Por favor, Zabdiel, duele demasiado, por favor —las lágrimas recorrían mis mejillas—. Una última vez, lo prometo.

—No, bebé, no más.

—¡Por favor! —chillé, revolviéndome en la cama.

Luego de eso comencé a gritar, golpeé a Zabdiel y lo insulté, recuerdo haberle dicho cosas horribles pero no me importaba, lo único que quería era obtener una dosis. Mi cuerpo dolía, anhelando otra inyección pero Zabdiel no me permitía escapar. Por más insultos que le dirigía el castaño no alfojo su agarre en mis manos, sus labios pegados a mi oído mientras susurraba palabras dulces.

Entonces las náuseas reaparecieron y volví a desmayarme.

Desperté varias veces más luego de eso, siguiendo el mismo patrón donde gritaba y me retorcia antes de que mi estómago se revoliera, obligándome a devolver lo que no había en él y la inconsciencia volvía a dominarme.

Cuando abrí los ojos, sintiendo mi mente como la mía finalmente, el sol apenas estaba apareciendo en el horizonte. Mi cuerpo se sentía cansado, como si hubiese corrido una maratón de 100km y no me hubiese detenido hasta el final. Ni siquiera las estúpidas sesiones de ejercicio, en las que Zabdiel me obligaba a participar, se sentían tan mal.

El dolor había desaparecido casi completamente y ya no sentía frío. Mi piel estaba perlada en sudor pero toda sensación de malestar se había ido. Aclarando mi garganta seca, observé a mi alrededor para ver la habitación de Zabdiel en penumbras. El rubio estaba sentado en una silla a un lado de la cama, su cabeza estaba apoyada sobre el colchón y su mano estaba enlazada con la mía.

Alzando una mano, la pasé por su cabello disfrutando de la suavidad. Su cabeza se levantó de repente y me sentí mal al ver su estado. Se veía pálido, tenía grandes ojeras oscuras y la sombra de su barba era varios tonos más oscuros, como si no se hubiese afeitado en días. Eso me hizo fruncir el ceño, ¿cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Tres días. —susurró como si pudiera leer mi mente. Sus ojos se deslizaron por mi rostro, como si buscara algún signo de que enloquecería e intenté transmitirle que estaba bien con mis ojos, no me confiaba de hablar aun, mi garganta dolía demasiado. Sonrió y su rostro se iluminó completamente—. Bienvenido de nuevo, mi niño valiente.

Capítulo 24

—No me voy a escapar, te lo prometo.—rió Christopher mientras lo apretaba más contra mi pecho, rodeándolo con mis brazos y piernas.

Habia pasado un día entero desde que Christopher había despertado y salido de su crisis pero aun no lo dejaba salir de la cama. Él había insistido en que podía salir cuando quisiese pero el cansancio había podido más que su fuerza de voluntad y terminó dormitando la mayor parte del tiempo. Aun sentía escalofríos al recordar sus gritos rogándome que lo dejara tener una última dosis, ni siquiera quería pensar en ello.

Llevando a Christopher más al centro de la V que formaban mis piernas, lo obligué a apoyar su cabeza en mi pecho y miré la televisión. Mamá había declarado que Christopher obtendría el tratamiento del resfriado, el cual consistía en no levantarse de la cama en todo el día y obtener todas las galletas que quisiera. Me gustaba esto ya que yo también estaba bajo el tratamiento.

Observando el peluche con forma de elefante, hice una mueca ante el rosa chillón de la tela, Yoandri definitivamente tenía que ser daltonico. Entre sus esponjosas patas que brillaban bajo la luz de la ventana, el bicho aferraba un cartel con el lema: Mejorate pronto. Era horrible, definitivamente. Todo ojos saltones y grandes orejas, y encima la frase demasiado trillada.

No me gustaba.

—¿Porque guardaste esa cosa? —pregunté, apuñalando al bicho entre los ojos con mi dedo y ganándome un golpe de parte del castaño—. Es feo.

—No es feo, a mí me gusta.

—Es feo, bebé. —aseguré—. A Yoandri le extirparon el sentido del gusto cuando nació.

—Es lindo, además tu primo me lo regaló con buenas intenciones.

—Creeme, Yoandri nunca hace nada con buenas intenciones —tomando la trompa del peluche, la jalé para demostrar mi punto—. ¿Por que crees que te regalo un elefante?

Christopher frunció el ceño, mirando del peluche a mí y nuevamente al peluche. La comprensión no tardó en llegar a él y una risita tonta escapó de sus labios.

—Entonces ya tengo un nombre para él.

—¿Porque le pondrias nombre a un peluche? No es como si pudieras llamarlo ni nada. —interrogué.

Christopher rodó los ojos—. Pues a mi me gusta ponerles un nombre y este se llamara Zabdiel.

Lo miré con los ojos entrecerrados, intentando esconder una sonrisa.— Definitivamente tu y Yoandri se llevaran perfectamente, son un par de pervertidos.

Christopher rió como un niño, apoyandose en mi hombro y mirandome con ojos brillantes. Dios, como lo amaba, no sabia que se podia caer tan rudo por alguien en un tiempo tan corto. Pero sabia a ciencia cierta que ya no podria vivir sin la sensación del moreno en mis brazos o su risa cantando en mi oído.

—¿Porque me ves así? —preguntó con una sonrisa.

—¿Así como? —besé su barbilla antes de pasar mis labios sobre los suyos.

—Con cara de tonto.

—No tengo cara de tonto —me queje antes de inclinarme para alcanzar la caja de bombones que Lucía le habia obsequiado a Christopher.

La mayor parte de mi familia habia estado al tanto de lo que Christopher habia pasado y todos habian ido llegando uno detrás de otro, durante esos cuatro días, trayendole un obsequio al castaño para felicitarlo por su esfuerzo y fuerza. Hasta Bella habia traído uno de sus peluches, un conejo blanco pomposo, que ahora se acomodaba sobre mi escritorio. Los gemelos, sorprendiendome totalmente, le habian obsequiado su coleccion completa de peliculas de acción y eso era mucho para ellos, como quitarles una extremidad más o menos.

Christopher era un luchador de la vida y mi familia lo habia visto, al igual que yo lo habia hecho desde la primera vez que habia cruzado una mirada con él.

—¿Que es eso, Zabdi? —Christopher apuntó al baul de madera que obresalia bajo un florero sobre mi escritorio.

—Es mi caja de recuerdos. —contesté.

La verdad habia estado esperando que preguntara para enseñarle su contenido y el chico no me habia decepcionado. Saliendo de la cama, tomé la pequeña caja y la puse frente a él antes de volver a acomodarme a su espalda e incitarlo a apoyarse en mi.

Con la punta de sus dedos, Christopher delíneo el dragon tallado en la tapa de la caja antes de darme una pequeña sonrisita.

—Me la regalo la mujer de servicios sociales cuando me pusieron en la primer casa hogar —nunca le habia contado esto a nadie, aun dolia hablar de ello pero

con Christopher se volvía fácil—. Los demás niños no eran buenos conmigo, ellos decían que mi mamá se había matado porque no soportaba tenerme como hijo. Ahora eso suena tonto pero en ese momento dolía.

—Siento mucho eso, Zabdi.

—No te preocupes. —lo abracé, besando su cuello antes de apoyar mi barbilla sobre su hombro—. Fue hace mucho tiempo y ahora solo los veo como niños tontos que no tenían nada mejor que hacer.

—Eran unos idiotas. —afirmo.

—Lo eran, al menos la mayoría —secunde antes de hacer un gesto hacia la caja—. Guarde todas las cosas que más me importaban y quería allí dentro para evitar que ellos las destruyeran y seguí haciéndolo luego de que me adoptaran. Supongo que aun temía que ellos se arrepintieran de adoptarme o algo, por lo que seguía guardando mis cosas aquí —palmeo la caja antes de quitar la cadena que llevaba en mi cuello y dejarla caer en su mano—. Siempre llevo la llave conmigo pero ahora quiero que la tengas tu.

—Zabdiel, no creo que sea una buena idea. —negó, observando la pequeña llavecita que colgaba de la cadena.

—Lo es, dulzura —aseguré—. Abre la caja.

Christopher me miró sobre su hombro, como si esperara una afirmación más concreta pero solo pude asentir.

De alguna forma le estaba entregando mi corazón, todos mis recuerdos más importantes estaban dentro de ese pedazo de madera. Y ahora Christopher era quien tenía la llave.

Con manos cuidadosas, metió la pequeña llave en el hueco y la giro antes de abrir la tapa. Sus dedos se deslizaron dentro y vi como sacaba la flor de plástico que se encontraba sobre las demás cosas. Era rosada y le faltaban varios pétalos, al igual que el día en que me la dieron.

—Me obsequiaron esa cosa la noche de mi graduación de secundaria —rocé los pétalos con mi dedo—. Volví del baile escolar caminando, ya que Yoandri había estado demasiado ocupado follando en su auto con Johann como para ir a buscarme, por lo que me vi obligado a caminar. Una señora estaba vendiendo flores a un par de cuadras del instituto y cuando pasé frente a ella quiso convencerme de que le comprara algo pero no tenía dinero. Cuando le dije eso a ella, solo sonrió y me dio esta rosa —le di un golpecito con mi dedo—. Dijo que un chico la había descartado de un ramillete solo porque estaba rota pero aun seguía siendo hermosa por sí misma.

—Eso es algo muy bonito. —susurró, observando la flor plástica con admiración—. Ahora me dirás que el puesto desapareció mágicamente, ¿verdad?

—Nop, aun esta allí solo que ahora lo atiende la hija de esa señora. —besé su nuca antes de alcanzar otra cosa de la caja.

Pasé la siguiente hora mostrandole a Christopher las cosas que habia dentro y contandole la historia de cada una. El chico me escuchaba con atención a cada palabra y me sentí como un viejo contando las historias de sus mejores momentos, aunque solo era seis años mayor que el castaño.

—¿Quien es ella, Zabdi? —miré la foto que Christopher sostenia y por un momento me quede sin palabras.

En ella se podia ver una bonita y joven mujer de largo cabello castaño sonriendole a la camara. Sus ojos eran de un claro color marron, suaves y tiernos, con una alegría genuina que traspasaba el papel. Sus delgados brazos se aferraban al distraido bebé que jugueteaba con un trencito de madera mientras ambos parecian acomodarse sobre el cespel. La foto era vieja y estaba comenzando a desgastarse pero nunca me habia atrevido a separame de ella el tiempo suficiente como para que pudiesen repararla.

—¿Zabdi? —Christopher me miró con preocupacion e intente darle una sonrisa tranquila.

—Es mi mamá, rayito de sol. —miré a la foto, sintiendo mis ojos empañarse—. Supongo que sacaron esa foto antes de que ella comenzara a perderse.

—Era muy bonita, Zab. —susurró mirandome sobre su hombro—. Te pareces mucho a ella.

Sonreí—. Ella no era mala, ¿sabes? Los pocos recuerdos que tengo son bonitos, creo que me quería.

—¿Como no lo haria? —sus mejillas se colorearon cuando lo dijo pero no se retracto.

Besé su mejilla suavemente antes de volver a la foto.

—Yo estaba allí cuando ella murio. —susurré intentando tragar alrededor del nudo en mi garganta—. No sabia que eran esas pastillas que tomaba, siempre me decia que eran caramelos especiales y que no debia tocarlos. Ese día estaba muy triste, teniamos problemas de dinero y yo me estaba quejando de tener hambre. Me envio a mi habitación y me dijo que mirara televisión hasta que me llamara, prometio que encontraria la manera de que yo no pasara hambre nunca más —sentí una lagrima deslizarse por mi mejilla cuando recorde su rostro, con sus pomulos salientes y ojos hundidos gracias al desgaste de la vida que llevaba—. Yo no le hice caso, me dolía el estomago así que salí a buscarla y la encontré acostada en el sofá de la sala. Pensé que estaba durmiendo, ¿sabes? Quise despertarla —hipe—. Pero no abria los ojos.

—Oh, Zab. —se giró rapidamente, abrazandome fuerte.

—Estaba muy asustado pero no podia moverme, la vecina lleo unos minutos despues. Mi madre la habia llamado para que fuera por mi antes de tomar las pastillas —llore en su hombro—. Ella lo hizo por mi, Chris, no quería que la viera

así pero no podía parar. Se suicido para que yo no sufriera y me dejo solo.

—Ya no estas solo, amor, nunca más lo estarás. —besó mi mejilla y cuello suavemente, su voz sonaba rota.

—Yo ni siquiera lloré, Christopher. Vi como bajaban el maldito cajón pero no podía llorar, no podía creer que ella se hubiese ido.

—Entonces llora ahora, cariño, despidela ahora. —acaricio mi cabello—. Estaré contigo.

Lloré en su hombro por lo que me parecieron horas. Deje salir todos esos años en los que no había llorado y llore tambien por Christopher, el miedo de perderlo que había crecido en mi pecho durante esos tres días broto junto a todo lo demás.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —murmuro Christopher en mi oído cuando logre calmarme.

—Tambien te amo. —respondi con la voz rasposa.

—Saldré de esto, Zabdiel, lo haré por ti —tomo mi barbilla para que lo mirara a los ojos—. No soy como tu madre, no voy a dejarte solo, ¿entiendes eso verdad?

Asentí lentamente intentando reprimir el miedo irracional que seguía en mi pecho. Confiaba en Christopher pero la vida ya nos había golpeado bastante a ambos para demostrarnos que las cosas siempre pueden cambiar y temía a eso.

—Aun quiero que guardes la llave —le pedi mientras colocaba la cadena en su cuello—. Te pertenezco completamente ahora, Christopher. Mi corazón —coloque su mano sobre mi pecho, para que sintiera su latido—. Y mis recuerdos, son tuyos como el resto de mi.

—Yo tambien te pertenezco, Zabdiel, y voy a demostrartelo cuando volvamos a Miami.

—¿Que haras? —lo miré sospechosamente, secando algo de humedad que aun se aferraba a mi mejilla.

—Ya lo veras. —sonrió picaramente antes de inclinarse y unir nuestros labios —Y otra cosa —dijo separandose y atrayendo al peluche por una oreja—, Zabdiel Junior se va con nosotros.

Capítulo 25

—Estuve pensando. -comentó Christopher mientras empujaba su columpio, dándole más impulso.

Habíamos salido a dar una última vuelta al barrio donde había crecido ya que debíamos volver a Miami esa misma noche. El parque público a pocas cuadras de mi casa había sido mi lugar favorito cuando era pequeño y no pude resistirme de convencer a Christopher para que se subiera a uno de los columpios y me dejara empujarlo. La verdad, el castaño era fácil de persuadir cuando tenía mis labios en contacto con él.

Un dato interesante que usaría bastante en el futuro.

—Eso es algo nuevo. -bromeé-. ¿En qué pensaste?

Una brisa suave revolvió mi cabello y unos niños pequeños corrieron frente a nosotros. Christopher colocó los pies en el suelo, frenando su hamaca. Dando un pequeño impulso con su pie, enredo la cadena de la que se sostenía la tabla y quedo frente a mí.

Miré hacia abajo, directamente a sus ojos.

—En mi adicción. -susurró finalmente-. Hable con Lucía antes sobre las adicciones, me explico muchas cosas que no sabía. ¿Sabías que jamás dejaré de ser un adicto? -pude escuchar el dolor en su voz-. Siempre tendré la necesidad de consumir, me atormentará siempre. Algunas veces más que otras, tendré crisis y recaídas.

—Puedes aprender a controlarlos, golosina, a luchar contra ello. -arrastre mis dedos por su mandíbula, incitándolo a mirarme-. Hablaste de eso con ella, ¿verdad?

Asintió.

—¿Qué te dijo?

—Quiere que asista a las reuniones de autoayuda en el centro de recreación donde es voluntario. — me sonrió suavemente-. Dijo que no podía entrar conmigo pero que podía asistir a sus reuniones, para no sentirme solo.

—Lucía puede comportarse un tanto coqueta a veces pero es un gran amiga, no te dejará solo. — aseguré, acunando su rostro me incliné para darle un rápido beso-. ¿Qué harás?

—Me gustaría intentarlo pero tengo miedo.

—Deberías intentarlo. -alenté-. Tal vez hasta te guste.

—No lo sé, yo...

—Hagamos un trato. -lo interrumpi. Me miró esperando-. Si tu vas a una reunión, una sola aunque despues no quieras ir más, prometo hacer lo que tu quieras por todo un día, sin discutir ni quejarme, ¿que te parece?

—¿Serás mi esclavo? -asentí-. ¿Podre decirte “esclavo”?

—¿Porque querrias...? -rodee los ojos cuando una sonrisita de comemierda aprecio en su rostro-. Puedes decirme como quieras, ¿aceptas?

—Esta bien, es un trato.

Estrechó mi mano con una gran sonrisa y supe que me iba a salir caro pero me preocuparia luego, lo importante era que el chico al menos lo intentara. Christopher miró más allá de mi e hizo una mueca.

—Zorra a las doce. -susurró.

Mirando sobre mi hombro, solté un gemido de dolor al ver a Dafne dirigirse directamente hacia nosotros.

Ya se me hacia extraño que no hubiese aparecido antes, la chica nunca se habia rendido antes y parecia que no iba a cambiar pronto.

—¡Zabdiel! -sacudió su mano hacia mi de manera efusiva, hice un gesto sobre mi hombro antes de volver a Christopher.

—¿Quieres más amor, cariño mío? -se burlo el castaño, la sonrisita volviendo a su lugar.

—Oh amame, tesoro. -extendí mis brazos, aceptando al castaño cuando salto del columpio directo a mis brazos.

—Demosle un show, amor.

—Recuerda que estamos en publico. -susurré-. Me gustaria poder volver a esta plaza en el futuro.

—Uhh, lastima. -rió-. Mis pensamientos pornograficos tendrán que esperar, entonces.

Antes de que pudiera contestar algo, sus labios se pegaron a los míos. Explorando sus labios por unos segundos, empuje mi lengua más allá intentando colarme dentro de su dulce boca. Si esta era la única forma en que podíamos espantar a Dafne la chica tenia mi permiso de aparecer todas las veces que quisiera. Apretando al castaño más cerca, lo alenté a trepar por mi hasta que sus piernas estuvieron

envueltas en mi cintura.

Un toquecito en mi hombro logró que soltara un gruñido sobre los labios de Christopher. El castaño se alejó riendo, mirando a mi espalda antes de volver a mi. Ni siquiera tenía que decirlo, sabía que Dafne no se había espantado esta vez. Lastima.

—Zabdiel, me dijo tu mamá que has estado ocupado por lo que es una suerte que te encuentre aquí. — me giré con Christopher aun en brazos y miré ceñudo a la sonriente joven-. He querido hablar contigo desde que llegaste.

—¿Y de que querias hablar con él? -preguntó el castaño mientras me hacia un gesto para que lo dejará sobre sus pies nuevamente.

Dafne miró a Christopher con una expresión de fastidio antes de que volviera a mirarme, una sonrisa tirando de sus labios embarrados en labial rosa.

—Harán una fiesta de despedida para mi hermanito, por su ingreso a la universidad y me encantaria que estuvieras allí. -se acerco un paso, moviendo sus pestañas de forma extraña-. Como mi acompañante, por supuesto.

—Dafne, yo no...

—¿Podrias ir a comprarme un helado, amor? -Christopher pregunto, remarcando la ultima palabra.

—Yo... -lo miré con extrañeza pero él solo sonrió-. Esta bien, vuelvo en un momento.

Dejando un rapido beso en sus labios, pase a su lado para llegar al carrito de helados. No estaba seguro de dejarlos solos, mi niño aun estaba demasiado debil por la crisis y no quería separarme de él. Pero sabia que si intentaba protegerlo demasiado terminaria siendo pateado en el trasero. Mirando sobre mi hombro, vi que Christopher estaba platicando animadamente con Dafne. O mejor dicho, Christopher sonreia mientras Dafne fingia ignorarlo.

Llegando al carrito, esperé en la fila unos minutos hasta que me atendieron. Comprando rapidamente el helado de Christopher, me voltee para volver con ellos en el momento justo para ver a Dafne saliendo del parque con fuertes pasos. Su rostro estaba rojo y parecia lanzar dagas con la mirada hacia todos lo que se cruzaban en su camino.

Miré a Christopher con curiosidad mientras se acercaba a mi.

—¿Que le dijiste?

Tomando el helado, el castaño se lo llevo a la boca antes de encogerse de hombros.

—¿Chris?

El chico rio entre dientes, volteandose y caminando hacia la salida del parque.

—Oh, vamos, bebé, tienes que decirmelo. -pedi-. He estado intentando librarme de ella por años,
¿como hiciste que se fuera tan rapido?

Christopher me miró sobre su hombro y sonrió-. Puede ser que le haya dicho que estamos... casados.

—Tal vez, fue eso lo que dije. -se encogio de hombros antes de seguir caminando.

Corrí tras él, tomandolo en brazos y arrancando una risita de él. Besé brevemente sus labios, sintiendo el sabor del chocolate adherido a su boca.

—¿Le dijiste que estamos casados?

Christopher rió antes de asentir.

—Mi niño inteligente. -lo felicite riendo-. ¿O sea que ahora eres el Señor de Jesús?

—Y tu el Señor de Vélez -me guiño un ojo antes de sonreir malvadamente-. Si la zorra esa se te acerca de nuevo, le arrancaré los ojos con el palito de mi helado.

Reí entre dientes-. ¿Celoso, corazón?

—Nadie toca a mi marido, amor mío. -se jactó.

Al parecer estaba casado. ¡Felicitenme! Me lleve el primer premio con mi niño.

Capítulo 26

El viaje de regreso a Miami fue casi igual al de ida, la única diferencia es que tuve a Lucia masticando las famosas galletas de chocolate de mi madre, en mi oreja, las tres horas completas que tardamos en llegar. En serio, ¿la mujer acaso disfrutaba de torturarme? Todos sabíamos que Lucia nunca se resistía a nada que mi madre cocinara, el porque la mujer le dio tantas malditas galletas para que se entretuviera en el camino era un misterio para mí.

—Bajate antes de que te baje. —gruñí cuando estacione frente a la casa de la castaña.

—¿Sabes? —se tambaleó fuera, aferrándose con una mano a su abdomen—. Creo que no fue buena idea comer tantas galletas, no me siento bien.

—Maldición, Lu. —susurré, abriendo mi puerta y atrapándolo antes de que cayera de boca sobre la vereda—. Debes ser la primera mujer de veintidos años que se intoxica comiendo galletas de chocolate, ¿acaso no sabes cuando detenerte?

—Creo que esta un poco verde. —comentó Christopher mientras corría alrededor del capó y miraba a Lucia la cara—. En serio, Zabdiel, no se ve muy bien.

Atrapando a Lucia nuevamente, deje que se inclinara sobre los arbustos mientras devolvía la mayor parte de las galletas sobre el follaje verde. Dios, le hubiese perdonado una resaca pero, ¿galletas? ¿en serio? ¿En que mundo vivíamos donde los jóvenes terminaban soltando sus galletas en las veredas? Las cosas estaban realmente mal si a eso nos dirigíamos.

—Creo que sería una buena idea llevarte al hospital.

—No. —negó, sacudiendo la cabeza—. Estoy bien, solo necesito...

Ni siquiera logró terminar la frase antes de una nueva ronda de náuseas lo atacara. Esto es lo que sucede cuando colocas más comida de la que tu estómago puede contener, el pobre se desborda y terminas desechando tu cena en un maldito arbusto.

—¿Que rayos sucede? —un chico pelinegro salió corriendo de la casa vecina, mirando hacia nosotros con los ojos llenos de alarma—. ¿Lu? ¿Que te paso?

—Hey, Erick, ¿como...? —sep, la coquetea de Lucia se estaba yendo junto a las galletas.

Miré al pelinegro que se había acercado hasta nosotros y extendía una mano sobre la cabeza de la castaña, como si no se decidiera a tocarlo o no. Parecía

joven, calcule que debía tener más o menos la edad de Lucía, siempre lo había imaginado como un puberto hormonal pero al parecer me había equivocado. Las pocas luces de la calle no me dejaban ver mucho pero sus rasgos parecían ser bastante suaves, todo lo contrario a lo que Lucía buscaba normalmente.

Concentrandome nuevamente en mi amigo, sostuve su peso hasta que su estomago se vació totalmente. Lu tenía las piernas algo débiles por lo que supuse que no podría caminar hasta su casa, por lo general se te borrona la visión por lo que de todas maneras no llegaría.

—¿Terminaste? —pregunté en un susurro, quitando el cabello del rostro de la castaña. Lucía asintió y la tomé en brazos, pasandoselo rápidamente a Erick—. Debo ir por sus maletas. —contesté cuando el pelinegro me miró sorprendido—. ¿Podrías llevarla dentro?

Rebuscando las llaves en el bolsillo de la castaña, se las pase a Christopher quien tenía una pequeña sonrisita tirando de sus labios.

—Abrele la puerta, amor, y luego vuelve para ayudarme con las maletas. —pedí.

—Esta bien.

Christopher corrió hacia la puerta y rápidamente la abrió, cuando volvió a mi lado Erick aun me estaba mirando confundido. Con un gesto de mano, le hice una seña para que fuera hacia la casa y el pelinegro pareció reaccionar, haciendo lo que le pedí. Una vez que su silueta desapareció por el umbral, me giré hacia mi castaña que me miraba con una sonrisa conocedora en el rostro.

—Eres malo, De Jesús. —rió.

—Hey, Lu me pidió ayuda, solo estoy dándole una manito.

—Lo que sea —sacudió la cabeza, divertido—. Supongo, por lo que acaba de suceder, que ese es el mismo Erick por el que ha estado lloriqueando toda la semana, ¿verdad?

—Sí, el mismo. —caminé hasta el auto—. Dejaremos sus maletas y nos iremos, que Erick juegue a ser enfermero esta noche, eso les dará tiempo suficiente para hablar.

—¿Crees que arreglen lo que tienen? —le pasé la maleta más pequeña.

—No sé —me encogí de hombros—. Eso espero.

Tomando el resto de las maletas, me dirigí hacia la casa y las deje junto a la puerta. Christopher entro detrás de mi y comenzó a dirigirse hacia la sala, donde se escuchaban voces ahogadas. Tomándolo de la cintura, lo jalé hacia mi cuerpo y le hice un gesto para que estuviese en silencio.

—...no debías ver eso —la voz de Lucía titubeó—. Eso ni siquiera tendría que haber sucedido, Matt y yo ya no tenemos nada, es solo que...

—¿Estas confundida? —Erick lo interrumpe—. ¿Aun lo quieres?

—No, yo no... —la chica parecía realmente confundida—. Nosotros ya no estamos juntos, no más, no quiero nada con él. Me tomo por sorpresa, solo eso, jamás lo hubiese dejado si él...

Dios, la niña estaba teniendo problemas con sus palabras. Quitando la maleta de la mano de Christopher, la deje en el suelo y le hice una seña hacia la puerta.

—Lu, nos vamos —grité—. Llamamé si necesitas algo.

Antes de que la castaña pudiese contestar, tomé a Christopher de la mano y salí corriendo hacia mi auto. La risa cantarina del castaño siguió hasta después de subirnos al auto. Encendiendo el motor, nos aleje de la casa de Lucía lo más rápido que pude. Sabía que la castaña estaría bien, sino lo estaba me llamaría y vendría por ella, siempre era igual.

La casa de los Vélez estaba completamente oscura cuando estacione frente a la misma. Christopher miró uno segundos por el parabrisas antes de desabrochar su cinturón y deslizarse hacia mi regazo. Sonriendo hacia él, acerque mi rostro al suyo para poder besarlo en el momento justo que la puerta principal se abrió.

Francis y Adam estaban en la puerta, pareciendo padres enojados mientras miraban hacia el auto.

—¿Que rayos haces, Francis? —pregunté cuando el mismo se acercó a mi ventana.

—Cuido la virtud de este adolescente, realmente esperaba más de ti, De Jesús, me decepcionas —lloriqueo antes de abrir la puerta y jalar a Christopher de mi regazo, sacándolo del auto—. Eres un perverso, Zabdiel, te creí mi amigo, mi hermano, mi madre —rodeé los ojos, intentando no darme la cabeza contra el volante cuando jaló a un desorientado Christopher a sus brazos—. Vete de aquí y no mires atrás, jamás tendrás la cereza del niño.

—¿En serio, Francis? —pregunté—. ¿Tienes que hacer este show ahora? ¿Luego de que maneje por tres horas seguidas, es necesario?

—Oh, mira como me esta hablando el muy vandalo —Christopher intentó apartarse pero el rubio no lo dejó ir, apretándolo más cerca—. Eres un salvaje, De Jesús, queriendo quitarle la inocencia a mi niño, al fruto de mis entrañas, a mí...

—Francis. —advertí.

—¿Lo manoseaste, De Jesús? —separó a Christopher de su cuerpo, mirándolo de arriba abajo antes de volver a apretarlo contra sí—. Pobre criaturita, jamás debí dejarlos irse.

—Eres un maldito idiota. —reí.

—Lo siento, Zabdiel —rio mientras soltaba a Christopher —. Hace una semana que no te fastidio, solo estoy recuperando el tiempo perdido.

Rodando los ojos, tome la mano de Christopher y lo jale hacia mi, abrazandolo. Adam se acerco a nosotros, dandole una mirada divertida a Francis antes de mirarnos.

—Ya se me hacia raro que quisiera quedarse despues de su horario. —bromeo —. ¿Como estuvo su viaje?

—Fue divertido —saltó Christopher —. Conocí a la madre de Zabdiel, es muy simpatica y dijo que podia llamarla mamá. Su padre tambien es divertido aun pasa con la cabeza metida en su camioneta, creo que esa cosa no anduvo un solo día de su vida. Y espante a la acosadora de Zabdiel, era fea de todas maneras.

—Wow —Adam sonrió—. Eso se oye realmente interesante.

—Uh... —Christopher dio un paso atrás, hasta que choco con mi pecho, como si recién se hubiese dado cuenta de su arrebato.

—No lo hagas, Chris. —susurró Adam—. No vuelvas a cerrarte, me gusta verte feliz.

—¿Porque no le cuentas a tu tio lo bien que la pasamos esta semana, ojos bonitos? —susurré en su oído—. A él le hará bien escucharte, a ambos les hará bien.

—Creo... —asintió—. Creo que puedo hacer eso.

—Vendré en la mañana, ¿si?

Volviendo a asentir, lo ayude a sacar las maletas de mi auto y se las pase a Adam, quien le hizo un gesto a Christopher hacia la casa.

—¿Te llevo, Francis? —pregunté.

Me quede de piedra cuando Francis salto sobre sus pies, gritando un “si” agudo, antes de girarse sobre si mismo plantando un beso en la mejilla de Adam antes de correr hacia el auto. Eso habia sido raro.

—Raro. —caturreo Christopher mi lado, mirando la escena con los ojos como plato. La poca iluminación no me dejaba ver mucho pero pude haber jurado que las mejillas de Adam se colorearon antes de que se volteara y caminara hacia la casa, arrastrando las maletas detrás de él.

—Creo que algo sucedio cuando no estabamos.

Christopher asintió un segundo antes de voltearse y mirarme—. ¿Podrias venir mañana temprano a recogerme?

—Seguro —asentí—. ¿A donde iremos?

—A buscar el regalo que te prometí. —sonrió picaramente antes de ponerse en punta de pie y besarme.

—¡Ya estamos de vuelta, deja de intentar quitarle la inocencia a la cria de mis entrañas, De Jesús! —gritó Francis desde el auto.

—Voy a arrojarlo del auto en movimiento, lo juro. —susurré rompiendo el beso.

—No lo mates, parece que se lleva bien con mi tío —rió.

—Bien, pero mañana su café tendrá sal. —asegué, dándole un último beso antes de que se separara y corriera hacia la casa.

Observé su delgada figura desaparecer dentro de la casa antes de voltearme para subir al auto.

—Hasta que por fin —se quejó Francis—. Me has dejado abandonado durante una semana, Zabdiel, espero una indemnización...

Oh dios, iba a ser una noche larga.

Capítulo 27

Arrojando una manzana hacia arriba, la atrape en el aire y observé a Francis a través de la cocina. El rubio estaba ya vestido con su feo uniforme de chofer, sentado frente a la mesa con su taza de Mafalda rellena de café mientras leía el diario. Se había zambullido dentro de su habitación en cuanto llegamos al departamento y mencionó su “pequeño momento de locura”, como él decidió llamarlo, con el Señor Adam.

Esta mañana ni siquiera me había dado los buenos días, como si esperara que me olvidara de su existencia.

Por desgracia para él, tenía una excelente memoria. Dándole una mordida a mi manzana, me deje caer en la silla frente al rubio y lo miré.

—Y dime, Francis —intenté sonar casual—. Entre tu y el señor Adam, ¿qué sucede?

El rubio bajo el diario unos centímetros, mirándose sobre el borde con sus oscuros ojos antes de volverlo a colocar tapando su rostro. No dijo una palabra, ni siquiera hizo un sonido que me diera la seguridad de que me había escuchado.

—¿Francis? —llamé suavemente.

—¿Que se te ofrece, Zabdiel? —su voz sonó chillona y nerviosa, reí entre dientes.

—¿Contestarias, por favor, lo que te pregunte?

Volvió a bajar el diario, solo lo suficiente para que viera sus ojos—. ¿Que preguntaste?

—¿Entre tu y el señor Adam...?

—Hay una relación de empleado y jefe como cualquier otra, no hagas preguntas estupidas. No te metas en mi vida. ¡Jamás dije que nos besamos! ¿De qué rayos estás hablando, De Jesús? Debes dejar el maldito café, está afectando tu pequeño cerebro. Alucinas, realmente, no puedo creer que hayas dicho que sucedió algo entre nosotros. Realmente me ofendiste, Zabdiel, no puedo creer que no pueda tener paz en mi propia casa. ¡Me sigues pidiéndome que te cuente lo que sucedió! Jamás te lo diré, nunca. —volvió a colocar el diario en su rostro cuando elevó una ceja.

—¿O sea que tu y Adam...?

—Nada, no sucedió nada.

—¿Seguro? —sonreí—. Estoy casi seguro de que mencionaste un beso.

—No, jamás dije esa palabra —arranqué el diario de sus manos—. ¡No hagas eso, devuélveme mi diario!

—No, primero dime lo que sucedió —pedí—. ¿Tu no eras hetero, Francis? ¿Qué rayos sucedió?

—Yo jamás dije ser hetero, tu asumiste que lo era.

Fruncí el ceño, mirándolo con total confusión. Francis había traído varias citas al departamento en los años que lo conocía y todas habían sido mujeres, por lo que supuse que era hetero pero ahora que lo pensaba, jamás le había preguntado a Francis si lo era. ¿Dios, había vivido todo este tiempo con un gay reprimido?

Abrí la boca para preguntarle por ello cuando mi celular comenzó a sonar dentro de mis jeans, le hice una seña con el dedo para que esperara.

—Zabdiel De Jesús. —contesté al no reconocer el número.

Francis se puso de pie e intentó ir hacia la puerta pero lo retuve de una mano, jalándolo hasta que ambos caímos al suelo. Tenía toda la intención de averiguar que se traía antes de que saliéramos hacia la casa de los Vélez.

—Señor De Jesús, habla el profesor Patrick Mason —me congelé al escuchar el nombre, cosa que Francis aprovecho para hacerme a un lado y ponerse de pie—. Lo estoy llamando por su petición para ser mi aprendiz.

Patrick Mason era uno de los mejores profesores de Literatura Inglesa que había nacido, el hombre era como una maldita fuente de conocimiento y todos los años tomaba un aprendiz para que pudiera aprender, tanto en su clase como sus métodos de enseñanza. Era algo realmente increíble ser elegido para ser su ayudante por un año pero también era consciente de que el hombre buscaba a los mejores estudiantes, ya que no le gustaba perder el tiempo. El que me estuviese llamando era shockeante.

—He llamado a su Universidad y hable con varios de sus profesores, señor De Jesús, y debo decirle que estoy realmente sorprendido. Todos ellos hablaron muy bien de usted y están dispuestos a hacer cartas de recomendación —siguió—. Se graduó como el mejor de su clase y parece tener una verdadera pasión por la literatura. Todas esas cosas lo harían un aprendiz perfecto pero hay un pequeño problema.

—¿C-cual? —tartamudeé.

Francis se detuvo en el umbral de la puerta y me miró con atención.

—Usted vive en Miami. —afirmo—. ¿Estoy equivocado?

—No, no está equivocado —negué—. Esto viviendo en Miami en este momento.

—Ese es el problema, señor De Jesús—apuntó—. Para ser mi aprendiz debería mudarse a New York por un año completo.

—¿Que...? —me atoré—. Pero usted estaba dando clases aquí.

—Me trasladé este año —suspiró—. Sé que es un cambio drástico y por ello he estado pensando en su petición por mucho tiempo pero créame cuando le digo que estoy realmente impresionado con sus recomendaciones y me encantaría tenerlo como mi aprendiz.

—Yo... yo... —tragué—. No sé si pueda trasladarme.

Se escuchó un sonido de interferencia antes de que volviera a hablar—. Hagamos esto, señor De Jesús. Tiene tres semanas para decidirlo a partir de hoy,

voy a lamentarlo pero si usted no llega para la fecha limite el lugar será ocupado por otro estudiante.

—No sé si pueda...

—Pienselo —me interrumpio—. Lo llamare en un par de semanas para ver que decido. Aunque espero que decida venir, estaré de acuerdo con cualquier decisión que tome.

Despidiendose rapidamente, la llamada se cortó y me quede mirando la pared blanca como un idiota.

Esto no podia estar sucediendome ahora, habia esperado tanto tiempo por esa llamada pero ahora no estaba ni la decima parte de contento que se suponía que estaria. No podía moverme a New York, mi vida estaba aquí. Christopher estaba aquí. Pero era una oportunidad unica y solo sería un año.

Soltando el telefono, me pasé las manos por el rostro intentando llegar a alguna respuesta.

—¿Que sucede? —Francis musito desde la puerta.

—¿Recuerdas la beca para ser aprendiz del profesor Mason?

—Si, claro, estuviste emocionado por semanas luego de que enviaste la solicitud. —rió entre dientes, esta vez no lo pude acompañar.

—Acaba de llamarme, me acepto. —susurré.

—Eso es genial, Zabdiel —saltó frente a mi—. ¿Porque rayos no estas contento? Eso es lo que querias.

—Debo mudarme a New York por un año, Francis —lo miré—. No puedo hacerlo, no puedo dejar a Christopher, él me necesita.

Francis me miró por unos minutos, mordiendose el labio, pensativo—. ¿Y que hay de lo que tu necesitas, Zabdiel? Has esperado esta oportunidad por años, ¿vas a dejarla ir así como así?

—No voy a dejar a Christopher —aseguré—. Él es lo que necesito ahora, ser aprendiz... eso ya no importa.

Levantandome del suelo, tome mi celular y me dirigí a la puerta.

—No dejes pasar esta oportunidad como si no importara —Francis me siguió—. Piensalo, Zabdiel, no tomes una decisión apresurada.

Asintiendo a medias, baje rapidamente las escaleras escuchando a Francis cerrar la puerta detrás nuestro. Ambos llegamos al auto al mismo tiempo, el rubio se metio en el asiento del acompañante de un salto logrando que mi pobre auto se meciera sobre sus ruedas. El idiota iba a terminar rompiendolo.

—¿Asi que tu y Adam se besaron? —pregunté, encendiendo el auto y sacandolo del estacionamiento.

—Conduce y manten la boca cerrada. —gruño.

Por primera vez, en todos los años que llevaba de conocerlo, Francis no hablo en todo el camino. Su mirada estaba enfocada en la ventana y la verdad no tenia ganas de seguir fastidiandolo. Lo de New York aun estaba picando en la parte

traseira de mi mente y sabia que no ser iria pronto.

Entrando por el camino de entrada de los Vélez, visualice rapidamente la forma delgada de Christopher apresurandose hacia el auto. Abriendo la puerta rapidamente, lo atrape entre mis brazos dandole un ligero apretón. Besando su cabello, respiré el suave perfume de su loción. No, no necesitaba más que esto. Christopher me necesitaba aqui, debia quedarme con él aun si eso me costaba mis sueños.

Capítulo 28

—¿Que haremos hoy? —besé la nariz de Christopher antes de separarme.

—Hoy no tenemos una de tus aburridas clases, ¿verdad? —preguntó esperanzado—. No sé porque mi tío te puso a darme clases de literatura, no las necesito.

—Eres horrible en la literatura, ojos bonitos. —reí antes de sacudir la cabeza—. Pero no, hoy no voy a darte clases.

Había estado dándole clases a Christopher desde que el señor Adam me había re-empleado para eso, aunque por lo general el niño siempre encontraba la manera de distraerme para que terminara la lección antes de tiempo. En el poco más de mes y medio de clases, no había podido dar una clase completa sin que a Christopher se le ocurriera ir al baño por dos horas -cuando en verdad estaba comiendo dulces en la cocina— o se durmiera sentado. Era un tanto frustrante pero no iba a ganar un sueldo por nada, intentaría enseñarle aunque no quisiese aprender.

—Esta bien —sonrió—. Entonces, iremos a ver a un amigo mío y luego volveremos para que pueda seguir con mi cuadro, ¿que te parece?

—Me parece bien —lo besé suavemente—. ¿Que tan lejos queda la casa de tu amigo?

—No mucho, cerca de la uni.

—¿Y que haremos en su casa, si se puede saber?

—Se puede —sonrió, separándose para ocupar el asiento del acompañante que Francis había dejado libre hacia unos minutos—. Iremos a buscar tu regalo.

—¿Porque tu amigo tiene mi regalo?
Christopher rió entre dientes—. Ya lo verás, ahora vamonos.

—Mandón. —susurré mientras me acomodaba tras el volante y volvía a encender el auto.

Repiqueando sus dedos sobre el tablero, el castaño me miró de reojo con una sonrisa antes de volver la vista a la carretera. Hizo lo mismo un par de veces hasta que finalmente se volteó a mirarme.

—¿Sabias que Francis y mi tío se besaron? —soltó.

—Francis dijo algo. —asenti.

—Mi tío me lo contó anoche —rió—. Me dijo que fue la única manera de callarlo cuando Francis comenzó a quejarse sobre tener que tomar el autobus porque tu no estabas.

—¿Funciono?

Se encogió de hombros—. Supongo que si. —sonrió antes de hacer una mueca—. No he visto a mi tío con alguien en mucho tiempo, espero que eso funcione me dolería que él sufriera luego de lo que sucedió con su ultimo novio.

—¿Que sucedió? —no debía preguntar, en serio que no debía pero siempre había sido un chismoso. No me juzguen.

—El tipo era un imbecil. —miró por el parabrisas un segundo antes de volver a mirarme—. Cuando supo que mi tío se había hecho cargo de mí, salió corriendo con la excusa de que no tenía intenciones de criar niños.

Fruncí el ceño, mirándolo brevemente—. ¿Que edad tenías?

—Diez. —respondió—. Hace ocho años que Adam no sale con nadie o al menos, nada formal. Siento que tengo la culpa por ello, si él no se hubiese hecho cargo de mí tal vez tendría una relación estable y sería feliz.

—¿Quien dice que él no es feliz? —pregunté—. Yo creo que tu haces feliz a tu tío, claro, cuando no estas todo mañoso y lanzando veneno en todas direcciones.

—¿En serio lo crees?

Asentí—. Tu tío te ama y estoy seguro de que no se arrepiente de haber sacrificado algunas cosas para criarte. Además, aun es un tipo atractivo, ¿cuantos años tiene? ¿Treinta y cinco?

—Tiene treinta y ocho. —sonrió—. ¿Crees que mi tío es atractivo?

—Si, lo es. —acepte, antes de darle un guiño—. Pero a mí me gustas más tú.

—Es bueno saberlo —rió antes de hacer un gesto hacia la calle—. Dobla en la siguiente, es la tercer casa a la izquierda.

Un chico de cabello pelirrojo salió por la puerta en el momento exacto en que estacionaba el auto frente a la casa. Una sonrisa amigable se estableció en su rostro cuando Christopher salió del auto y corrió hacia él. El chico atrapó a Christopher entre sus coloridos brazos totalmente tatuados antes de dar un paso atrás y desordenar el cabello del castaño en un gesto amistoso.

—¿Que rayos te hiciste en la cabeza? —rió.

—¿No te gusta? —Christopher se vio herido por un segundo antes de que el chico sacudiera la cabeza.

—Se ve bien en ti. —aseguró en el momento en que me acerque a ellos—. Tu debes ser Zabdiel —dijo, extendiendo la mano hacia mí—. Soy Richard Camacho, Chris me ha hablado mucho de ti.

—Cosas buenas, espero. —miré a mi niño, sonriendo al ver sus mejillas sonrosadas.

—Te lo aseguro. —Richard hizo un gesto sobre su hombro, hacia la casa—. Vamos dentro —miró a Christopher—. No debo demorar más de media hora en hacer tu...

—Esta bien. —lo interrumpio el castaño—. Vamos a por ello.

Miré con curiosidad a Christopher pero el chico no me dio ni siquiera una pista cuando tomó mi mano y se volteó, siguiendo a Richard hacia otra puerta distinta de la que había utilizado para salir. En cuanto di un paso dentro de la pequeña habitación, me di cuenta de las intenciones de Christopher. Las paredes estaban cubiertas de bocetos de tatuajes, una silla negra acolchonada se acomodaba en el centro de la habitación y una pequeña mesita, a su lado, contenía los artillugios necesarios para crear un tatuaje.

—¿Un tatuaje? —susurré en su oído mientras Richard cruzaba la habitación, tomando un par de guantes de latex de un cajón.

—Es una sorpresa, no puedes mirarlo hasta que este terminado —me miró.

Asentí en comprensión antes de mirar la maquina sobre la mesa—. ¿Estas seguro de querer hacer esto, bebé? No creo que sea una buena idea.

—Por eso te traje a ti. —sonrió—. Tu me mantienes en la realidad, la aguja no me afectara si te tengo a mi lado.

No estaba muy seguro de ello pero de todas maneras ayude al castaño a subir a la silla y arrastre un banco cerca, estableciendome a su lado. Richard se acercó y preparo sus herramientas rapidamente antes de mirar al castaño.

—¿Trajiste el boceto? —Christopher asintió, rebuscando en el bolsillo de su jean y pasandole una hoja perfectamente doblada. Ed la miro por un segundo antes de asentir y volver al moreno—. ¿Donde lo quieres?

—En la muñeca. —respondió, poniendo la mano derecha sobre el apoya brazo dandole acceso total al pelirrojo—. Así podre verlo siempre.

Richard asintió mirando la muñeca antes de centrar sus ojos en el rostro de Christopher —¿Estarás bien?

—Si, lo estaré. —aseguró.

Dudando por un momento, asintió—Bien, entonces comencemos.

Limpiando rapidamente el area a tatuar, el pelirrojo comenzo a trabajar sobre la piel del castaño. Christopher hizo una mueca ante el primer pichazo y como una idea repentina decidí averiguar de donde se conocian.

Sabia que Christopher no tenia amigos en la universidad y me lo confirmo cuando me contó que se habian conocido cuando el castaño se realizó su primer tatuaje. Habian sido amigos desde hacia varios años ya y el pelirrojo estaba al tanto de la adiccion de mi niño, al parecer intento ayudarlo pero Christopher se habia negado a escucharlo. No me parecia raro, pequeño testarudo.

El agarre de Christopher se apreto sobre mi mano mientras me contaba como le habia arrojado un vaso de cerveza en la cabeza a Ed cuando el mismo quiso sacarlo de un club de strippers. Mi mano voló sobre su rostro, quitando el cabello adherido a su piel gracias al sudor. Mi bebé estaba sufriendo pero era demasiado testarudo para dar marcha atrás. La aguja penetrando su piel deberia ser suficiente para traer su adiccion a la mesa nuevamente, no me gustaba eso.

—Casi terminamos, Chris, un poco más. —pidio Richard suavemente, concentrandose en lo que hacia. Unos minutos despues, levanto la maquina y miró a Christopher —. Ya esta, campeón.

—No me digas así, no soy un niño pequeño.

—Si, lo eres. —rió—. Eres el pequeño hermano que nunca tuve.

Tomando algunas gasas cercanas, el pelirrojo vendo rapidamente la muñeca luego de pasar un poco de aceite sobre el dibujo y le sonrió a Christopher. No tardamos mucho en salir de allí ya que cuando Christopher quiso pagarle por el

trabajo, Richard se negó a aceptar el dinero asegurándole que era un regalo adelantado de cumpleaños, mi castaño siguió insistiendo hasta que el pelirrojo me pidió por favor que me lo llevara. La risa de Richard nos siguió todo el camino al auto cuando arrojé a Christopher sobre mi hombro y salí de la habitación.

El viaje de vuelta fue bastante silencioso, mi mente vagaba entre New York y la curiosidad por saber que era lo que Christopher se había tatuado. El niño había dicho que era algo para mí pero no podía pensar en que era exactamente. Tenía demasiada curiosidad.

—¿Cuándo me lo enseñaras? —pregunté cuando entrábamos por la puerta de la casa de los Vélez.

—Pronto. —aseguró dirigiéndose directamente a las escaleras—. Ahora, vamos a mi estudio, estoy ansioso por seguir mi pintura.

Siguiéndolo por el pasillo, lo escuché tarsear feliz alguna vieja canción de rock y no pude resistir envolverlo con mis brazos por la espalda. ¿Como podría vivir sin esto por un año? Simplemente no podría, mi bebé era todo para mí y no había una jodida manera en que lo dejara solo cuando más me necesitaba.

Mientras Christopher abría la puerta del estudio, me hice una nota mental de llamar al profesor Mason para rechazar su oferta, alguien más debía aprovechar la oportunidad.

El estudio estaba exactamente igual que la última vez que lo había pisado. El sofá azul tenía más almohadones que la última vez pero por lo demás estaba igual. Christopher se dirigió directamente hacia el caballete y tiró de la sabana que lo cubría antes de hacerme un gesto para que me sentara frente a él.

Dejándome caer en el sofá, me acomodé lo mejor que pude y miré al castaño. Me gustaba poder hacer eso, simplemente mirarlo era refrescante.

Las horas pasaron bastante rápido. Nani subió un par de veces con aperitivos que comíamos en los descansos que Christopher se tomaba mientras hablabamos de cosas triviales. El sol fue descendiendo lentamente por el horizonte, quitándole la luz solar a Chris lo que debió encender las luces eléctricas, las cuales estaban por todo el lugar.

—No me gusta pintar con estas luces —se quejó, dejando las herramientas que estaba utilizando a un lado—. Creo que terminamos por hoy.

—No quiero moverme —estaba demasiado cómodo, dándole una mirada al castaño, le sonreí—. Ven aquí, bebé.

Poniéndose de pie, estiró sus delgados músculos unos segundos antes de acercarse con pequeños pasos hasta mí. Tomándolo de la mano con cuidado de no apretar la gasa, lo obligué a caer sobre mi cuerpo. Christopher rio suavemente mientras se acomodaba sobre mí.

—¿Ya me tienes donde me querías? —bromeo.

Lo moví un poco más al centro, enredando mis brazos a su alrededor—. Sip, ahora sí.

—Eres un tonto. —rió.

Acariciando suavemente su espalda, lleve mi mano a su nuca y lo jale hasta que nuestras bocas se tocaron. El beso fue suave y anhelante, insistiendo con mí

lengua lo convencí de abrir los labios antes de colarme dentro.

—¿Acaso te dije hoy cuanto te amo? —susurré, rompiendo el beso. Chris nego con una sonrisa—. Te amo muchísimo, bebé.

—Yo también te amo.

—¿Tanto como para enseñarme tu tatuaje?

Riendo entre dientes, el castaño alcanzo la gasa y la jalo suavemente permitiendome ver el dibujo debajo. Una pequeña jaula se acomodaba sobre su delicada muñeca con dos pajaros saliendo de su puerta abierta, debajo con una bonita letra cursiva se encontraba mi nombre. Miré a Christopher, sintiendo mis ojos llenarse de lagrimas.

—Tu me sacaste de mi jaula, Zabdi. —susurró—. Me liberaste de ella mostrandome que la puerta siempre estuvo abierta. —se acerco, besando suavemente mi nariz, un gesto que acostumbraba hacer yo—. Te amo, Zabdiel, gracias por mostrarme como es ser libre. Como ser valiente.

Capítulo 29

Pasando mi mano a través de la sedosas hebras de cabello, observe con fascinación como los finos hilos oscuros se resbalan de mis dedos como si se tratara del más suave de los materiales. Prolongando la caricia, seguí el camino de su cabello hasta encontrarme con su cuello y subir nuevamente a su mandíbula.

La sensación era espinosa bajo la yema de mis dedos gracias a la descuidada sombra de barba que comenzaba a crecer por sus mejillas.

Mis visión aun era vidriosa por culpa de las lagrimas contenidas pero sus rasgos finamente cincelados y sonrisa luminosa traspaso la tela borrosa frente a mis ojos. ¿Alguna vez tuviste la necesidad inexplicable de dar absolutamente todo por alguien? Esa sensación dolorosa en el pecho que te oprime y esa voz en tu cabeza que te grita que nunca serás suficiente, nunca serás lo que esa persona necesita y todo lo que quieres es entregar hasta la última de tus pertenencias con tal de verla sonreír.

No sabía que se podía querer tanto a alguien. Solía pasar horas pensando cuan absurdos eran esos versos sobre el amor eterno. No creía que podría experimentar alguna vez el sentimiento profundo donde una persona se convierte en tu universo y sientes que si no esta a tu lado te ahogas.

Los labios de Christopher descendieron sobre los míos, fue un toque ligero como una pluma y demasiado suave, separandose rápidamente. El castaño soltó una risita infantil cuando puse mala cara antes de fruncir mis labios hacia él, pidiendo otro beso. Esta vez sus labios permanecieron más tiempo en contacto, sus manos estaban abiertas sobre mi pecho sosteniendo su peso mientras saboreaba el tenue gusto de las naranjas, del zumo que habia bebido, en su boca.

Mis manos se deslizaron por sus costados hasta su cadera dandole un suave apretón antes de moverme más abajo lentamente, dandole la oportunidad al castaño de detenerme si queria, cosa que no hizo.

Atrapando su pequeño culo entre mis dedos, aprete suavemente recibiendo un ahogado gemido que vibro sobre mis labios. Quebrando el beso, besé suavemente su mandíbula, succionando fuertemente la suave piel de cuello cuando llegué allí. Jamás habia sido posesivo con ningun amante pero ahora más que nunca sentía la necesidad de marcar a Christopher de alguna manera, quería que todos supieran que habia sido mio, que siempre lo sería.

¿De donde rayos venia ese sentimiento? No tenia ni idea.

Tomando los bordes de su camiseta, le di un ligero tirón sintiendo el sonido de las costuras rompiendose. Christopher enredo sus dedos en mi cabello y tiró, logrando que dejara de torturar su cuello para mirarlo. Sus ojos estaban oscuros y vidriosos, inundados de lujuria pura.

—No rompas mi camiseta—rio quitando mis manos del material antes de arrancarlo sobre su cabeza—. Si quieres que me saque algo, dimelo.

—¿Que dices de esos pantalones y la ropa interior? ¿Te los puedes quitar? —bromeo.

Inclinandose más cerca, coloco su boca en mi oído—. ¿Quien dijo que llevo ropa interior?

Oh mierda.

Soltando un ligero sonido de necesidad, intenté alcanzar los jeans de Chris pero el castaño palmeo mis manos mirandome con una sonrisa traviesa—. Creo que estoy un poco en desventaja aquí.—bromeo—. ¿Que tal si mejor lo emparejamos un poco?

Antes de que pudiera responder, tomó el frente de mi camiseta y jaló la tela, logrando que los botones estallaran y saltaran en diferentes direcciones.

—Hey—me queje.

—Era fea de todos modos. —se excuso.

Atrapandolo de la cintura, rodeé sobre el sofá colocando mi cuerpo sobre el suyo. Siseé cuando sentí nuestros pechos tocandose, su piel era suave y calida sin rastro de imperfecciones. Besando los tatuajes esparcidos por su pecho y abdomen atrape uno de sus pezones en mi boca y tiré de él suavemente ganandome una maldicion por parte del moreno. No sé por cuanto tiempo lo torturé con besos y mordidas pero para cuando me detuve sus pezones parecian dos duros brotes y Christopher jadeaba debajo de mi.

Los pantalones no tardaron mucho en desaparecer logrando que nuestros miembros totalmente alerta se rozaran sin cesar. Mi mano se movio, acariciando la suave piel de su torso mientras saqueaba su boca sin compasión. Mis dedos se envolvieron alrededor de su duro mástil, la suave piel de seda se deslizo con facilidad por mi mano. Comenzando un lento masaje, pasé mi palma por la cabeza de la ereccion del castaño humedeciendo mi mano con las gotas de pre-semen que se filtraban para usarlas como lubricación.

La respiración de Christopher se hizo más rapida mientras arqueaba su delgado cuerpo hacia mi mano. Sus uñas se clavaron en mis hombros y sus besos se hicieron más desesperados, nuestros dientes chocaron mientras el castaño se esforzaba por llegar al climax.

—Por favor, Zabdiel. —susurró, su voz gruesa y desgastada.

—¿Que quieres, bebé? —pregunté mientras me inclinaba y besaba sus sonrosadas mejillas antes de encontrarme con sus ojos—. Te daré lo que quieras.

—Te quiero... dentro de mi. —gimió.

Suavise los movimientos de mi mano y besé sus labios—. No tenemos los materiales, ojos bonitos.

—Primer cajón. —apunto al mueble del otro lado de la habitación.

Dandole otro rapido beso, me apresuré a donde me habia indicado abriendo el cajón para encontrar una pequeña y gastada botella de lubricante y una caja de condones cerrada. Miré hacia Christopher, elevando una ceja hacia la botella, a lo que el castaño solo rio entre dientes.

—Me aburro mucho en las noches desde que llegaste. —se encogio de hombros.

Su mano se deslizó por su pecho, en un movimiento lento hasta que enredo sus dedos en su erección, dándole suaves tirones mientras me observaba con los ojos casi cerrados por el placer. Casi me trago la lengua ante la imagen, Christopher se veía pecaminoso y totalmente hermoso dándose placer a sí mismo.

—¿Vas a venir? —susurró.

Dandome un puñetazo mental para despertarme de mi ensoñación, me apresuré a su lado y me arrodille entre sus piernas. Espantando su mano, humedecí mis dedos en el lubricante y tomé su miembro en mi boca rápidamente antes de empujar mi índice suavemente en la pequeña estrella rosada. Su agujero se resistió la primera vez por lo que llevando mi cabeza arriba y abajo de su erección, rodeé suavemente su entrada antes de volver a intentarlo logrando que su cuerpo me aceptara. No tarde demasiado en agregar un segundo dedo, que fue seguido rápidamente de un tercero.

—Si sigues así me voy a correr. —se quejó el castaño, jalando mi cabello.

Solté su miembro, mirándolo entre mis pestañas—. No le veo el problema.

—Quiero que nos corramos juntos, Zabdi, por favor.

—Lo que quieras, ojos bonitos.

Sacando los dedos de su entrada, rasgue rápidamente el envoltorio del condón antes de deslizarlo sobre mi adolorido e hinchado miembro. Christopher abrió más las piernas en invitación, la cual no rechacé.

Alineando mi erección con su entrada, me deslicé lentamente dentro, deteniendome cada pocos empujes para darle tiempo a acostumbrarse a mí.

Tenia más de la mitad de mi miembro dentro de él cuando una lagrima se deslizó por su sien hasta perderse en su cabello. Christopher tenía los ojos cerrados y una leve mueca de dolor en su hermoso rostro. Me maldije mentalmente por no haber sido más cuidadoso con él.

—Oh dios, bebé, te estoy lastimando —intenté retroceder pero sus piernas se cerraron rápidamente alrededor de mi cintura, impidiéndome—. Te estoy lastimando, Chris, no voy a hacerte daño.

—No te detengas, ¿sí? Solo... dame un momento. —abrió sus ojos, mirandome con sus oscuras orbes llenas de ruego.

Inclinandome sobre su cuerpo, mantuve mi peso en mis brazos antes de inclinarme para besarlo. El beso fue dulce y suave, acaricie suavemente su cabello intentando transmitirle tranquilidad. Su canal comenzó a ceder lentamente permitiendome deslizarme un poco más cada vez. En el momento que estuve completamente dentro, me detuve.

—No voy a durar mucho. —gemí, tomando el miembro de Christopher nuevamente en mi mano. El dolor había hecho bajar su erección un poco pero un par de tirones demostraron que la juventud aun no estaba totalmente perdida.

Comenzando un suave movimiento, me mecí en su interior disfrutando como el dolor desaparecía de su rostro para ser reemplazado por puro placer. Observé su pequeño cuerpo retorcerse debajo del mío, intentando seguir el suave ritmo que había impuesto cada vez que se empujaba contra mí. Besando las marcas que había dejado en su cuello, afirmé mis manos a cada lado de su cabeza y uní

nuestras frentes, dispuesto a ver su expresión cuando se corriera.

Sus ojos me miraron llenos de amor un segundo antes de que sus dulces labios se abrieran y gritaran mi nombre mientras su miembro explotaba entre nuestros cuerpos. Las paredes de su canal se contrajeron alrededor de mi miembro y me vine tan fuerte que mi visión se volvió oscura y no pude evitar caer sobre el cuerpo de Christopher.

Manos suaves acariciaron mi espalda mientras me estremecía luego de mi explosivo orgasmo.

Intentando estabilizar mi respiración, comencé a quitarme de su cuerpo pero los brazos de Christopher me incitaron a acomodarme sobre él nuevamente.

—Soy muy pesado, bebé.

—Solo un momento —pidió—. Me gusta sentirte tan cerca.

—¿Que tal si hacemos esto?

Saliéndome de su interior, lo tomé en brazos y giré sobre el sofá, dejando a Christopher sobre mi pecho como si fuese una manta cubriendo mi cuerpo.

—Esto es mejor. —susurró, acomodando su cabeza en mi cuello.

Lo rodeé con mis brazos firmemente, acariciando su sudoroso cuerpo como si no pudiese tocarlo lo suficiente. Y es que sentía que jamás tendría suficiente de mi niño. No sé cuánto tiempo estuvimos así pero cuando miré hacia afuera, por los grandes ventanales, la luz del sol ya se había extinguido hacia bastante tiempo y solo predominaba la oscuridad fuera.

—Zabdiel, yo... —la puerta se abrió y un grito escandalizado, digno de una película de terror, se escuchó antes de que la madera volviera a golpearse contra el marco—. ¡Podrían haberle puesto seguro! Maldición, no podré ver sus rostros después de esto. ¡No puedo creer que hayas hecho esto, De Jesús! Te advertí que no debías tocar al niño de mis entrañas, espero que cuando cubran sus culos y salgan aquí, el chico tenga un anillo en su dedo o me voy a enojar, Zabdiel.

—¡Ya te dije que no eres su madre, Francis, deja de fastidiar!

—¡Manchaste la inocencia del fruto de mi vientre y me traumaste de por vida! —grito—. Te lo agradezco, realmente te lo agradezco.

Escuché pasos alejarse y la risa cantarina que Christopher dejó salir un momento después.

—Él en verdad se cree mi madre. —rió.

—Creo que la mamá de Francis lo dejó caer de cabeza de pequeño, no hay otra explicación.

Christopher volvió a reír antes de levantar la cabeza de su escondite y mirarme a los ojos, tenía una brillante alegría iluminando sus rasgos.

Besé suavemente su barbilla mientras lo abrazaba—. ¿Sabes? No es tan mala idea la de Francis.

—¿Cual? —preguntó.

—La de los anillos. —respondí—. ¿Te gustaría eso, cariño?

—¿Te comprometerías conmigo? —dijo sorprendido.

Reí entre dientes—. He estado comprometido contigo desde hace un tiempo ya, ojos bonitos, eres el unico para mi.

Capítulo 29.5

ADAM.

—¡Nani, no sabes lo que acabo de ver en...! —la voz agitada de Francis se cortó de golpe cuando nuestros ojos se encontraron. Eleve una ceja, esperando que siguiera pero solo se limitó a sonreír—. ¡Jefe!

Deslizándose en la silla frente a mi, el rubio me dio su mejor sonrisa, remarcando el pequeño hoyuelo que se marcaba en su mejilla derecha. Lo miré con curiosidad, notando -porque había escuchado sus pasos acelerados— que había corrido todo el camino hasta la cocina desde dios sabe donde.

—¿Que fue eso tan interesante que viste? —pregunté luego de unos minutos, dándole un sorbo a mi café.

—Ehm... —apretó sus labios juntos antes de fruncirlos creando una extraña mueca—. ¿Ver? ¿Yo? Yo no vi nada, ¿de que habla? Debería ir a dormir, se ve cansado ¿porque no va a su habitación y me deja arroparlo? ¿Arroparlo? Quise decir, arrojarlo. ¿Eh? Eso no tuvo sentido pero usted entiende, ¿quiere?

—Francis —dijo suavemente, dejando la taza sobre la mesa frente a mi y cruzándose de brazos—. ¿Que fue lo que viste?

—¿Me esta interrogando? Me esta interrogando —afirmó, poniendo cara de sufrimiento—. Usted no me paga lo suficiente como para soportar este tipo de tratos, estoy totalmente indignado.

—Ahí va. —susurró Nani mientras tomaba un canasto de ropa y se dirigía a la lavandería—. Avisenme cuando termine el show de dramatismo.

—¡No te vayas, Nanita mía, no me dejes solo con el insensible que tenemos por jefe! —Nani ni siquiera miro sobre su hombro mientras salía de la cocina. Todos estabamos acostumbrados a los despliegues de dramatismo de Francis por lo que solo esperabamos hasta que terminaban—. ¡Oh dios! ¡Traicionera! ¡Creo que me da, creo que me da!

Agarrándose el pecho, el rubio se dejó caer en la silla, en lo que supuse, su mejor imitación de un infarto.

Hasta agrego el detalle de dejar caer la lengua fuera de su boca, algo realmente innecesario pero vamos, era Francis de quien hablabamos. Los nervios llevaban al chico a hacer cosas realmente tontas, algo que me parecia adorable en su propio estilo.

Tomando mi taza nuevamente, giré el oscuro liquido creando un pequeño remolino mientras esperaba por el rubio frente a mi. No pasó mucho tiempo antes de que uno de los oscuros ojos de Francis se abriera.

Habia descubierto hacia algun tiempo que sus ojos no eran negros en su totalidad, nunca habia visto unos ojos como los de Francis. Habia brillos dorados y verdosos dentro de sus orbes cuando el sol los golpeaba, la forma en que habia descubierto esto no era algo que quisiera discutir, simplemente lo sabia y ya.

—¿Terminaste? —intenté detener el filo de diversión que enredo mis palabras pero me fue imposible.

Era demasiado gracioso ver como sus pestañas oscuras revoloteaban, abriendose unos milímetros antes de cerrarse.

—Ya que estamos manteniendo esta simpatica conversación —el rubio se irguió sobre la silla como si tuviese un resorte en el trasero. Volvió a sonreirme y no pude evitar devolver el gesto—, queria tratar un tema muy delicado con usted.

—Habla. —pedí, rezando interiormente para que Francis no tocara el tema del beso. Habia sido un error besarlo, aunque habia sido uno de los mejores besos de mi vida, seguia siendo un error. No deberia haber sucedido, yo era el jefe y él mi empleado, el chico hasta podia denunciarme por acoso pero es que cuando suelta su maldita lengua temo que se muera asfixiado por hablar tanto sin respirar, besarlo fue lo unico que se me ocurrio para callarlo. Además de que lo deseaba, un poquito.

—...¿que dice?

—¿Eh? —sacudí la cabeza intentando alejar mis pensamientos para poder escuchar lo que Francis parloteaba.

—Le estaba diciendo... —su ceño se fruncio antes de que inclinara la cabeza a un lado, su flequillo cayo sobre sus ojos mientras me miraba—. ¿Que estaba pensando?

—Nada.

—Oh vamos, se nota que estaba perdido en sus pensamientos —insistio, sonriendo como el gato que se comió al ratón—. ¿En que pensaba, jefe?

—No estaba pensando en nada, Francis. —aseguré—. ¿De que querias hablarme?

Levantando mi taza nuevamente, probe un trago de mi café haciendo una mueca cuando el liquido casi frío toco mi lengua con su amargura.

—Estaba pensando en el beso que me robo, ¿verdad? —el café se fue por el lado equivocado y comencé a tocer, manchando mi camiseta blanca.

—¿De que hablas? —tocí, arrancando un par de servilletas y limpiando el café de mi camiseta y rostro.

—Vamos, Ady, admítelo —el rubio trepo sobre la mesa con gracia felina, apoyando sus codos frente a mi antes de descansar sus mejillas en sus manos. Movio los labios de forma graciosa hacia mí—. ¿A que soy apetecible? Admítalo, quiere volver a besarme, sé que lo desea.

Movio sus pestañas coquetamente en mi dirección y tuve que tragarme un gemido. Dios, se veía jodidamente precioso haciendo eso y no estaba ayudando para nada en mi deseo de esconder la reacción de mi cuerpo a su cercanía. Los labios de Francis eran gruesos y tenían una perfecta forma de corazón que combinaba con su afilada mandíbula y nariz recta.

El aroma de su colonia se coló en mis pulmones, rodeandome por completo y logrando que me sintiera mareado. Una sonrisita de satisfacción alzó sus labios y me di cuenta de que Francis sabía exactamente la reacción que causaba en mí y que seguramente, estaba esperando que saliera huyendo asustado para librarse de contestar mi pregunta. Francis se había olvidado de un pequeño detalle.

Era un Vélez, terco por naturaleza. Moviendome rápidamente hacia adelante, choqué nuestros labios juntos, tragandome el jadeo sorprendido que Francis dejó salir. Moviendo mis labios suavemente sobre los suyos intenté mantener el beso en una simple caricia, picando el borde de los mismo con mi lengua pero retrocediendo cuando el rubio intentaba profundizar el beso. Un sonido de frustración escapó de su boca cuando retrocedí por tercera vez, dejándolo con las ganas.

Su labio inferior se deslizó fuera mientras se aferraba al borde de la mesa intentando llegar a mí.

Jugueteando suavemente unos segundos más, forcé mi lengua más allá de sus labios siendo bienvenido con un profundo gemido. El rubio era un amante dominante y dedicado, podía decirlo con solo besarlo.

Francis podía estar dandome la libertad de explorar su boca pero aun así, él era quien dirigía.

Una de sus manos se enredo en el frente de mi camisa y me jaló hasta el borde de la silla, tomando la dirección del beso totalmente. Nunca había sido de tomar la iniciativa con nadie, Francis era la primer persona que lograba sacarme de mi zona de comodidad y lograba que tomara lo que quería. No sabía como sentirme exactamente por eso.

Las risas tontas que se escucharon, bajando por las escaleras, lograron que me echará hacia atrás antes de deslizarme fuera de la silla. La taza blanca que tenía en mi mano, tocó el fondo del fregadero en el mismo momento en que Zabdiel y Christopher entraron en la cocina.

—¿Que rayos haces sobre la mesa, Francis? —interrogó Zabdiel.

Pude ver a Francis mirarme por el rabillo del ojo pero no me atrevía a voltearme, mis labios aun estaban hinchados y sabia por experiencia que mi rostro estaba sonrojado, no era una imagen que quisiera darle a mi sobrino. El rubio por su parte, sonrio brillantemente antes de bajar de la mesa y volver a su silla.

—Pensé que ya te habias ido a casa. —siguió el castaño, sin darse cuenta de nada.

—Estaba a punto de salir. —aseguró—. Me distraje hablando con el jefe.

—¿Hablando? —el borde divertido en la voz de mi sobrino me dijo que se habia dado cuenta de lo que sucedia.

Sirviendome otra taza de café, tomé un trago y me voltee para enfrentarlos. Christopher estaba mirandome con diversión, como si mi situación le pareciera realmente graciosa mientras que Zabdiem solo se veia confundido como el infierno de pie a su lado. Intentando cambiar de tema, observe su desalineado estado con una ceja alzada. Christopher tuvo la decencia de sonrojarse al darse cuenta de lo que estaba mirando.

Zabdiel avanzó un par de pasos hacia mi gracias a un sutil golpecito por parte de mi sobrino, como si quisiera despabilarlo para que comenzara a hablar. El rubio lo miró con el ceño fruncido antes de, al parecer, recordar lo que se suponía que tenia que hacer.

—Oh claro —susurró antes de voltearse hacia mi—. Señor Adam sé que esto es repentino y tal vez le vaya a sonar anticuado pero siento que debo hacerlo de esta manera —el rubio dudo un segundo, logrando que me parara más erguido mientras esperaba—. Me gustaria pedirle la mano de su sobrino.

Parpadee sorprendido—. Oh —fue todo lo que salió de mi boca antes de encontrarme con la mirada fulminante de Christopher. Ouh mierda. Me aclaré la garganta—. Aprecio que me hayas tomado en cuenta, Zabdiel, muchas gracias, pero creo que esa es una decisión de Christopher, si él acepta tienen toda mi aprobación. —dejando la taza sobre el mostrador le sonreí al castaño—. Tu me has devuelto lo que más quiero en el mundo, me has dado de vuelta a mi sobrino —aseguré—. Jamás voy a oponerme a ustedes, será un honor agregarte a nuestra pequeña familia.

—Gracias, señor Adam. —Zabdiel sonrió brillantemente antes de dar un paso atras y tirar de mi sobrino a sus brazos. Christopher estaba radiante, el orgullo hizo cosquillas en mi pecho al mirarlo. Chris era mi hijo, tal vez no de biologicamente pero lo habia criado y lo amaba como tal, estaba orgulloso de ver sus endereza y detenerminación al luchar contra su adicción.

—Dime Adam, Zabdiel. —pedi suavemente—. Despues de todo seremos familia.

—Gracias, Adam. —susurró.

No pude evitar sonreír al ver el amor de esos dos. Era como si saliera por sus poros y rodeara a todas las personas cercanas. La adoración y entrega total entre ambos era increíble y única, algo que había estado buscando sentir desde mi juventud y que jamás había encontrado. Con un suspiro, le di un vistazo a Francis pero él ni siquiera me estaba mirando sino que tenía la vista fija en la pareja.

—Se lo dijiste, ¿verdad? —interrogo luego de unos minutos. Zabdiel lo miró sobre su hombro, su rostro cambiando a una máscara de pánico lo que me hizo fruncir el ceño. Francis suspiró—. Debes decirselo, Zabdiel, una relación se basa en la verdad no puedes esconder cosas como esta.

—¿De qué habla? —Christopher miró a Zabdiel con el ceño fruncido.

—De nada.

—No digas que no te lo advertí. —Francis se encogió de hombros.

Zabdiel apretó nuevamente a mi sobrino contra su cuerpo antes de dejar salir un pequeño suspiro, derrotado—. Recibi una llamada esta mañana.

—¿De quién?

—El profesor Patrick Mason. —contestó. Mis ojos se abrieron como platos cuando reconocí el nombre, al parecer Christopher también lo conocía porque tuvo la misma reacción—. Él me aceptó como su aprendiz por un año.

—Eso es un gran honor, Zabdiel—interrumpí—. Felicidades.

Zabdiel me dedicó una sonrisa débil—. Gracias pero voy a rechazarla.

—¿Qué? —saltó Christopher—. Tu no puedes hacer eso, es una gran oportunidad no puedes...

—Si acepto debo mudarme a New York, Chris.

El aire dentro de la cocina bajó unos diez grados mientras todos nos congelábamos. Esto no se veía nada bien.

Capítulo 30

—Ven aquí, cariño —susurré, enredando un brazo alrededor de Christopher y arrastrándolo fuera de la cocina.

El castaño me siguió en silencio mientras lo guiaba por las escaleras pero no llego a subir dos escalones antes de dejarse caer sentado en uno de ellos. Su ceño estaba fruncido y parecía perdido en sus pensamientos. Sentandome a su lado, lo pegué a mi costado y esperé a que reaccionara. Sabía que había hecho lo correcto al decírselo, era un peso que no quería llevar, ahora solo faltaba que mi niño lo asimilara.

—¿Pensabas decírmelo? —susurró al fin.

—No lo sé. —contesté sinceramente—. Supongo que con el tiempo te lo hubiese dicho pero ahora no tiene importancia, bebé, no voy a aceptarlo.

—¿Porque?

—Por que no hay manera de que me separé de ti. —asegué como si fuera obvio, para mí lo era.

—No, no, no —sacudió la cabeza—. Tu no puedes hacer eso solo por mí, no.

—¿De que hablas?

Me miró, sus ojos desbordados por las lágrimas—. Estoy hablando de que no hay una jodida forma en que cargue con eso en mi mente, Zabdiem. —sacudió la cabeza—. Es tu sueño y no estoy seguro de soportar que luego te resientas conmigo por no poder cumplirlo, no voy a permitirlo.

—Y no hay ninguna manera de que te deje atrás. —asegué—. Ninguna propuesta de trabajo, por más ostentosa que sea, vale más que tú, Christopher.

—No podría vivir en paz si te alejo de tu sueño.

—Y yo no podría vivir sin ti a mi lado.

Grüño, mostrandome los dientes—. Estas siendo fastidioso ahora.

Rodando los ojos, besé su mejilla ante de volver a mirarlo—. No estoy siendo fastidioso —asegué—. Solo quiero que te des cuenta de que lo único que quiero es que estes bien y no voy a ceder en esta decisión, no voy a alejarme de ti cuando más me necesitas.

—Eso es ser fastidioso. —suspiró—. ¿Cuando se supone que tienes que irte?

—El profesor Mason me llamara en un par de semanas para saber que decisión

tomé —informé—. Si acepto, cosa que no haré, tengo que estar en New York en tres semanas a partir de hoy.

—O sea que tienes dos semanas para decidir —su mano voló a mi boca cuando la abrí para responder—. Todavía no lo rechaces, ¿sí? Espera.

Besé su palma antes de quitar su mano suavemente—. ¿Esperar a qué?

—Aun estoy intentando procesar todo esto —hizo un gesto—. No lo rechaces, quiero revisar todas nuestras posibilidades antes de que te niegues. Puede que haya alguna manera de que hagas esto sin la culpa de dejarme.

Apreté los labios juntos, mirándolo directamente por unos segundos hasta que finalmente asentí—. Esta bien.

Nos quedamos sentados en la escalera por un buen rato, Christopher estaba apoyado contra mi costado y con su cabeza acomodada en mi hombro, casi podía escuchar los engranajes funcionar en su mente. No creía que encontrase ninguna opción, yo ya había pensado en todas y ninguna me gustaba realmente.

No era como si pudiese empacar todas las cosas de Christopher y correr fuera del país. El niño necesitaba quedarse aquí, en su casa, con su cuarto repleto de posters viejos y dibujos garabateados, con su pequeño estudio y con sus pinturas. El lugar era una especie de refugio para él, podía verlo cada vez que iba a la universidad. Christopher era cerrado fuera pero aquí dentro, aquí era él mismo y no podía quitarle eso. Además estaban las reuniones que Lucia iba a planear, si nos fuéramos tendría que ir solo a esas reuniones sin tener una sola persona conocida dentro... Christopher no iba a soportarlo.

Necesitaba contención y amor, dos cosas que yo estaba dispuesto a darle. Pero también necesitaba a su familia y amigos. Necesitaba los gestos maternos de Nani, la actitud paterna de Adam y Francis, la amistad compañera que Lucia, Johann y Yoandri querían compartir con él. ¿Como podía simplemente quitarle todo eso que apenas estaba descubriendo solo por cumplir mi sueño? Me sonaba demasiado egoísta.

—Lucia me llamó esta mañana. —murmuró el moreno, arrancandome de mis pensamientos.

—¿A sí? ¿Que te dijo?

—Esta emocionado con que vaya a sus reuniones. —afirmo—. Quiere que empiece lo antes posible.

—¿Cuando son sus reuniones? —Christopher balbuceo sus horarios sin nada de entusiasmo y asentí—. Entonces, irás a la de mañana.

—¿Que? —se separó de golpe, sus ojos abiertos de par en par—. No, espera, no, eso es demasiado pronto.

—¿Entonces cuando piensas comenzar? —elevation una ceja.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Tal vez pueda comenzar en una semana o tal vez...

—Irás mañana, te llevaré —aseguré antes de abrazarlo, pegandolo a mi lado—. Lucía estará allí contigo y yo estaré afuera, bebé, no tienes nada que temer.

—Pero...

—Lo prometiste, ¿recuerdas? —susurré en su oído—. Fue una apuesta, debes cumplir con tu parte o pagar el precio.

—¿Cual sería ese?

—No te besaré por una semana. —no tenía idea de si sería capaz de llevarlo a cabo pero Christopher no lo sabía.

Un pequeño gruñido escapó de sus labios antes de que suspirara, derrotado—. Esta bien, iré mañana.

—Genial, ojos bonitos, así se habla.

—¿Te quedas a dormir hoy? —trepó sobre mi regazo, acurrucandose contra mi pecho—. No quiero alejarme de ti ahora, no cuando sé que puedes irte pronto.

—No me iré, bebé.

—Aun no lo has decidido. —aseguré.

Soltando un suspiro, levanté su barbilla y besé suavemente sus labios. Debía concentrarme en el aquí y ahora, ya vería lo que sucedería luego. Lo primero era el bienestar de Christopher.

Capítulo 31

—¿Estas listo para esto? —pregunté mientras me detenía frente al centro de recreación y me giraba para mirar a Christopher, quien estaba aferrado tan fuertemente a su cinturón que temí que sus uñas se enterraran en el material.

—No. —susurró, sus ojos clavados en el edificio—. No quiero entrar ahí, Zabdiel, no me gusta.

—Me lo prometiste, bebé —le recordé suavemente—. Solo será una hora. Lucía me aseguro que ni siquiera debes hablar si no quieres.

Miró hacia mí, sus ojos desbordados de lágrimas—. No me hagas entrar ahí, Zabdiel, por favor.

Desprendiendo mi cinturón, hice lo mismo con el suyo y lo tiré a mis brazos sintiendo su pequeño cuerpo temblar contra mí. Las lágrimas seguían rodando por mis mejillas, su labio inferior se deslizó fuera en un pequeño puchero. Odiaba verlo así, más cuando sabía porque era pero no iba a dar marcha atrás. Podía dar mi propia vida con tal de que Christopher estuviese feliz pero jamás permitiría que se hiciera daño el mismo, e iba hacerselo si no entraba al edificio.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —susurre en su oído cuando apoyo su cabeza en mi hombro. Asintió—. ¿Recuerdas todo lo que te dije cuando estábamos en la casa de mis padres?

—Sí.

—Entonces recuerdas que te dije que amaba lo valiente que eras, ¿no? —volvió a asentir—. Este es el momento perfecto para demostrarles a todos que yo tenía razón al creer eso, ojos bonitos. Debes ser el niño valiente que yo sé que eres y enfrentarte a esto.

—Yo no creo que pueda. —gimoteo.

—Claro que puedes —alenté—. Tienes a toda una familia apoyandote, cariño. Solo debes intentarlo y si no funciona, puedes volver a tratar luego —levanté su barbilla para que me mirara—. Lo más importante es que tu luches, bebé. No importa cuantas batallas pierdas porque mientras sigas de pie puedes ganar la guerra.

—Tienes razón —tomo una profunda respiración—Estoy comportandome como un bebé lloron de nuevo. —se quejó, limpiando sus mejillas.

Sonreí—. Eres el bebé llorón más lindo que he visto.

—Estas siendo todo meloso de nuevo —se quejó—. ¿Y porque siempre me

dices de forma distinta? Por lo general las parejas eligen uno y ya, tu has usado todo el diccionario de apodos.

—Lo siento —hice una mueca—. Tiendo a hacer eso cuando estoy nervioso o no sé que decir.

—Ya me habia dado cuenta —rió, el sonido salió un poco ahogado pero fue suficiente para llenarme de paz.

—Vamos, mi trocito de melocotón —me burle, riendo cuando el castaño rodó los ojos—. Debemos entrar, Lucía nos esta esperando y no es conocido por su paciencia.

Eliminando el ultimo rastro de lagrimas de sus mejillas, abri la puerta y lo ayude a salir del auto. El castaño aun seguía temblando levemente mientras caminabamos hacia la entrada pero a pesar de todo, no camino más lento ni se detuvo. Ni siquiera podia comenzar a describir cuan orgulloso estaba de él.

—¡Ahi estan! —Lucia corrió por el pasillo hacia nosotros cuando traspasamos la puerta principal—. Realmente pensé que no vendrian.

—¿Porque no habriamos de hacerlo? —la voz de Christopher salió un tanto temblorosa.

Lucia solo le sonrió, esa misma sonrisa que nunca me habia gustado—. No lo sé pero entre nosotros, yo hubiese preferido un rapidín en el asiento trasero del auto a estar aquí —suspiró—. Pero como Erick es un tonto puritando, mis dias de rapidines parecen haber acabado.

Eso logró que Christopher riera y yo rodara los ojos—. No te desanimes, Lucia —sonrió el castaño—. Siempre puedes comenzar a pervertirlo tu mismo.

—Un trabajo desde cero —parecio pensarlo unos segundos antes de jalar a Christopher a sus brazos—. Como me gusta este niño.

—Que no te guste tanto. —gruñi, aejando a Christopher.

—Mis dias de picaflor han terminado oficialmente —puso mala cara—. Erick me tiene atada por los hue...

—¡Lucía! —un hombre de cabello oscuro y sonrisa simpatica saco la cabeza de una de las habitaciones—. Te necesito aquí ahora.

—¡Voy! —gritó sobre su hombre antes de tomar la muñeca de Christopher — Tu ven conmigo —me apunto—. Y tu vete.

—Espera —Christopher se detuvo—. ¿Zabdiel se ira? —me miró—. ¿Te vas a ir? Prometiste que estarias aquí.

—Estaré aquí cuando salgas —aseguré—. Volveré en una hora, ni un minuto más tarde.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —jalandolo para darle un beso, lo deje ir con Lucía.

El castaño me guiño un ojo sobre su hombro y tuve que sacudir la cabeza, Lucia era la persona menos indicada para guardar un secreto. Lo unico que esperaba era que tuviera el suficiente cerebro para mantener el pico cerrado hasta que volviera.

Volteandome, salí del edificio y corrí hacia el estacionamiento. Tenia poco tiempo y no queria desperdiciar ni un segundo. Trebandome al auto, arranque el motor y salí lo más rápido posible, conduciendo directamente a mi destino.

Mi plan tomo más tiempo de lo que pensaba por lo que tuve que salir, literalmente, corriendo hacia el centro de recreación. Realmente rompi todas las reglas de trafico conocidas por el hombre en mi vuelta.

Tenia cinco minutos para regresar antes de que Christopher saliera y pensaba hacerlo así tuviera que colocarle alas al auto. Las ruedas chirriaron sobre el pavimento cuando me detuve, maldiciendo por lo bajo al ver el trafico que estaba deteniendo el avance.

Mirando a mi alrededor, calcule que me faltaban unas diez cuabras para llegar al edificio. Nunca, en toda mi vida habia roto una promesa y no comenzaria con Christopher. Estacionando en el primer hueco que encontré, me lancé fuera y comencé a correr. ¡Luego no digan que no hago nada por el niño!

—¡Zabdiel! —Christopher se lanzó desde las escaleras, hacia mi arrancandome el poco aire que me quedaba en el cuerpo y logrando desequilibrarme, por lo que los dos caimos al suelo.

—Solo... espera un... un minuto. —jadee, haciendo un gesto con mi mano mientras intentaba tomar aire.

—¿Porque estas tan jadeante? —fruncio el ceño—. ¿Donde estabas?

—No llegaba —hice un gesto sobre mi hombro—. Corrí.

Christopher miró sobre mi hombro, seguramente buscando mi auto—. ¿Desde donde vienes corriendo?

—Nueve o... o diez cuabras. —tocí un poco, sintiendo mi garganta arder, por esta causa era que las personas calentaban antes de salir a correr.

—¿Corriste todo eso solo para cumplir la promesa que me hiciste? —Christopher me miro con los ojos inmensos, como si no pudiera creerlo. Asentí, lo

que trajo una sonrisa a su rostro—. Dios, te amo, eres el mejor novio del mundo.
—rio mientras me abrazaba.

Abrazandolo de vuelta, hundí mi rostro en su cuello tranquilizando mi respiración poco a poco. Si iba a hacer esto, iba a hacerlo bien. Y por lo visto íbamos a tener publico. Lucía estaba de pie en la puerta, cuchicheando con un montón de personas a las cuales no conocia. La chica no podia ser más evidente.

—¿Como te fue? —musité.

—Estuvo bien. —su voz se apago un poco—. Al principio tenia miedo pero cuando comenzaron a contar sus historias me sentí mejor. —miró sobre su hombro antes de volver a sonreirme—. Más de diez personas allí dentro tienen el mismo problema que yo, creo que ya no me siento tan solo. Aquí hay gente que en verdad comprende mi necesidad, que saben lo que se siente.
—besó mi mejilla—. Gracias por hacerme venir.

—Sabia que ibas a estar bien. —reí, antes de alcanzar la pequeña cajita con forma de rosa roja del bolsillo de mi chaqueta y colocandola frente al rostro de Christopher —. Sé que este no es el lugar más romantico ni nada pero no puedo esperar más.

Christopher fruncio el ceño, tomando la cajita de mi mano y abriendola suavemente. Un jadeo escapó de sus labios cuando vio el contenido—. Oh por dios.

—Christopher Vélez, mi dulce niño valiente —lo miré a los ojos—. ¿Quieres hacerme el hombre más feliz del mundo casandote conmigo?

—Pe-pero nosotros n-no podemos —tartamudeo—. La ley no...

—No me interesa lo que la ley dice, bebé —besé su mejilla—. Haremos una boda simbolica, solo quiero que seas mío.

—Yo ya soy tuyo —sonrió—. Pensé que el tatuaje lo habia dejado claro.

—Es una parte pero aun no es suficiente, quiero marcarte de todas las maneras posibles para que no quede ninguna duda de que eres mío —me incliné, besando sus labios—. ¿Que dices, bebé? ¿Te quieres casar conmigo?

—Dios, si —se lanzó sobre mí—. Si, si, si.

Reí entre dientes abrazandolo con fuerza antes de alcanzar uno de los anillos dentro de la cajita, el más pequeño. Christopher levantó la mano, y comencé a colocarselo en el dedo pero el moreno me detuvo. Los anillos eran bastante simples, una banda de oro blanco con la inscripcion: Christopher+Zabdiel, por la parte exterior y otra pequeña inscripcion escondida dentro.

—Espera —susurró—. ¿Que dice dentro?

—Vas a matarme por eso. —reí entre dientes, mientras el castaño leía la inscripción antes de acompañarme.

—Tienes razón —acepto, dejándome deslizar el anillo en su dedo—. Todo lo que necesitamos es amor.

Apresurándose a deslizar el otro anillo en mi dedo, el castaño se lanzó sobre mí, chocando nuestros labios juntos mientras caíamos sobre el pavimento. Escuché una oleada de gritos, festejando y riendo y supe que Lucía y sus compinches habían visto todo. Pero no me importaba, mi mente estaba totalmente concentrada en el castaño en mis brazos.

Capítulo 32

—Si, mamá, le pedi matrimonio —repetí por quinta vez, escuchando los gritos emocionados seguidos por el llanto descontrolado a través del telefono—. Mamá, por favor, no llores, dios para con eso.

—Mi bebé se va a casar. —y ahí iba de nuevo.

—¡Zabdiel! —la voz de Christopher provino desde la sala recorriendo todo el camino hasta la cocina.

Dejando el cuchillo que estaba usando para picar las verduras, limpie mis manos con un paño y salí de la cocina aun con el telefono pegado a mi oído. El moreno esta acostado en el sofá, con las piernas sobre el respaldo y la cabeza colgando por el borde del asiento. El suelo debajo de su cabello estaba lleno de revistas de boda, de esas que las mujeres usan para elegir su vestido, cortesía de la estúpida broma de Francis. El idiota habia cubierto casi todo el suelo de la sala con esas cosas, de donde las saco es un real misterio.

Bajando el libro donde tenia la nariz enterrada, el moreno me observó sobre el borde de las paginas con los ojos enormes. Su cabello estaba disparado hacia todos lados, simulando que habia tocado un toma corriente.

—¿Que sucede, bebé? —pregunté, tapando el auricular.

—Estoy aburrido.

—¿Me hiciste dejar lo que estaba haciendo para decirme eso? —elevé una ceja.

Se encogió de hombros, la piel al lado de sus ojos se arrugo lo que me dijo que el pequeño mañoso estaba sonriendo detrás del libro. Colocando el telefono entre mi mejilla y hombro, atrapé uno de sus pies y comencé a pasar mis dedos sobre la planta desnuda del mismo. El libro voló de sus manos mientras intentaba apartarse de mi, sus risas eran contagiosas.

—¿Christopher esta ahí? —mamá preguntó.

—Si, aquí esta. —aprovechando mi distracción, el moreno se zafó de mi agarré y rodó lejos antes de ponerse de pie sobre el sofá dando pequeños saltitos sobre los cojines.

—Pasamelo, quiero hablar con él —y comenzó a llorar de nuevo—. Voy a tener dos hijos, no lo puedo creer.

—Un minuto, mamá, solo debo... —saltando sobre el respaldo del sofá, intenté

atrapar a Chris pero el chico se escurrió debajo de mi brazo y salió corriendo de la sala—...atraparlo.

Con el telefono aun en mi mano, rodee el sofá y seguí la pequeña figura de Christopher por el pasillo. Su cabello se perdio dentro de la habitación de Francis y no me detuve a pensarlo antes de ir tras él. Sus pies sobresalian de debajo de la cama cuando entré, atrapandolo de la pierna lo jalé fuera. La alfombra se arrugo con él cuando lo saqué de debajo de la cama, un par de revistas aferradas en sus manos.

—Wow —miró una de las portadas—. ¿Sabias que Francis guarda el porno debajo de la cama?

—Deja eso, ojos brillantes. —pedí—. Francis se enojara.

—Él me trato de novia, ¿porque yo no puedo revisar sus cosas? —eso no tenia ningun sentido, pero allá él.

—¡Zabdiel!

—Estoy aquí, mamá.

—Tu padre quiere hablar contigo, tesoro, estoy tan feliz con todo esto. —su llanto se hizo lejano antes de que la voz de papá traspasara el auricular—. Felicidades, hijo.

—Gracias, papá.

—Estoy muy orgulloso de ti —aseguró—. Sabia que elegirias bien, Christopher es un buen chico.

Miré al castaño aun tirado en el suelo, pasando las hojas de una de las revistas mientras sus ojos se ampliaban con cada pagina—. Joder, ¿eso es un asta de bandera? En el aeropuerto seguro que lo acusan de contrabando.

—Seh, todo un tesoro. —arrastré las palabras.

—Bien, Zabdiel, te llamo luego, tu mamá salió a contarles a los vecinos y debo detenerla antes de que coloque una pancarta frente a la casa como la vez de la bandera de arcoiris —hice una mueca ante el recuerdo. La mujer habia estado tan segura de que era gay que cuando les dije que teniamos que hablar sacó una bandera con los colores del arcoiris y me aseguro que estaba todo bien, la cosa estuvo cerca de un año colgada de la ventana frente a la casa antes de que papá “accidentalmente” la cortara con las tijeras de podar—. Cuida muy bien a ese chico, nos vemos, hijo.

—Nos vemos, papá. —dicho eso, corté.

—¿Que es un “Papi de Cuero”, Zabdi? —preguntó Christopher, mirando una de las revistas mientras balanceaba sus pies.

Me encogí de hombros—. ¿Y yo como voy a saberlo?

—Tendrías que informarte, te verías bien en esto. —levantó la revista y me enseñó un tipo con una minúscula tanga negra, dos tiras de cuero con tachas cruzando su pecho y más pelo del necesario en el centro—. Tu te verías mejor que este tipo con esas cosas.

—¿Gracias? —el castaño sonrió antes de arrastrarse nuevamente debajo de la cama y sacar más revistas, ojeandolas.

—Hey, este soy yo —apuntó a la revista—. ¿Porque tengo cuernos y una cola de flecha?

Acercandome a él, miré hacia la pagina donde estaba apuntando para encontrarme con una fotografía de Christopher pero tomada hacia un par de años. Y efectivamente, de su cabello salían dos cuernos rojos, dibujados con lapicera al igual que la cola del mismo color que se extendía de sus pantalones.

—Creo que Francis no te tenía mucho cariño antes.

—Si, porque yo a la gente que no quiero le dibujo cuernos —frunció la nariz—. ¿Quien es el infantil ahora?

Apoyandome en la pared detrás de mi, observé como el moreno pasaba más hojas antes de volver a detenerse, mirar algo y seguir. Sus ojos se posaron en una fotografía donde se podía ver perfectamente a un sonriente Adam. Chris levantó la revista,enseñandomela.

—¿Como rayos no te diste cuenta de que era gay? —pregunto—. ¿Corazoncitos? ¿En serio? Debería mostrarle esta fotografia a mi tio solo por lo patetico que es.

—No haras nada —reí—. Suelta eso y vamos a la cocina, puede que hasta te cocine algo.

—Eres mi esclavo, claro que cocinaras para mi. —sonrió brillantemente.

—Oh claro, su majestad —me burle—. Mueve el culo, que donde Francis llegue y nos vea aquí nos castra a ambos.

—Si, justo despues de besar su poster de N'sync. —rió antes de volver a arrastrase bajo la cama.

—Cuidado con las arañas, bebé, no se hace cuanto que Francis no limpia este lugar. —tomando uno de sus pies, lo jalé fuera antes de tomarlo en brazos.

—¡Espera, aun quedaban cosas allí! —estiró las manos hacia la habitación mientras salíamos.

—Y te quedarás sin verlas. —aseguré.

—Aguafiestas. —algo brillo en su mano cuando me golpeo en el pecho y mi mirada se dirigió directamente a eso.

Mi ceño se frunció cuando visualice la pequeña medalla en su mano. El pequeño trozo circular de oro tenía un intrincado dibujo al frente, casi como un escudo aunque en verdad nunca supe exactamente que era. Parecía ser alguna especie de dragon enredado en algo pero no se podía visualizar demasiado bien.

La cadena era de pequeños eslabones del mismo material, tan fina que podía pasar por una tela de araña pero jamás se había roto antes.

—¿De donde sacaste eso, bebé? —pregunté, tomándola de su mano.

—Uh —miró su mano—. Quedo enganchada en mi mano cuando me arrastraste, estaba debajo de la cama.

—¿Que rayos hacia esto debajo de la cama de Francis? —tomé la medalla, pasando mi pulgar sobre el dibujo.

—¿Que es? —pregunto mirándolo—. Parece un lagarto.

—No lo sé. —negué—. Pero esta cadenita es mía, fue lo unico que me quedo de mi madre. Pensé que la había perdido hacia un tiempo, me alegra tenerla de nuevo.

—¿Es tuya? —asentí—. ¿Entonces porque la tenía Francis?

Me encogí de hombros—. Ni idea pero voy a averiguarlo en cuanto regrese.

Capítulo 33

—¡Zabdiel! —Christopher entró corriendo a la cocina con una revista pegada a su rostro, sin ver el camino.

Moviendome rápidamente, lo atrapé de la cintura, levantándolo, antes de que se diera contra una de las sillas que él mismo había dejado fuera luego de almorzar. Sus ojos ni siquiera se despegaron un centímetro de lo que estaba viendo cuando lo alcé y senté sobre la mesa.

—¿Que sucede, cariño? —pregunté, al no recibir palabra de su parte. Me miró y luego a la revista—. ¿Recuerdas el lagarto de tu medalla? —clavó su dedo en mi pecho, donde se encontraba la cadena, dando efecto a sus palabras.

—Si, lo recuerdo. —me froté el punto donde su dedo me golpeo.

—Al principio pensé que solo era alguna representación animal de un dios, o algo parecido —hizo un gesto vago con la mano—. Hay algunas personas a las que les gusta creer que los dioses encarnan en animales y que llevar el retrato de dicho animal los protegiera. Así que hice un calco de tu medalla antes de pasarlo a un dibujo más grande para poder entender mejor las líneas y el animal en si —me dio una hoja con un garabato perfectamente dibujado del grabado de mi medallita pero en una escala mayor—. Y descubrí que no es un lagarto, si no que un dragón.

—Si, siempre pensé que podía ser uno. —acepté—. Aunque nunca pude hallar su origen.

—Estoy llegando a eso, espera —pidió—. Como los dragones son uno de los animales ficticios más usados en la cultura china, me volqué a buscar allí pero a medida que lo hacia me di cuenta de un pequeño grabado en la parte baja de la medalla.

—¿En serio? —saqué la medalla de mi camiseta y la miré, sin ver nada.

—Aquí, mira —apunto debajo de la figura de dragón y pude ver que habia algunas numeros mezclados con las líneas del dibujo—. Es tu fecha de nacimiento Zabdiel.

—¿Eh? —estreché los ojos, mirando más de cerca y descubriendo de a poco cada numero—. ¿Como es eso posible? Mi madre no tenia el dinero suficiente como para mandar a hacer algo así para mi.

—No lo sé —se encogio de hombros, dandome una extraña mirada—. Pero volviendo al dibujo, cuando me di cuenta de la fecha comprendí que no se trataba de ningún dios chino. Además de que dudo mucho que tu mamá creyera en la cultura china, por lo que en vez de eso busque la imagen en internet y al fin

descubrí que es.

—Hiciste toda una investigación, ¿eh? —reí—. Ya me preguntaba yo porque estabas tan tranquilo.

—Hey, yo exudo tranquilidad.

Sacudí la cabeza con una sonrisa, negandome a responder eso—. ¿Que descubriste?

—La imagen del dragón es utilizada por un bufete de abogados de Francia, a decir verdad ya habia visto este logo antes pero no me habia dado cuenta de que era el mismo hasta que pude recuperar el sello verdadero —volteo la revista, enseñandome el pequeño logo antes de volverla hacia él—. Le han agregado algunos detalles, supongo que no querian dejar el escudo familiar tan a la vista.

—¿Escudo familiar?

—Oh si, es una empresa familiar o empezó siendolo al menos —asintió.

—¿Q-que familia? —susurré—. ¿Cual es el nombre de la firma?

Christopher abrió la boca para contestar, su ceño fruncido de manera triste, pero no fue su voz la que contestó.

—Reynard&Asociados. —la voz de Francis logró que me diera vuelta de un salto, encontrando al rubio apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—Ese es el nombre de la firma, Zabdiel —dijo tranquilamente, su rostro una mascara seria que nunca antes habia visto en él—. Pertenece a mi familia.

Parpadee hacia él, intentando entender lo que acababa de decir. ¿Su familia? ¿Porque rayos mi madre tenia una medalla con el logo de la empresa familiar de Francis? ¿Porque me lo habia dado a mi?

No entendia nada.

Los brazos de Christopher se enredaron en mi cintura, manteniendome en mi lugar mientras Francis daba un par de pasos más cerca pero sin llegar realmente a nosotros.

—Mi familia nunca fue una de las más prestigiosas de Francia, eran bastante humildes cuando mis abuelos eran jóvenes —me miró—. Cuando mi abuelo Aaron creó el bufete, prometio a la familia que si la empresa tenia exito entregaria un regalo a cada uno de los nietos nacidos luego de la fundación de la misma, algo así como una afirmación de la riqueza que vendria con las generaciones futuras.

La mano de Francis se perdió dentro de su camiseta, volviendo a la superficie con una medalla identica a la mía en su mano.

—Oh mierda. —susurró Chris a mi lado.

—Regalo a su nietos una medalla con el escudo familiar grabado en ella. —dijo.

—P-pero... —tartamudee nervioso. Cerrando los ojos un momento, tomé un respiro profundo e intenté tranquilizarme—. Pero mi madre no tenía familia, su padres habían muerto y no tenía ningún familiar vivo. Servicios sociales se encargó de averiguar todo antes de ponerme en adopción.

—Adopción —musito pensativo, antes de pasarse una mano por el cabello alejándolo de su rostro—. Jesús, si me lo hubieses dicho antes.

Fruncí el ceño—. ¿Que sucede, Francis? ¿Porque mi madre tenía esta medalla?

—Bien, supongo que me toca contarte la historia a mi —suspiró—. Mis padres se casaron por conveniencia, mi madre viene de una familia de buen estatus social y mi padre lo único que quería era dinero. No es extraño para ella admitir que siempre supo que él la engañaba cada vez que salía de viaje por trabajo —apretó los labios juntos—. Al parecer en uno de esos viajes conocí a una mujer con la que compartí un romance bastante largo. Para cuando el resto de la familia supo lo que sucedía, eso ya había acabado pero el hijo de perra había dejado a la chica embarazada antes de abandonarla para volver con mi madre y jugar a la casita feliz.

“Cuando mi abuelo Aaron lo supo, corrió a mi padre de la empresa y vino a Londres en busca de esa mujer y de su nieto no nacido. El bebé ya había nacido para cuando encontró a la chica. Intentó ofrecerle su ayuda económica pero ella se negó, al parecer era una mujer de la calle con demasiadas adicciones y problemas pero el bebé era un niño precioso y sano. Él abuelo aun conserva una fotografía suya —sonrió suavemente—. Cuando cumplí dieciocho años, mi madre me contó esta historia porque tenía la esperanza de que yo pudiese encontrar a ese niño y darle el lugar en nuestra familia que merece.

—Espera, espera un segundo —pedí, sintiendo mi corazón latir a mil por hora dentro de mi pecho—. ¿Me estas...? ¿Me estas diciendo que...?

—Eres mi medio hermano, Zabdiel. —afirmó—. No uní los puntos antes porque jamás me dijiste que eras adoptado, cada vez que hacía alguna pregunta tu siempre decías que los de Jesús eran tus padres. —me miró—. Pensé que habías conseguido la cadenita en otro lugar, no lo sé, tal vez la habías comprado. Por eso la tomé, quería devolverla a quien pertenecía.

—Pero —sacudí la cabeza. El oxígeno no estaba llegando bien a mi sistema, podía escuchar el latido de mi corazón en mis oídos—. Pero es no puede ser.

—Zabdiel, respira. —susurró Christopher—. Calmate, grandulón.

—No, pude... —dije sin aliento—. No puede ser.

—Puede y lo es —aseguró Francis—. He pasado los últimos diez años de mi vida buscandote, Zabdiel, y no me había dado cuenta de que estuviste frente a mí la mayor parte del tiempo.

Miré a Christopher buscando guía, buscando algún signo de que fuera una broma pero no encontré nada.

Mi mundo se hacía pequeño a mi alrededor. ¡Eso no podía estar sucediendo! Estas cosas solo sucedían en las novelas televisivas que mamá mira, no podía estar sucediéndome. El aire se evaporó finalmente, escuché a Christopher gritar mi nombre cuando el eje de mi mundo se movió y mi visión se oscureció antes de que golpeará el suelo.

Capítulo 33.5

[*Narra Christopher*]

—¡Zabdiel! —chillé, saltando de la mesa en un intento desesperado de evitar que el chico golpeará su cabeza contra el suelo en la caída.

El peso de Zabdiel era superior al mío, el chico era casi una cabeza más alto y con varios kilos de músculo abultado que me hacía parecer una rata a su lado. Aun así logré jalar uno de sus brazos evitando que el golpe fuera demasiado duro. Ambos caímos al suelo casi al mismo tiempo, Zabdiel acostado y yo de rodillas a su lado.

Mirando su rostro, descubrí que sus ojos estaban cerrados y su piel se había tornado de un preocupante tono pálido. Por una vez, agradecí mentalmente a mi tío Adam por obligarme a tomar esas clases de primeros auxilios ya que pude controlar sus signos vitales con facilidad.

—Solo está desmayado, gracias a dios —susurré más para mí que para Francis, quien estaba arrodillado al otro lado.

—Mierda, no quise causarle esto —el rubio hizo una mueca.

—¿Sí? Y yo que pensaba que era exactamente esto lo que buscabas —me queje—. ¿Quien rayos suelta una bomba así en el regazo de alguien y espera que nada suceda?

—Bien, no pensé que fuera tan shockeante —susurró—. Lo siento. Rodee los ojos, pasando mi mano por la mejilla de Zabdiel suavemente—. Ayúdame a llevarlo al sofá de la sala, no quiero que esté en el suelo cuando despierte.

Con un poco de trabajo, logramos arrastrar al chico hasta el sofá y acomodarlo en él a lo largo. Me senté a su lado y miré a Francis.

—¿Que sucederá ahora? —pregunté.

—¿De qué hablas?

—Acabas de soltar la bomba sobre que es tu hermano —estallé—. ¿Que diablos suceda con la vida de Zabdiel ahora?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Es una elección solamente de él.

—¿Que quieres decir?

—Zabdiel es bienvenido a nuestra familia tanto si quiere como si no cambiar su apellido al nuestro —se encogió de hombros—. De todas maneras, recibirá una pequeña fortuna que mi abuela dejó para él. No es mucho pero podría renunciar a su trabajo por varios años y vivir cómodamente de ese dinero.

—O pagar su viaje a New York y ser aprendiz de ese profesor.

—Como dije, es elección de Zabdiel. —susurró.

Asentí lentamente, enredando mis dedos con los de Zabdiel. Las posibilidades y las opciones que esto abría chocaban dentro de mi mente creando un torbellino de ideas que no podía atrapar. Esto hacía las cosas muchos más fáciles para Zabdiel, ya no tendría que trabajar, no necesitaría dinero lo que me libraba de las asquerosas clases de literatura que ahora, viéndolo mejor, no parecían tan malas. No si eso quería decir que Zabdiel seguiría revoloteando a mi alrededor.

—Hace tiempo escuché una frase que parece adaptarse muy bien a esta situación. —Francis rompió mi tren de pensamientos.

Me giré a mirarlo—. ¿Cuál era?

— “Si quieres a alguien déjalo libre. Si vuelve a ti es tuyo, si no, es porque nunca lo fue”.

—¿Dónde leiste eso? —elevó una ceja—. En la caja de cereales.

—No —frunció el ceño, ofendido, antes de alcanzar en uno de sus bolsillos y volver con una pequeña tarjeta—. Me la dieron en una estampita, mira, hasta tiene un osito al frente.

Me enseñó el trozo de cartón rosado, que en efecto, tenía un osito al frente con un enorme corazón y la frase encima del mismo. Volví a mirar al sonriente rubio nuevamente.

—Aun no entiendo como Zabdiel y tu comparten genes. —suspiré, tomando la tarjeta—. Pero admito que es una buena frase.

—Tengo más, ¿quieres verlas?

—¿También guardas tarjetas de Yu-Gi-Oh? —bromeé.

—No, pero colecciona las de Pokémon. —susurró Zabdiel, logrando que me girara rápidamente hacia él.

—Hey, grandulón —palmeé suavemente su pecho—. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza. —se frotó la parte posterior de la misma.

—Uh, sí, sobre eso... lo siento. No pude detenerte antes de que tocaras el

suelo. —sonreí—. Pero si te hace sentir mejor, fue el mejor desmayo que he visto en mi vida.

—Gracias, me alegro de que te haya gustado —rodó los ojos antes de murmurar:— Mañoso.

Observé como pasaba las manos por su rostro, intentando detectar su estado de animo. La verdad era que si volvía desmayarse me vería obligado a llamar una ambulancia pero al parecer eso no estaba en sus planes porque en vez de eso intentó sentarse en el sofá.

—Ehp —me arrojé sobre su pecho—. No te muevas, ese fue un feo golpe y puedes marearte.

—Estoy bien, cariño —susurró rodeandome con sus brazos—. No fue un golpe tan duro, supongo que debo agraderte eso, ¿verdad?

Me encogí de hombros mientras me situaba sobre su cuerpo. Una vez que me hube acomodado, Zabdiel se giró hacia Francis y solo lo miró por unos segundos, como si estuviese tratando de descubrir algo que se le había escapado.

—Esto es raro. —dijo finalmente.

—Ni que lo digas —Francis asintió—. Pensé que mi hermano iba a ser atractivo.

Tomando uno de los cojines del sofá, el castaño lo lanzó hacia el rubio dandole de lleno en el rostro—. Imbecil.

—Me amas. —se burló logrando que le gruñera, algo que en realidad no me da cuenta que estaba haciendo hasta que Zabdiel comenzó a reír.

—Tranquilo, tesoro —acarició mi cabello suavemente—. No muerdas al imbecil, podrias contagiarte de algo.

—Vete al diablo, Zabdiel. —Francis se puso de pie y palmeo sus manos juntas—. Creo que debo irme a menos que quiera ser despedido.

—¿Porque rayos estas aquí en primer lugar? —pregunté.

—Uh... —sus mejillas se colorearon—. Es que como... entonces... él se acerco y yo no... entonces beso... corrí... y aquí.
—balbuceo incoherentemente.

—Okeeeey. —asentí.

—Otro día te lo cuento. —se excuso antes de caminar hacia la puerta, volteandose antes de desaparecer de la sala—. En cuanto a lo que te dije, Zabdiel, dejo la decisión en tus manos. Si quieres ser parte de nuestra familia, estas en todo tu derecho y serás más que bienvenido, estoy seguro de que muchos de mis familiares quieren conocerte.

—Yo... voy a pensarlo, ¿sí? —musito, haciendo una mueca—. Creo que todavía estoy un poco en shock, no he... procesado todo esto.

—Lo entiendo, yo mismo no podía creerlo cuando lo descubrí —acepto—. Solo voy a pedirte un favor.

—¿Cual?

—A pesar de lo que decidas, me gustaría que fueras a visitar a mi abuelo Aaron —pidió—. Él te ha buscado por mucho tiempo.

Zabdiel lo miró por unos segundos—. No prometo nada.

—Solo piénsalo. —dijo—. Y sobre nosotros, sigues siendo un idiota para mí.

—Es mutuo. —aseguro riendo.

Francis se despidió con un último adiós y nos quedamos en silencio hasta que la puerta principal se abrió y se cerró, avisándonos que el rubio se había marchado ya.

—¿Porque aun no has enloquecido? —pregunté, acariciando la mejilla de Zabdiel con la punta de mis dedos.

—Aun estoy absorbiendo esto. —besó mi nariz—. Pero no te preocupes, ojos bonitos, enloqueceré más tarde, seguramente.

Y tal como lo dijo, sucedió. Zabdiel enloqueció poco después. No estoy diciendo que se volvió loco y salió corriendo y gritando por los pasillos del edificio de apartamentos. Si no que en vez de eso, se quedó dormido en el sofá y despertó llorando como nunca antes. Lloró por lo que me parecían horas antes de volver a quedarse dormido, despertando rotativamente entre balbuceos antes de volver a la inconsciencia. Y yo solo me quedé allí sosteniéndolo.

—¿Porque ahora? —susurró en un momento, aferrándose a mí tan fuerte que apenas podía respirar—. ¿Porque ahora? Tantas veces, de pequeño, desee que alguien fuese por mí. Alguien que en realidad me quisiera. Ahora tengo padres amorosos, te tengo a ti, tengo la vida que siempre desee... ¿porque ahora?

No supe que decirle, no sabía la respuesta a esa pregunta, así que solo lo abracé y me quedé allí con él hasta que se durmió, preguntandome más de una vez que sucedería ahora.

Capítulo 34

Las dos semanas siguientes pasaron volando. Christopher se había hecho amigo de varios chicos, que como él, asistían a las reuniones semanales en el centro de recreación. Lucía tenía muchas esperanzas puestas en el castaño, vivía rebotando a su alrededor con una gran sonrisa y repitiéndole a todo el mundo lo orgulloso que estaba de su nuevo mejor amigo -agreguemos aquí el hecho de que me sentí un tanto exiliado por la rubia oxigenada, aunque Lucía siempre me aseguraba que yo ocupaba el segundo lugar. Sí, un gran alivio saberlo.

En cuanto a Francis y yo... las cosas no habían cambiado mucho. Seguíamos teniendo la misma relación de amor/odio que siempre habíamos mantenido. El único cambio eran los casuales comentarios que el rubio hacía de su familia, informándome con suavidad, de cosas respectivas a ellos. La cual al parecer ahora era también mi familia.

Christopher estaba al borde de la locura con respecto al tema de la boda. Comenzaba a temer que el niño se arrancara el cabello por el estrés que estaba imponiéndose él mismo. La última vez que había intentado intervenir en eso, casi quedo fulminado con la mirada que el chico me dirigió.

Eso sin agregarle la pesada tensión sexual que existía entre Francis y Adam. Si las cosas seguían de ese modo íbamos a tener que intervenir y tal vez arrojar un par de pastillitas azules en el café de ambos, eso haría que dejaran el orgullo a un lado y dejaran de mirarse como si follaran con los ojos.

—Ya basta con eso —arranque la revista de las manos de Christopher, arrojándola lejos antes de arrastrarlo a mi regazo—. Estoy cansado de verte con la nariz enterrada en esas cosas.

—Necesito esa revista, Zabdiel —se quejó, intentando escapar de mis brazos—. Es importante para mí.

—Para mí es importante que te tomes un segundo y mires a tu alrededor —gruñí.

Había arrastrado al chico al lago, en un intento desesperado de que el niño tomara un poco de aire.

No había estado funcionando demasiado bien. Christopher había traído consigo una revista y ni siquiera le había dado una segunda mirada al paisaje antes de dejarse caer contra un árbol y enterrar la nariz entre las páginas.

—Zabdiel, por favor, no empieces. —se volteo a mirarme con el ceño fruncido.

—¿Que no empiece que?

—Has estado quejandote toda la madita semana —chilló—. Estoy un poco harto de escucharte.

Volvió a intentar zafarse pero se lo volvi a impedir.

—Oh no, cariño, tu no te vas a escapar de esto. —aseguré, acostandolo en el suelo, aferre sus manos sobre su cabeza y me sente sobre sus caderas—. Vamos a hablar de esto lo quieras o no.

—Sal de encima de mi, idiota. —se revolvió.

—No, no hasta que me digas que mierda te esta sucediendo.

Me fulmino con la mirada—. Me encantaria saber lo mismo sobre ti. ¿Que rayos crees que estas haciendo?

—Estoy intentando salvar esta relación —gruñí, acercandome tanto a su rostro que nuestras narices se rozaron—. Estoy intentando entender porque mi prometido ni siquiera me ha dado un beso en la última semana. Intento averiguar porque rayos no has entrado a tu estudio en la misma cantidad de tiempo y me encantaria saber desde cuando eres un maldito fan de las revistas de bodas porque cada vez que te veo tienes una en tus manos y ni siquiera me miras.

—Eso no es verdad —aseguro—. No ha pasado tanto tiempo desde la ultima vez que nos besamos.

—¿Ah no? —eleve una ceja—. ¿Cuando fue la ultima vez que tu comenzaste un beso, Christopher? ¿Cuando fue la ultima vez que me tocaste primero tu sin que me tuviera que arrojar sobre ti como si fuese una puta?

—Yo... —su voz murió poco a poco mientras me veía, la comprensión en sus ojos.

—Me estoy esforzando mucho por comprender lo que esta sucediendo, me he dado tantas excusas con respecto a tu comportamiento que ya ni yo me las creo —sentí mis ojos arder y me maldije por ser tan emocional—. ¿Ya no me quieres, Chris? ¿Por eso ya no quieres besarme?

Sus ojos se abrieron enormes—. ¿Que? No, no, no. Claro que te quiero... Zabdiel, mierda, no pienses eso. Jamás dejaré de quererte.

Me impulse fuera de él, alejandome un poco hasta que pude apoyar mi espalda en un arbol—. ¿Entonces que sucede, Christopher?—susurré, mi voz rota—. ¿En que momento nuestra relación dejo de interesarte?

—Zabdiel, yo te amo.

—¡Pues no parece que lo hicieras! —grité, las lágrimas ya corriendo por mis mejillas. Intentando sobreponerme a la sensación de pérdida que había estado anidando en mi pecho en los últimos días—. Ni siquiera me has mirado en dos semanas, no desde que Francis me dijo que era su hermano.

—Claro que te he mirado, Zabdiel, como crees...

—No, no lo has hecho —sacudí la cabeza, cortando sus palabras. Lo miré a través de mis lágrimas—. ¿Como es que tu tío se dio cuenta antes que tu de que he perdido peso? ¿De que ni siquiera he dormido? Christopher, hasta yo mismo veo que estoy hecho mierda y a ti ni siquiera te importa.

—¿Has... has perdido peso?—tartamudeo. Asentí suavemente, desde que era un niño pequeño había sido siempre igual, mamá solía evitarme las angustias ya que estas lograban que bajara de peso en un tiempo record, como si alguien arrancara todas las ganas y la salud de mi cuerpo de un solo toque. Eso era lo que estaba sucediendome en ese momento—. Oh por dios, Zabdiel, has adelgazado mucho. Lo siento, bebé, yo nunca quise que esto sucediera.

—¿Que esta sucediendo, Christopher? —pregunte nuevamente, viendo como el moreno se arrastraba hasta quedar acomodado sobre mi pecho y me miraba—. ¿Hice algo mal? Porque si lo hice puedo arreglarlo, solo debes decirmelo, solo...

—¡No, no, no! —sacudió la cabeza. Antes de acunar mis mejillas en sus manos, él también estaba llorando para ese momento—. Eres perfecto, Zab, tu no has hecho nada malo.

—¿Entonces?

—Soy un idiota, cariño —susurró—. Tengo tanto miedo de perderte que te he estado lastimando a ti en un intento de protegerme.

—¿De que hablas?

Me miró directamente, hipando—. Quiero que vayas a New York y hagas ese curso.

—¿Ahora quieres que me aleje de ti? —susurré, sintiendo tanto dolor que era un milagro que pudiese hablar—. ¿Tanto asco me tienes que ahora ya no me quieres a tu lado?

—No, claro que no —apreté los ojos juntos—. Estoy haciendo todo mal, nuevamente.

—¿Que quieres de mi, Christopher?

—Quiero que seas feliz. —murmuró—. Quiero que cumplas tu sueño de ser aprendiz y que vuelvas a mí siendo el mejor profesor que Londres ha visto.

—Yo no puedo dejarte, bebé.

—Tu no vas a dejarme —aseguró—. Estaremos siempre en contacto y puedo ir a visitarte los fines de semana.

—Solo podremos estar juntos un par de horas.

—Es todo lo que pido. —coloco un suave beso en mis labios—. Siento haberte herido, Zab, solo... tengo tanto miedo de que no vuelvas que quería evitarme ese sufrimiento.

—Mirame, bebé —levanté su rostro con mis dedos—. Yo soy tuyo, jamás dejaré de serlo, ¿entiendes eso? Por más que me vaya a vivir diez años a la China, tu seguiras siendo el único para mí.

—Esta bien. —murmuró—. No vas a irte a vivir a la China, ¿verdad?

—No, cariño —sonreí—. Y si lo hiciera, te metería dentro de la valija y te llevaría conmigo.

—Es bueno saberlo.

Lo apreté contra mi pecho, sintiendo el calor de su pequeño cuerpo contra el mío y al dejando esa sensación de malestar irse de mi pecho.

Capítulo 35

—¿Ma-mañana? —tartamudee, aferrandome al telefono pegado en mi oído.

La cabeza de Christopher rebotó hacia arriba, mirandome con los ojos enormes desde el sofá de la sala. Las enormes orbes ambar, tan expresivas como siempre, denotaban la sorpresa que yo mismo sentia mezclada con una fuerte dosis de tristeza.

—Si, Zabdiel —el profesor Mason aseguró—. Necesito que comiences la capacitación lo antes posible, tengo grandes planes para ti y me gustaria comenzar ahora mismo.

Me dejé caer en el sofá de un cuerpo, pasando una mano por mi rostro sin poder encontrarme con la mirada de Christopher. Esto no era lo que habia estado esperando cuando llamé al profesor para aceptar el puesto de aprendiz que me ofrecia. Mi idea era irme en una semana. Siete días completos que aprovecharia para despedirme de Christopher, y ahora el hombre estaba diciendome que solo tenia veinticuatro horas con mi prometido antes de subir a un maldito avión y colocar un oceano entre nosotros.

—¿No puede esperar un par de días? —mi voz se arrastro, como si estuviese rogando—. Solo unos días.

—Me gustaria decirte que sí, muchacho —suspiró—. Pero la verdad es que un amigo mío estará en la ciudad por unos pocos días y tenia la esperanza de que pudiera pasarte algo de conocimiento ya que tambien es profesor.

—Entiendo —lo entendia pero no lo aceptaba—. Yo... yo no sé si—

Christopher, quien habia cruzado la sala sin que me diera cuenta, arrebató el aparato de mi mano y la llevo a su oído. Sus ojos me miraron con el brillo de las lagrimas en ellos—. Él estará en ese avión mañana, se lo aseguro, profesor. —escuchó un segundo antes de asentir—. Me aseguraré de que lo haga, no se preocupe.

Unas palabras más antes de cortar y arrojar el telefono hacia el sofá donde habia estado sentado. El aparato rebotó un par de veces sobre los cojines antes de quedar atascado entre el respaldo y el asiento.

Me centré en mirar el estúpido aparato negro, intentando asimilar lo que habia sucedido en un espacio quince minutos.
Me iría. Me subiría a un maldito avión en veinticuatro horas y dejaría todo atrás.

Podia engañarme diciendo que en un año volveria pero todos sabiamos que en el correr de ese tiempo las cosas cambiarian. Volvería, pero tendria que rearmar mi vida nuevamente aquí. De cero, como cuando tenia dieciocho años y la cabeza

llena de sueños universitarios.

El peso de Christopher se deslizó sobre mi regazo de forma lenta y pausada. Su pequeño cuerpo acomodándose a horcajadas sobre mis piernas, sus finos brazos enredándose en mi cuello suavemente. Mis manos automáticamente rodearon su cintura antes de que echará la cabeza hacia atrás y mirara sus ojos húmedos.

—Te amo. —suspiró mientras bajaba la cabeza y unía nuestros labios.

Me hundí en la sensación de tenerlo entre mis brazos, adorando el ligero peso y el calor de su cuerpo contra el mío. Encajábamos, habíamos sido hechos para estar juntos y era una mierda absoluta el que tuviera que abandonar esa dulce sensación para poder cumplir mi sueño. El pensamiento de llevarme a Christopher conmigo volvió a mi mente mientras sus labios se abrían y me hundía dentro de la húmeda caverna de su boca. Pero no podía hacerle eso a él, no podía quitarle todo lo que con tanto esfuerzo había logrado.

Mi bebé había recorrido un largo camino en muy poco tiempo y ahora era el momento en que yo debía dar un paso a un lado y dejarlo caminar con sus propios pies. La conversación en la oficina de Adam rebotó en mi mente. La palabra “dependencia” de la que el hombre me había advertido brilló como un cartel luminoso y aunque en un principio pensé que había sido con respecto a Christopher, ahora me daba cuenta de que el que se había vuelto dependiente era yo. A los besos, a las sonrisas y al sonido de la voz del castaño.

Los dedos de Christopher se deslizaron por mis hombros hasta los botones de mi camiseta, cada pieza plástica fue liberada de su respectivos ojales hasta que las palmas de sus manos se apoyaron sobre mis pectorales antes de enredarse en el vello de mi pecho. La inseguridad que Christopher había tenido cuando lo había conocido parecía haber reaparecido.

—Lo harás bien sin mí, bebé. —suspiré en su oído, realmente creyendo mis palabras.

—Me moriré sin ti. —sollozó.

—Creo que soy yo el que no podrá vivir sin ti, mi niño mañoso.

Los sollozos le siguieron a esa declaración mientras ambos nos esforzábamos por quitar la ropa de nuestro camino. Besé cada trozo de piel que alcancé, susurré cada palabra de amor que conocía y acaricie cada rincón de su cuerpo, atesorando la sensación de bajo mis palmas. Las lágrimas se mezclaron con el sudor mientras nuestros cuerpos se rozaban como si fuesen la misma cosa.

No nos importó no llegar hasta la cama, no cuando nuestros cuerpos finalmente se fundieron en uno.

Los gemidos de Christopher hacían eco con los míos, entremezclados con palabras de despedida que ninguno de los dos quería pronunciar y que se perdieron entre cada estocada de mis

caderas. Un día sin esa sensación de tener mi mundo entre mis brazos era demasiado para mí, no quería pensar lo que sería estar un año sin ella.

Las pestañas húmedas, la piel de blanca perlada con sudor y los gemidos escapando entre los suaves labios rosa. Besos suaves se perdieron en un grito cuando el climax nos alcanzó a ambos al mismo tiempo, golpeándonos como un rayo en plena tormenta eléctrica. Escalofríos recorrieron mi cuerpo. Nuestras miradas se encontraron, aturcidas y cansadas pero con el amor aun brillando en ambas.

Francis nos encontró aun enredados en la alfombra y tuvo una de sus típicas escenas sobre cuan obscenos eran los jóvenes de hoy en día. Toda sus risas y dramas murieron cuando le informamos sobre mi ida, el rubio lloró y prometió patearme el culo si no se me ocurría volver a verlo al menos una vez en ese tiempo. Sonreí, intentando no comprometerme en algo que tal vez no podría cumplir.

Esa noche dormí enredado con Christopher y le conté miles de cuentos distintos que hablaban de amores invencibles. Mamá lloró por horas en el teléfono cuando le informe de mi viaje, papá me deseo un buen viaje aun cuando también parecía a punto de llorar. Yoandri, Johann y Lucía lograron alcanzarnos en el aeropuerto mientras estrechaba a Christopher entre mis brazos e intentaba no desmoronarme cuando veía todo lo que dejaba atrás y pensaba en todo lo que cambiaría en mi tiempo fuera.

Tal vez Yoandri maduraría, aunque dudaba que si en veintidos años no había sucedido un año no haría la diferencia pero de todas maneras, sentía que podía hacerlo. Johann se haría más tatuajes y había probabilidades de que Lucía tuviera su primer relación seria y yo no estaría para burlarme de ella. Dios, la gente tenía razón sobre que las despedidas siempre hacían que te sintieras melancólico.

Enganchando mi mochila en el hombro, escuché una vez más el llamado de mi avión por los parlantes.

Miré con un intento de sonrisa a la pequeña congregación que había llegado a despedirme. Hasta Adam y Nani estaban allí, y ni que hablar de Francis que lloraba a mares como si estuviese despidiendo a su hijo para que vaya a la guerra.

Suspiré—. Nos vemos en un año.
—Aquí estaré. —aseguró Christopher.

Dejando un último beso en sus labios, me voltee y caminé hacia el pasillo para subir al avión, dando una última mirada a mi pequeña familia sobre mi hombro antes de que las puertas se cerraran detrás de mí.

Epílogo

Dos años despues...

—¿Es la primera vez que viajas?

La delgada chica sentada a mi lado, me miró con sus enormes ojos marrones llenos de curiosidad. No podía tener más de dieciocho años y por su palida expresión presentí que estaba hablándome solo porque tenía cierto temor de estar sobre un avión. A pesar de que su cabello caía castaño sobre sus hombros, sus ojos expresivos me recordaban tanto a Christopher que me encontré sonriéndole sin darme cuenta.

—No, no es la primera vez —acepté—. Pero de todas maneras odio hacerlo.

—¿Porque lo haces entonces? —su voz sonaba tranquila pero los dedos aferrados al apoya brazos me dijeron que no lo estaba.

—Vuelvo a casa —miré por la ventana, observando el paisaje.

Ella me miró un segundo—. Oh —dijo—. Supongo que estas feliz, ¿cuanto tiempo estuviste fuera?

—Dos años —contesté—. Aunque siento más miedo que felicidad, realmente.

Eso logró captar totalmente su atención y sus dedos se aflojaron—. ¿Miedo de que?

—De haber perdido lo que deje atrás —hice una mueca—. Se suponía que solo estaría fuera un año pero surgieron cosas, posibilidades que me ataron a Estados Unidos —giré la pequeña alianza que rodeaba mi dedo—. Temo haber perdido lo que deje aquí por ello.

El miedo se había aferrado a mi pecho durante demasiado tiempo. Había perdido el total contacto con Christopher desde hacía varios meses y no lo veía hacia más de un año, desde la última vez que había ido a New York a visitarme. Sus viajes eran cortos y normalmente solo duraban un par de días antes de que se viera obligado a volver a Miami pero siempre aprovechábamos cada minuto de nuestro tiempo juntos.

Entonces el jodido trabajo se había puesto entre nosotros. Había conseguido un trabajo en una universidad privada de N.Y. y me había cegado tanto la euforia del puesto que ni siquiera me di cuenta de que las llamadas de Christopher se hacían más aisladas unas de otras y demasiado cortas hasta que estas dejaron de llegar. Ignoré ese hecho al principio pero no podía hacerlo más.

Había sido egoísta con la única persona a la que había llegado a amar más que mi vida y comprendería si Christopher me alejaba cuando llegara a Miami pero al menos debía intentarlo. Ya nada me quedaba en Estados Unidos, no despues de haber renunciado al puesto y practicamente correr al aeropuerto. Mi estupides podría haberme quitado lo mejor que me había sucedido en mucho tiempo.

El cartel luminoso comenzó a parpadear, informando que debíamos

abrochamos los cinturones para el aterrizaje. Sacudiendome de mis pensamientos, hice lo pedido y me recoste en el asiento. Los dedos temblorosos de la chica lograron hacer click en el seguro antes de que volviera a centrar su atención en mí.

—Mi papá suele decir que no hay fuerza en la tierra que pueda destruir un amor verdadero —pareció meditar sus palabras unos segundos—. Supongo que no está equivocado ya que lleva junto a mi otro papá más de veinte años.

Miré a la chica y sonreí—. ¿Alguna vez se separaron?

Asintió—. Mi papá es artista —rió un poco—. Algo irónico ya que yo no puedo dibujar un muñeco palito sin que se tuerza. La cuestión es que viajaba mucho pero cuando volvía a casa era como si nunca se hubiese ido, el amor entre ellos era casi palpable... aun lo es.

El avión finalmente aterrizó unos minutos después y pronto los pasajeros comenzaron a descender. La chica a mi lado se puso de pie y toma su mochila antes de dirigirse a la salida con paso ligero, como si alguien estuviese corriendo detrás de ella. Parecía que el solo estar dentro de un avión le hacía mal.

—Hey —la llame. Se giró a mirarme—. No me dijiste tu nombre.

—Liza —contestó—. ¿Y tu?

—Zabdiel de Jesús.

Su cabeza se inclinó a un lado, su cabello castaño claro cayendo sobre su hombro cuando sonrió. La travesura brillaba en sus ojos, como si supiera algo que yo no.

—Suerte con tu prometido, Zabdiel—sonrió—. A veces las distancias hacen más fuertes los sentimientos.

Dicho eso, desapareció de mi vista. Sonriendo suavemente, jalé mi propio equipaje de mano y comencé a bajar del avión. Ya estaba dentro del aeropuerto cuando una idea me golpeó, yo nunca le había dicho a la chica que estaba comprometido con un hombre. ¿Como rayos lo sabía?

Sacudí ese pensamiento de mi mente cuando un cartel enorme con mi nombre apareció en mi línea de visión, debajo podía leerse “Bienvenido a casa, imbecil”, la última palabra estaba tachada pero aun así era legible. Cuando encontré las manos que lo sostenían, comprendí a que se debía.

Johann, Yoandri y Lucia parecían tres buitres esperando por su próxima víctima. Aprovechando que ninguno de ellos podía verme, observé con atención en busca de los cambios que habían tenido en esos dos años.

Yoandri había teñido su cabello, ahora era rubio, también tenía pequeños tatuajes en sus brazos. Johann a su lado, se mantenía inmutable aunque podía ver que había cambiado el estilo de su cabello por algo más corto y sencillo, su ropa de chico malo seguía igual. Lucía en cambio, podía no tener cambios físicos visibles pero parecía tener más vida en su pálido rostro, hasta su cabello brillaba más y cuando sus ojos cafés se encontraron con los míos me di cuenta de la felicidad que brillaba en ellos.

—¡Zabdiel! —chilló, saltando de la silla donde estaba de pie y arrojando el cartel sobre su hombro mientras

corría en mi dirección.

Soltando las maletas, recibí el abrazo de la castaña disfrutando de la familiaridad que hacía demasiado tiempo que no sentía. Yoandri y Johann se acercaron a nosotros rápidamente y recibí el abrazo que cada uno de ellos me dio.

—Wow, ¿que rayos te dieron de comer en Estados Unidos? —Yoandri tomó mi barbilla, observando mi rostro como si fuera algún tipo de monstruo espacial que debía analizar—. Hasta pareces una persona ahora.

—Esa es su manera de decir que te ves genial. —tradujo Johann con una risa.

—Miren, hasta le creció la barba —intenté alejarme de las manos del ahora rubio pero este no me lo permitió.

Su mirada clínica—. ¿Con cuantos chicos te acostaste allá?

—Con ninguno —dije sin vacilación, un tanto indignado de que mi propio primo creyera eso—. ¿Quien rayos crees que soy? Estoy comprometido —fruncí el ceño—. Al menos lo estaba, hasta hace unos meses.

Ellos compartieron una extraña mirada entre ellos antes de que Yoandri se girara hacia mí sonriendo—. ¿Tienes hambre? Yo tengo hambre, vamos a comer.

Dicho eso, se giró y comenzó a caminar alejándose. Lucía y Johann rodaron los ojos al mismo tiempo mientras tomaban las maletas que había dejado a un lado y seguir al rizado. El auto de Johann nos esperaba afuera, una vez que acomodamos todo nos dirigimos al primer lugar de comida rápida que encontramos y ordenamos la peor chatarra del menú. Casi se sentía como cuando éramos pequeños y juntábamos todos nuestros ahorros para comprar porquerías y sentarnos a comerlas en la vereda, la única diferencia era que en ese momento no podía ni ver a Lucía. Pero esa es otra historia.

La charla se dio sin esfuerzo. Yoandri y Johann me informaron sutilmente, -y aquí quiero agregar que sutilmente para Yoandri es igual a gritarlo llamando la atención de medio local-, que estaban comprometidos y yo era el padrino. También que iban a casarse en la iglesia que se encontraba en nuestro barrio, esta vez iba a ser real ya que al parecer cuando yo mismo los había declarado marido y mujer cuando éramos pequeños no valía. Allá ellos, yo había sido un gran sacerdote en esa época.

Lucía admitió que Erick y ella tenían una relación más que estable y que era feliz, finalmente. Había sido un largo camino, lleno de obstáculos para ambos pero finalmente Erick había podido llegar a un acuerdo con el pasado de la castaña y esta última se había comprometido a comportarse mejor de ahora en adelante.

Si la sonrisa y el brillo en su rostro decía algo, la castaña realmente estaba muy feliz.

También me informaron que Adam y Francis al fin tenían una “relación”. No podía saber si eran pareja realmente ya que el rubio aún seguía trabajando de chofer pero los besos que compartían y las caricias decían más que las palabras. Había sabido algo de ello por parte de mis llamadas con Francis pero como mi trabajo me abrumaba demasiado, me había perdido de muchas cosas.

Luego de que habláramos sin parar por lo que parecieron horas, al fin me atreví a hacer la pregunta que tanto me atormentaba.

—¿Que saben de Christopher? —solté.

Ellos volvieron a compartir la misma mirada antes de que Lucía se adelantara—. Teníamos la esperanza de que tu nos pudieras decir eso.

—Por si no se han dado cuenta, nos separaba un oceano —solté—. Christopher dejó de llamarme hace un par de meses y ustedes trio de huecos no han querido decirme nada de él cuando llamaba, ¿porque rayos creen que estoy aquí?

—¿Volviste por él? —la boca de Yoandri colgaba abierta.

—No, idiota, vine porque extrañaba tu fea cara —arroje una papa hacia él—. Claro que volví por él. Ninguna otra cosa en el mundo hubiera logrado que abandonara mi puesto en la universidad.

—¿Renunciaste? —Lucía parecía igual de asombrado.

Asentí—. Dejé, basicamente, todo —me encogí de hombros—. Esas cosas no valian nada si no tengo a Christopher, él es lo que le da sentido a mi vida.

—Ooww, que romantico —Yoandri se puso de pie de golpe—. ¡Vamos!

—¿A donde?

—A buscar al amor de tu vida —rodeando la mesa, tiro de mi para que me pusiera de pie antes de arrastrame hacia la puerta—. ¡Johann, paga por nosotros!

—¡Siempre lo hago! —gritó antes de murmurar—. Tienes un jodido zoologico en el bolsillo.

—¡Te escuché! —Yoandri le lanzó una mirada fulminante que prometia venganza antes de arrastrarme fuera del local.

Johann y Lucía subieron al auto luego de nosotros, por desgracia ninguno se dio cuenta de que Yoandri estaba al volante hasta que tuve que aferrarme a la puerta en la primer curva. Bien, habia algo que en dos años no habia cambiado y era la forma de manejar de Yoandri. Seguro íbamos a morir sin siquiera haber salido del estacionamiento.

—¿A donde vamos? —pregunté, mis nudillos blancos mientras me aferraba al cinturon.

—A pesar de que Christopher cortó los lazos, tu más que nadie sabes que nadie puede librarse tan facilmente de nosotros. —rió Lucía.

—Le hemos seguido el paso —Yoandri alcanzó la guantera y comenzo a revolverla en busca de algo.

Juro que tuve la visión de el auto estrellado contra un arbol mientras buscaba. Su mano salió nuevamente y me golpeo el pecho con un folleto—. Él va a exponer aquí hoy mismo.

—¿Exponer? ¿Hoy?

—Yehp —Johann pasó la cabeza entre los asientos—. Christopher firmo con una galeria de arte hace unos meses, hoy es su segunda exposición y dicen que es fantastica.

Yoandri dobló otra intersección y el folleto se arrugo en mi mano. Jodido

infierno, no íbamos a llegar a ningún lado si el rubio seguía detrás del volante. Mirando brevemente el folleto, me di cuenta de que la galería no quedaba muy lejos de la casa del mismo Christopher. El papel tenía varias fotografías de distintos cuadros que Christopher había pintado, como flores, paisajes y demás, pero no había mucho más. Sintiendo frustrado, devolví el papel a la guantera y observe como los edificios pasaban como un borrón por mi ventana.

Milagrosamente, llegamos con vida a la galería. Aunque creo que el pobre Johann ahora tenía que pagar varias fotos multas gracias a su querido novio.

—¡Tierra firme al fin! —Lucía abrió la puerta y se dejó caer al suelo.

Yoandri rodó los ojos mientras rodeaba el capó y miraba a la castaña—. Bebé llorona. —se quejó.

A pesar de todo, hasta Johann parecía aliviado de que el motor estuviese apagado y la tierra no se moviera bajo sus pies. El sol ya había descendido por el horizonte y las luces que provenían desde dentro de la galería daban una perfecta vista al local. Podía ver gente caminando de aquí para allá con copas en las manos gracias a los grandes ventanales que cubrían la mayor parte de la pared frontal del lugar.

—¿Que estas esperando? ¿A que lluevan perros? —Yoandri me dio un empujón—. Entra allí y ve por Christopher.

—¿Y si ya no me quiere? —lo miré y sabía que el miedo que sentía podía verse en mis ojos.

—Venderemos piñas en la carretera —si, no esperaba nada mejor de Yoandri—. Ahora ve allí y buscalo —miró hacia atrás—. Nosotros intentaremos que Lucía suelte ese árbol y suba al auto nuevamente.

Mirando en la misma dirección, me di cuenta de que Lucía estaba abrazada a un árbol que estaba plantado en la vereda y sacudía la cabeza hacia Johann, quien trataba de lograr que lo soltara. Reí entre dientes, dándole cuenta de cuanto había extrañado esas estupideces. Asintiendo hacia Yoandri, giré y me dirigí a la puerta.

La calidez del aire acondicionado me rodeó apenas di un paso dentro y la puerta de cristal se cerró a mi espalda. En cuanto lance una mirada alrededor, me sentí un tanto fuera de lugar en mis jeans y camiseta negra, ya que todos los presentes vestían con sus mejores galas. Intentando hacer a un lado la incomodidad, tomé una copa de uno de los meseros que pasó frente a mí y me deslicé hacia el primer cuadro que vi mientras tomaba un trago.

El líquido quedó atascado en mi garganta cuando reconocí el paisaje del lago, con las dos pequeñas formas sin mucha definición que se acomodaban debajo de uno de los árboles. El brillo del lago, la naturaleza en general y la calidez del sol casi podía tocarse en el lienzo pero aun así mi mirada había quedado enfocada en las dos pequeñas personas difuminadas que se acomodaban debajo de un árbol, al lado del lago. Mi memoria me envió directamente a ese primer acercamiento que había tenido con Christopher, cuando lo había llevado al lago y el castaño se había quedado dormido sobre mí.

Escuché a la gente parlotear a mi alrededor pero no les preste atención, en vez de eso, caminé hacia el siguiente cuadro. En este se retrataba el estudio de Christopher. Los papeles en el suelo y las manchas de pintura en todos lados hacían que pensara que estaba bien una fotografía. Las cortinas de tul blanco bailaban con una brisa invisible, escondiendo la figura de un hombre en ellas que parecía estar viendo el paisaje.

Todos los demás cuadros representaban algún momento de nuestra relación, como si fuesen fotografías a mi memoria que habían sido encuadradas. Mis pasos se hicieron más rápidos mientras caminaba entre la gente, dándole un vistazo rápido a cada cuadro, reconociendo la escena antes de pasar al siguiente.

Mis pasos se detuvieron de golpe cuando una figura delgada llamó mi atención al final del pasillo. Con unos simples jeans de mezclilla oscura y una camiseta roja, destacaba entre las demás personas mientras observaba un cuadro como si no pudiese quitar la mirada del mismo. Con pasos lentos, me acerqué, notando la delgadez que no había estado allí la última vez y el largo cabello que se ataba en una coleta en su nuca, como si nunca hubiese sido cortado.

A un paso de llegar a él, miré sobre su hombro hacia el cuadro que admiraba y me di cuenta de que era mi retrato. Aquel por el que habíamos pasado horas encerrados en su estudio. A partir de él pude notar lo diferente que estaba. Mi cabello rubio ahora estaba un poco más largo, tenía la sombra de barba que antes había odiado pero que ahora me hacía parecer más maduro. El brillo en mis ojos hacía varios meses que había desaparecido, al igual que la apariencia de paz y alegría que se mezclaban en la expresión del cuadro. Y todo eso se debía a la pequeña y delicada persona que estaba a un paso de distancia.

Todo se centraba en Christopher.

Acorotando el espacio entre nuestros cuerpos, rodeé suavemente su cintura con mis brazos y hundí mi rostro en su cuello, llenando mis pulmones con el suave perfume característico de Christopher. Su cuerpo se tensó en mis brazos por un segundo, su cabeza se movió un milímetro antes de que un suspiro de alivio escapara de sus labios.

—Zabdiel.—su voz fue como un bálsamo para mí.

—Lo siento.—susurré contra su piel—. Siento haber sido tan idiota, siento haberte dejado a un lado, te prometo que jamás volveré a hacerlo. Perdón.

—¿Zabdiel?—sus dedos se hundieron en mi cabello—. ¿Qué haces aquí?

—Volví por ti, como te lo prometí —levanté la mirada encontrándome con esos preciosos ojos miel que tanto había extrañado. Christopher no había cambiado absolutamente nada, seguía tan hermoso como siempre.

Parpadeo—. Pero tu trabajo, el curso y tu apartamento, ¿qué...?

—Renuncie y vendí todo —sentí las lágrimas bajar por mis mejillas. Christopher se volteó en mis brazos, su ceño fruncido.

—¿Porque?

—Por que mi vida está aquí, entre mis brazos en este momento —tomé aire—. Nunca debí irme, cometí un error en dejarte y no sabes cuánto lo lamento.

—Pero... —se veía totalmente confundido—. Pero pensé que te gustaba tu vida,

pensé que...

Sacudí la cabeza—. Nada de eso tenía sentido para mi sin ti. Acepte ese empleo porque pensé que podría reunir algo de dinero y darte la boda que tu querías pero no me di cuenta de que te estaba perdiendo a ti por él. Lo siento tanto, Christopher, yo jamás volveré a hacer...

Los labios de Christopher pegados a los míos cortaron mis disculpas y me fundí en ellos. Tan suaves y dulces como la primera vez que nos besamos. Con mis brazos se enredaron a su alrededor y su delgado cuerpo pegado al mío al fin sentí que todo estaba bien nuevamente. La vida volvía a mi cuerpo después de tanto tiempo. Y me pregunté como había sido tan estúpido de haber perdido esto solo por mi estúpida obsesión de ser mejor.

—Te amo. —susurró contra mis labios cuando nos separamos, aun dejando pequeños besos sobre mis labios—. Eres el ser más perfecto que ha nacido.

—Yo también te amo. —lo abracé—. Te extraño tanto. Extraño tus llamadas, juro que cuando dejaste de hacerlas pensé que podía arrancarme el pelo.

—Yo no dejé de llamarte —aseguró—. Tu cambiaste tu número telefónico.

—No, no lo hice —sacudí la cabeza—. ¿Quién te dijo eso?

—Yoandri. Él dijo que habías cambiado el número y me dio uno nuevo, pero cada vez que llamaba estaba ocupado.

—Pensé que no hablabas con Yoandri.

—¿De qué hablas? —inclinó la cabeza, confundido—. Él fue quien me consiguió el contrato con esta galería.

—¿Entonces que ray...?

—¡A ver, haganme espacio que el cura no pasa! —gritó el rubio dándome un empujón a un lado mientras dos hombres colocaban un pequeño podio frente a nosotros y un hombre vestido de blanco se ponía detrás de él.

—¿Que está sucediendo? —susurró Christopher.

—No tengo idea —me encogí de hombros, atrapando a Yoandri cuando pasaba—. ¿Que está pasando?

—¡Sorpresa! —chilló—. Les organicé una boda sorpresa, de nada.

—¿Como que una boda sorpresa? —preguntó Christopher—. No puedes armar una boda sorpresa.

—¿Y que se supone que hiciera? —rodó los ojos de forma exagerada—. Estaba harto de verte llorar por los rincones, llamando por Zabdiel. Y ni siquiera quiero empezar a hablar del lloriqueo telefónico de Zabdiel sobre extrañarte. Así que los incomunique y esperé hasta que el grandote se arrastrara llorando aquí para poder hacer su boda sorpresa —me sonrió—. No sabes que contento me puse cuando me dijiste que venías.

—¿Cortaste mi comunicación con Christopher y me mentiste? —di un paso hacia él, enumerando las razones de porque ahorcarlo era una mala idea.

—Espera —Johann me detuvo—. No lo mates frente a tu mamá, es de mala educación.

—¿Mi mam...? —volteandome sobre mi mismo, me di cuenta de que teníamos una gran audiencia.

Entre ellos se encontraban mis padres, mis tías y tíos, maldición, hasta estaba el tío Shin presente. Francis y Adam se encontraban a un lado junto a Nani quien nos miraba con una sonrisa de satisfacción—. Por favor, díganme que ustedes no siguieron una idea de Yoandri porque voy a perder toda esperanza en la humanidad.

—No sabíamos nada de esto —mamá le dio una mala mirada a Yoandri —. Él solo nos invito a la boda, mejor dicho, ustedes nos invitaron a la boda.

Levanto una invitación de boda, enseñándomela. Yoandri estaba tan jodidamente cerca de caer por el borde, iba a matarlo un día, de eso no tenía dudas. La mano de Christopher se enredó en mi brazo, jalándome hacia él.

—No estoy de acuerdo con lo que Yoandri hizo pero creo que no debemos desaprovechar esta ocasión, ¿no te parece?

—¿Aun quieres casarte conmigo?

—Claro que si, idiota. —susurró dandome un breve beso.

—Hey, eso se hace despues de decir acepto. —se quejo Yoandri, dandome un golpe en la cabeza y logrando que lo fulminara con la mirada.

Johann se adelanto, jalando a su novio—. Ven aquí antes de que te arranquen la cabeza, cariño.

Suspiré antes de voltearme a Christopher —. Supongo que nos casaremos hoy, entonces. Siento que no sea la boda que tu querias.

—Esto es exactamente lo que queria. —sonrió.

Dandole un gesto al hombre de blanco detrás del podio, escuché con atención cada una de sus palabras sin poder apartar la vista de Christopher ni borrar la enorme sonrisa de mi rostro. Porque mi niño valiente habia luchado contra todo, en esos dos años habia tenido altas y bajas pero aun así, se habia mantenido fuerte para esperarme. Porque mi bebé me seguia amando y yo a él y no tenia ninguna jodida intención de alejarme jamás de su lado nuevamente.

Porque Christopher me habia enseñado el significado de ser valiente y que el amor puede contra todo. Por que no hay fuerza en la tierra que pueda destruir un amor verdadero.

—Acepto.

FIN.